

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VII

15 DE MAYO DE 1898

Nº 154

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALS



CUADRO DE W. DYCE

DON FRANCISCO ARANDA

El próximo día 18 de este mes se cumplirá el primer centenario del natalicio del prócer eminente, servidor ilustre de Colombia la Magna y figura política de vigoroso relieve durante cuarenta años de nuestra República.

EL COJO ILUSTRADO consagra un tributo á la memoria del preclaro venezolano, juriscónsulto, estadista y diplomático, publicando su retrato acompañado de algunos rasgos de su vida, los cuales tomamos de los que en días de duelo para la Patria y para el Estado escribió la pluma de Juan Vicente Silva.

“El día 18 de Mayo de 1798 nació ARANDA en la ciudad de Caracas.

Por los últimos años del siglo pasado, dentro de las dos décadas que corrieron desde 1780 hasta 1800, nacieron BOLÍVAR y casi todos los hombres extraordinarios que debieran cooperar á la obra de nuestra Independencia. Varones todos de raras y brillantes aptitudes, dotados de vigorosas facultades, se conocía que Dios les había formado para ejecutar hazañas imperecederas. Cada vez que la Providencia quiere realizar algunos de sus grandes propósitos, busca instrumentos del tamaño de su intención; y nos sorprende con hombres que corresponden á la elevación de su designio.

La precocidad de ARANDA desde sus primeros años cautivó la esperanza de sus padres, y fijó la atención de sus maestros y de sus discípulos. A los seis años estudiaba latín, y para los diez ya seguía el curso de filosofía, discutiendo felizmente sobre materias y cuestiones rara vez accesibles á los hombres en su infancia.

Quisieron sus padres dedicarle al sacerdocio; y puede decirse que todavía niño comenzó á estudiar las ciencias eclesiásticas. Mas, poco tiempo después, siguiendo los instintos de su vocación y satisfaciendo sus naturales inclinaciones, propúsose estudiar la ciencia del derecho al mismo tiempo que las ciencias teológicas. A los veintiún años había concluido sus estudios académicos, y á los veintidós se recibió de abogado; pero no teniendo aún la edad requerida por la ley, no pudo orlar su frente hasta más tarde con los distintivos honrosos que las Universidades conceden á la contracción y al aprovechamiento.

Obedeciendo la voluntad de sus padres, vivió ARANDA encerrado en los claustros universitarios en aquellos gloriosos años en que nuestros héroes realizaron las brillantes campañas de nuestra Independencia; pero apenas terminados sus estudios académicos, procuró ayudar á los defensores de la patria, y se puso en comunicación con algunos de sus distinguidos jefes. Peligrosa, situación que supo arrostrar con ánimo fuerte, puesto que permanecía en la misma capital que dominaban nuestros enemigos, y al frente de las autoridades coloniales, crueles hasta no más, en sus medios de represión y de castigo.

El 23 de Julio de 1821, casi al mismo tiempo que el genio de BOLÍVAR encadenaba otra vez la victoria en las llanuras de Carabobo, el impetuoso Bermúdez, al frente de algunos valientes, trepaba por la colina del Calvario, coronada en su cima, por numerosos y bien disciplinados batallones españoles. El éxito esquivó sus favores á la heroica temeridad de Bermúdez, que hubo de retirarse precipitadamente hacia los valles de Barlovento. Entre aquellos valerosos estuvo ARANDA; y al lado del arrojado cumánés, se distinguió por su entereza imperturbable.

Cuando el sol de Carabobo irradió sobre toda Venezuela, quedó consolidada nuestra independencia, y comenzaron para esta sección de la América las difíciles labores de la organización. Once años de guerra continua no habian dejado sino ruinas en todas partes; los hábitos de obediencia, tan necesarios para el orden de las oficinas, se encontraban absolutamente relajados; los restos de los archivos públicos estaban en asombrosa confusión; y las oficinas eran el más com-

pleto testimonio del abandono y del desorden. Para iluminar ese caos necesitábase la luz de superiores inteligencias: y desde allí comenzó ARANDA á ascender en el cielo de Colombia como un astro magnífico de rutilantes rayos.

Daremos una idea cabal de los servicios de ARANDA en esa época, insertando algunos párrafos de un folleto que en 1848 publicó el ilustrado doctor M. de Briceño.

“Como Secretario del Vicepresidente departamental en tiempo de Colombia, contribuyó el señor ARANDA á la organización de las oficinas

ARANDA; pero desgraciadamente los acontecimientos confirmaron la notable previsión que inspiró sus acertados juicios.

No nos ocuparemos de la actitud de ARANDA en los sucesos de 1826; porque no queremos recordar acaecimientos que el mismo general BOLÍVAR intentó suprimir de nuestra historia con aquellos conceptos elocuentes en que la generosidad de nuestro LIBERTADOR casi igualó á su genio. “*Ahoguemos, dijo, en los abismos del tiempo, el año de 1826. Yo no he sabido lo que ha pasado.*”

Además, bien podemos olvidar algún detalle de la vida de ARANDA en aquel año, cuando ya vamos á contemplar su descollante figura con toda su esplendidez en los salones de la Convención de Ocaña.

El sacudimiento de la gran República, al primer embate de la anarquía en 1826, hizo estremecer la América entera; por eso todas las naciones de nuestro Continente volvieron la vista hacia Colombia y BOLÍVAR, aguardando el desarrollo de los sucesos en una expectativa que dominaban á la par el temor y la esperanza. A su turno, los bandos en que estaba dividida la República se daban cita para la Convención que había sido convocada en 1827 por el Congreso constitucional.

Con dificultad podrá adquirirse un exacto conocimiento de la exacerbación de los bandos en aquella época. Los enemigos de BOLÍVAR estaban animados por el firme propósito de librarse la última batalla. Diez y seis años de victorias y de reverses, de aplausos y de contradicciones, habían aumentado dolorosamente el número de esos enemigos. Entre estos se contaban algunos militares que, á pesar de sus aptitudes y aspiraciones, estuvieron siempre muy distantes del primer puesto que el genio de BOLÍVAR le fijó en las campañas: eran también sus enemigos, aquellos que en los días de las ovaciones se sentían oprimidos por la popularidad que halagaba al LIBERTADOR; y los que en la época de la organización se suponían con más habilidad y más talento que él para restablecer las bases de la consolidación de Colombia, como todos aquellos subalternos que, con mas ambición que servicios, no alcanzaron á ver satisfechas sus exageradas pretensiones.

Todos esos malos elementos tenían su genuina representación en la Convención de Ocaña; pero allí estaban también, y dignamente representados, los partidarios del LIBERTADOR, los que cifraban sus esperanzas y el porvenir de Colombia en la habilidad, el desprendimiento, y la elevación de miras del Padre de la patria.

Fue en las ruidosas sesiones de esa Convención donde ARANDA refrendó sus ejecutorias como político, y en donde desplegó notables condiciones de orador.

Las discusiones de aquella asamblea eran combates; y cuando el calor de los polemistas llegaba hasta un grado extraordinario de exaltación, se dejaba oír la voz de ARANDA, tranquila y persuasiva, restableciendo el sosiego entre los encarnizados combatientes. Cuando el furor de las pasiones hacía que reinase la oscuridad en torno de aquellos legisladores, resplandecía la inteligencia de ARANDA como luz providencial señalando todos los caminos, é iluminando el porvenir. Cuando el patriotismo de los bolivianos desfallecía, fatigado por la obstinación de sus contrarios, resonaba la palabra de ARANDA, briosa, enérgica, irresistible, reanimando el valor de sus compañeros y dando á los débiles aliento.

Si los enconos banderizos hicieron estéril tanto esfuerzo, tanto patriotismo y tanta inteligencia, los historiadores tendrán que refrescar siempre los laureles que ARANDA segó en la célebre Convención de Ocaña.

II

Los contemporáneos de ARANDA le hicieron justicia en aquel tiempo; puesto que, al año siguiente de 1829, fue elegido Diputado por Caracas al Constituyente que debía instalarse el año de 1830 en Bogotá, á aquel ilustre cuerpo que el LIBERTADOR llamó “*Congreso admirable*” por los personajes que lo componían.

Cuando los nuevos acontecimientos de las pro-



LICENCIADO FRANCISCO ARANDA

de Hacienda en Venezuela, y auxilió con sus luces la dirección general de rentas.

“Fue único Contador mayor del antiguo Tribunal de Cuentas, y planteó por comisión especial en esta provincia la contribución directa, nombró á los empleados del ramo, organizó sus oficinas, y arregló su contabilidad.

“Como Auditor de Marina, empleo delicado por los conocimientos y probidad que su desempeño requería, ejerció las funciones de la extinguida Corte de Almirantazgo, resolviendo con sabiduría y con prudencia casos graves, sin que ninguna de sus sentencias consultadas hubiese dado á los neutrales motivo de reclamo.

“Como Teniente de Asesor en las intendencias de los departamentos de Venezuela y Marurín, como Intendente interino de los mismos departamentos, conoció en la mayor parte de las causas de secuestro y confiscaciones; manifestando siempre tino y cordura que no son siempre dones del talento.”

Si los servicios y empleos enumerados en esos párrafos, hicieron notable el nombre de ARANDA en Colombia como organizador, oficinista y magistrado; vamos á comprobar, apoyados en tradiciones irrecusables, que su reputación como político y como legislador fue también célebre en la Gran República.

Corría el año de 1826. El LIBERTADOR acababa de colgar su espada vencedora: las coronas que le diera Colombia, se enlazaban con las que alcanzó en las campañas del Perú y de Bolivia: la América del Sur, poco antes cautiva, se había convertido como por encanto en naciones libres; y el eco de los aplausos de sus pueblos resonaba por el Universo. Entonces la intriga falaz y la ambición impaciente se aliaron; y se produjo la primera ola de la anarquía que conmovió á Colombia.

A la inteligencia perspicaz de ARANDA no pudo ocultarse ninguno de los hilos de las tramas, ni la trascendencia de los sucesos que se preparaban. Comunicó todo á BOLÍVAR, y con el tino que caracteriza al hombre de Estado, le anticipó los funestos resultados que preveía. Refirióse que, asombrado el LIBERTADOR, no dio entero crédito á las aseveraciones de

vincias del Norte amenazaron la disolución de Colombia, y casi era inevitable la ruina de la gran República, el Congreso Constituyente eligió una respetable comisión de su seno que vino á Venezuela con el objeto de escoger los medios de conservar la asociación colombiana; alcanzó entonces ARANDA la honra de ser miembro de esa comisión en unión del General Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, y del Ilmo. Obispo de Santa Marta.

Las pasiones al fin triunfantes desgarraron la primera creación de BOLÍVAR; y se derrumbó la República que, al decir del elocuente Zea, tenía un pie en el Atlántico y otro en el Pacífico.

En los últimos momentos de Colombia, sobrevino la muerte de su egregio fundador; y los más decididos partidarios de éste y de aquella sufrieron un honroso destierro. Entre ellos encontrábase ARANDA, que pasó sus días de ostracismo colmado de amargas privaciones, y procurándose medios de subsistencia con duro trabajo y tenaz laboriosidad.

Hemos diseñado los servicios de ARANDA en la antigua Colombia. Antes de ocuparnos en los que prestara en Venezuela, debemos manifestar que nosotros, sin las aptitudes ni los datos necesarios, no hacemos su biografía. Apenas anotamos algunos apuntes que pueden servir para el que acometa la difícil empresa de escribirla. Por ello, no nos consideramos en el deber de seguir al eminente ARANDA en los pormenores de su vida pública en Venezuela como escritor, hacendista, magistrado, legislador y hombre de estado, que bajo todas estas facetas influyó notablemente en los destinos de su patria.

Deber será de su biógrafo estudiar las arduas cuestiones en cuya discusión tomó parte en algunas ocasiones decisivas, y demostrar que los desdenes de la fortuna y aun el martirio que alguna vez sufrió, contribuyeron á realzar su virtud y relevantes cualidades y á dar más valor á sus desinteresados servicios.

Vamos á limitarnos solamente á recordar los elevados puestos públicos en que Venezuela utilizó las aptitudes de ARANDA.

Todos los partidos le confiaron destinos de elevada consideración: todos le confiaron altas dignidades; prueba inequívoca de la excelencia de sus méritos.

Al regreso de ARANDA á Venezuela, después de su destierro, se dedicó al ejercicio de la profesión de abogado. Numerosa clientela acudió á su bufete; y en litigios y defensas dejó bien comprobados la profundidad de sus conocimientos, la elevación de sus doctrinas, el alcance de sus múltiples facultades, y la pureza y moralidad de sus medios.

Poco tiempo, sin embargo, ejerció la abogacía; porque la provincia de Caracas le señaló un puesto el año de 1834, como su Representante en el Congreso nacional.

En la segunda administración del General J. A. Páez desempeñó el Ministerio de Hacienda y de Relaciones Exteriores.

Fue reelecto Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores el año de 1842, en la administración del General C. Soublette.

El año de 1848 ocupó una curul en la Cámara del Senado, representando la provincia de Caracas.

El General José Gregorio Monagas, el inmortal redentor de los esclavos, le nombró, el año de 1851, Ministro del Interior y Justicia.

El año de 1855, en la segunda del General J. Tadeo Monagas, fue Ministro de Estado en los mismos Departamentos de lo Interior y Justicia.

A fines del año de 55 fué á los Estados Unidos de América con el elevado carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

En los últimos meses de 1856, á su regreso á Venezuela, continuó desempeñando el Ministerio de lo Interior bajo el Gobierno del General J. Tadeo Monagas.

Por última vez fue Ministro de Estado el año de 1859 en la administración del General J. Castro.

Concluimos estos apuntes haciendo mención, muy debida, de una de las producciones que dio á ARANDA fama impercedera.

Constituida Venezuela el año de 1830, sus primeros Congresos no legislaron sobre la ad-

ministración de Justicia, y por consecuencia los pueblos todos vinieron á una situación insoportable. Como era natural, se había aglomerado multitud de causas y negocios judiciales que no pudieron resolverse en los tiempos de la guerra ni en los años agitados que precedieron á la disolución de Colombia; y numerosos contrincantes acudieron á los tribunales pidiendo justicia y protección para sus derechos.

Las leyes orgánicas vigentes tenían defectos que hacían muy difícil la organización misma de los tribunales; y las de procedimiento presentaban una confusión en que se enredaban tanto los litigantes como los jueces. Fijaban su proceder los magistrados ateniéndose á las leyes colombianas, no adecuadas á la nueva organización de Venezuela, y procurando luz para muchos casos en las fórmulas que establecían los antiguos códigos españoles.

El clamor de los pueblos era tan imponente como incalificable el que los Congresos no oyeran sus acentos conmovedores, ni satisficieran sus necesidades con útiles reformas. No había ni podía haber recta administración de justicia; y los venezolanos no podían soportar impasibles el desquiciamiento de lo que constituye la base fundamental de las sociedades.

Los Ministros de Estado desde 1831 hasta 1836 pedían, en sus informes anuales, á los Congresos, leyes y reformas que la expectación y la ansiedad de los ciudadanos hacían urgentes.

En la Memoria que el Ministro de lo Interior de 1836, doctor J. S. Rodríguez, presentó al Congreso constitucional, se encuentran los siguientes conceptos, cuya inserción creemos muy oportuna:

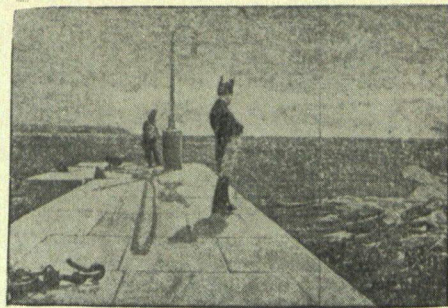
“En orden al procedimiento considero muy débil la más vigorosa excitación que el Gobierno hiciera por mi órgano al Cuerpo Legislativo con el fin de obtener su reforma. Ha llegado á un extremo el más alarmante la situación de los pueblos en este ramo.

“La tolerancia de los pueblos esperando en cinco Legislaturas el remedio de un mal que se ha llamado la gangrena de la República, no es concebible, señores, que se extienda á más. Nos hallamos, á mi ver, en el último punto á que la paciencia humana puede ser conducida.”

Estaba reservado al eminente juriconsulto á quien consagramos estas líneas, la gloria de ser el autor de la reforma que anhelaban los pueblos, que solicitaban los Gobiernos, y que al fin acordaron los Congresos.

El gran Código de procedimiento judicial de 1836, obra exclusiva de ARANDA, será siempre un testimonio inmortal de su sabiduría y de su talento. Para formarlos requeríanse todos los conocimientos especiales y profundos que posea nuestro primer juriconsulto y toda la claridad de la vasta inteligencia con que la Providencia le dotara. Si la dificultad de la empresa sobrecogió el ánimo de los mismos legisladores, extraordinaria debe ser la honra del que acometió su desempeño é hizo la reforma con un acierto sólo comparable á la magnitud del beneficio que recibieron nuestros pueblos.”

El 26 de octubre de 1873 murió el señor ARANDA, después de prolongada y dolorosa enfermedad. Sus funerales fueron presididos por el Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, en señal de la parte que el Gobierno de la República tomaba en el duelo nacional. Tres años después, en febrero de 1876, fueron decretados los honores del Panteón á los restos venerandos del patrio.



LA MASCARILLA DE NAPOLEON I



ENTRE las composiciones que forman el libro titulado EN EL OCAÑO, con que el aplaudido escritor señor don ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ, ha enriquecido el acervo de las bellas letras hispano-americanas, corre una con el título que señala estas líneas.

El nombre del escritor y, sobre todo, la materia, llamáronme vivamente la atención; tanto más, cuanto ya nuestro benemérito compatriota ARISTIDES ROJAS había dedicado un sentido y laborioso artículo al mismo asunto, y yo, con mis propios ojos, hebe de contemplar más de una vez en la casa de mi inolvidable amigo, el señor José María Antommarchi, la Mascarilla de Napoleón I; es decir:—la verdadera mascarilla de Santa Helena, que estuvo constantemente expuesta en uno de los salones de la dicha casa, en esta ciudad.

Como la relación del señor VÁZQUEZ difiere esencialmente de la que, con datos fehacientes, nos da nuestro ARISTIDES, extractaremos los puntos principales de la primera, para reproducir luego *in extenso* la segunda.

Es de justicia advertir antes de todo: que el señor VÁZQUEZ no da los hechos que relata como de propio marte, sino refiriéndose siempre á testimonios ajenos; en su sentir, perfectamente abonados.

No entra, pues, en mi propósito otro móvil sino el de sanear el asunto á fin de que brille la verdad en toda su pureza.

El hecho en cuestión, dice el señor VÁZQUEZ, siguiendo lo que él mismo llama *revelaciones dadas á la luz en el periódico mejicano THE TWO REPUBLICS, por la distinguida viajera señora J. S. FORD, con fecha 22 de abril del año actual (1897), es verdaderamente estupendo y de innegable autenticidad: se halla en una pequeña población de los Estados Unidos Mejicanos, la mascarilla, ó sea el molde en yeso del rostro de Bonaparte, momentos después de haber espirado en Santa Elena, el hombre extraordinario de Jena y de Austerlitz.*

Asegura el señor VÁZQUEZ, no sin manifestar la admiración que el caso inspira, haber estado guardada la famosa mascarilla durante CUARENTA AÑOS, en un pueblo de la frontera de Méjico, y entregada al polvo del olvido, hasta que pasó á ser expuesta en una caja de muestras del famoso almacén de FRANK MARSH, en las riberas del Bravo.

Dice luego cómo el señor doctor AN TOMMARCHI, después de una corta residencia en Nueva Orleans, llegó á parar en la población minera de GUANACEVI (del Estado de Durango, Méjico), donde hizo conocimiento con el doctor JOSÉ CALLEROS, con el cual formó una sociedad, y en cuyo domicilio estableció el suyo.

En 1838 trasladóse á Cuba el señor doctor AN TOMMARCHI, dejando todos sus efectos al doctor CALLEROS su asociado; y cuando volvía de la Habana á Veracruz, durante una tormenta, se perdió el barco en que navegaba el doctor, dice el señor VÁZQUEZ.

Quedó, pues, según la narración que sigo, en poder de Calleros el equipaje del doc-

tor AN TOMMARCHI, consistente en un baúl y una caja; caja y baúl que abrió por fin el depositario por no haberse presentado nadie á reclamarlos con derecho. Y entre los efectos particulares, cartas y otros papeles del doctor (ANTOMMARCHI), estaba la mascarilla de Napoleón, con autenticidad bien demostrada por los documentos que se hallaron referentes á ella.

Algunos años después (habla el señor VÁZQUEZ), el doctor CARLOS E. MACMANUS, de Matamoros, se casó con la hija del doctor Calteros; y la mascarilla, que había sido cuidadosamente conservada por la familia Calteros, pasó á poder del afortunado MACMANUS.

Dícenos luego el señor VÁZQUEZ:—Un mejicano muy inteligente, muy espiritual y partidario decidido DEL SPORT, de los viajes y de los adelantos científicos, el señor don ANTONIO FIOL, hijo de Matamoros de Tamaulipas, ha salido ya para Veracruz, con ánimo de continuar hasta aquella población fronteriza, diciéndonos:—Soy amigo de MACMANUS, le buscaré y visitaré, he de procurar ver la mascarilla, haré sacar una copia fotográfica de ella y enviaré á usted retratos del doctor AN TOMMARCHI y de cuantas personas han llegado á intervenir en ese curioso incidente de la historia napoleónica, etc., etc.

¡Ay! (añade el señor VÁZQUEZ) por desgracia ya no existe la mascarilla primitiva, sino el molde exacto, auténtico y verdadero de ella.

Y refiere que el doctor COWAN de Brownsville (Texas), enterado de que el consabido doctor MACMANUS poseía la célebre mascarilla, acercóse á él, la examinó, procuró adquirirla en propiedad; y como á esto se negara el tenedor de la reliquia, obtuvo al fin le permitiese sacar copia de ella.

El molde en yeso fue tomado en seguida con toda prolijidad, asegura el señor VÁZQUEZ. Solidificóse, no obstante, dicho molde con la mascarilla, y al tratar de separarlo, cayó la famosa, la insustituible efigie al suelo, haciéndose cien pedazos.

Aquí surgió una acalorada disputa entre el doctor COWAN y el doctor MACMANUS, sobre quién sería el propietario del molde, una vez rota la supuesta mascarilla original; pero, calmados ambos, decidieron someter la cuestión á los tribunales de justicia, depositándose mientras tanto el codiciado resto de la mascarilla en el gran almacén de FRANK MARSH, de Matamoros, en cuyo sitio pueden verlo los anticuarios ó devotos de las grandes joyas artísticas.

Después de esta rotunda afirmación, reproduce el señor VÁZQUEZ algunos testimonios publicados en periódicos americanos, acerca de lo expuesto; y es el primero de ellos una certificación del doctor CARLOS MACMANUS relativa al origen de la que él tiene por primitiva mascarilla y al molde que de ella sacó el doctor COWAN.

Dos son los artículos escritos por el señor VÁZQUEZ con relación á este asunto: el primero publicado en "EL FÍGARO" de la Habana, correspondiente al 7 de septiembre de 1897, y el segundo, también en el dicho periódico, en 12 del mismo mes y del propio año.

Al pie del último de ellos se lee la siguiente nota:

"Estos dos artículos merecieron de la ilustrada prensa mexicana, una entusiasta acogida. *El Mundo*, *El Imparcial*, *El Universal* y otros notables periódicos de la capital y de los Estados de la República, los reprodujeron y comentaron, pues parece ser cosa enteramente averiguada que aun se conserva en la ciudad de Guadalajara, otra mascarilla auténtica de Napoleón el Grande (llevada allá por el Doctor Antommarchi y regalada al venerable liberal D. Melchor Ocampo), sin embargo de que no faltan eruditos mexicanos que sostengan que dicha mascarilla es simplemente un molde del precioso documento á que nosotros nos hemos referido. Se nos informa que el gobierno mexicano ha de hacer averiguaciones prolijas acerca del asunto, porque si llegase á ser comprobada la legitimidad de esa segunda mascarilla, habrá de procurarse su adquisición para el Museo Nacional. Sabemos que se trata de reunir en un libro todos los artículos y estudios que han dado á luz los periódicos respecto de esta cuestión. Por nuestra parte tenemos el placer de haber dado motivo al esclarecimiento de un punto, nada despreciable, de la historia napoleónica."

Léanse los referidos dos artículos del señor VÁZQUEZ, como he dicho, en el bello libro por él publicado con el título EN EL OCASO, páginas 271 á 286—(HABANA. Imprenta del Avisador Comercial de Padua y Díaz. Amargura 30, Esquina á Cuba. 1898).

Hé aquí el artículo del señor doctor ARISTIDES ROJAS, que se publicó en 1872 en la colección titulada OBJETOS HISTÓRICOS QUE POSEE CARACAS, y se reprodujo en UN LIBRO EN PROSA, páginas 328 á 342, del mismo autor.

LA MASCARILLA DE NAPOLEON EL GRANDE (1)

Cuando, al principiar estos cuadros sobre las antigüedades históricas que tiene Caracas, anunciamos que, en su última parte, nos ocuparíamos de las reliquias de Napoleón el Grande, que se encuentran en la capital de Venezuela, creímos tendríamos que limitarnos solamente á especificar cada una de ellas; pero consideraciones de un orden más elevado nos ponen hoy en el deber de tratar una cuestión de alto interés histórico:—la autenticidad de una de estas reliquias, desde el momento en que en dos épocas distintas se ha dicho por la familia de los Bonapartes, que era ya una propiedad de ella la mascarilla del emperador, sacada, pocas horas después de su muerte, por su ilustre médico el Dr. Antommarchi.

Vamos á dilucidar este asunto, no como simples cronistas, sino con toda la conciencia que inspira la verdad apoyada en hechos irrecusables, en testimonios históricos, á la luz de la razón, ante el juicio de los contemporáneos. Seguiremos al Dr. Antommarchi en su itinerario después de su salida de Santa Elena en 1821; y cada uno de sus actos nos revelará en cuánto estimó el recuerdo histórico que nos sirve de tema, cuántos fueron sus cuidados y los de su familia por conservarlo, y cómo ha podido llegar hasta nosotros sin haber perdido nada de su noble origen.

Después de medio siglo que hace sucumbió en la árida roca de Santa Elena el Prometeo de los tiempos modernos, preséntase por la primera vez en la prensa de ambos mundos la historia de una reliquia napoleónica, guardada durante cincuenta años por una familia que lleva á alto honor el poseerla. De pronto no podrán comprender nuestros lectores cómo puede encontrarse en Caracas un recuerdo del cautiverio de Napoleón, cuando la Francia se ha esforzado en todo tiempo por conseguir cuánto hubiese pertenecido al grande hombre; cuando la Inglaterra ha creado, en el primero de sus museos particulares, un salón de oro destinado á los objetos históricos del primer imperio; cuando no hay ciudad de Europa que no ambicione poseer algo de los pasados días de gloria; pero toda duda desaparece desde el momento en que revelemos que los legítimos herederos del Dr. Antommarchi son la virtuosa familia del mismo nombre que Caracas se complace de tener en su seno. Entonces toda duda se desvanece y cada recuerdo, cada reliquia de las muchas que conserva esta familia, se presenta con todo el brillo de la autenticidad, con todo el respeto que han sabido inspirar, en toda época, las desgracias del grande hombre y los desvelos del médico ilustre que cerró sus párpados.

Cuando el Dr. Antommarchi fue solicitado por varios miembros de la familia de Napoleón y, sobre todo, por la madre de éste y por el cardenal Fesh, para ir á Santa Elena en calidad de médico del emperador, ya él tenía un nombre ilustrado por las tradiciones de familia, por el talento y por la ciencia. Lleno de entusiasmo por el genio cuyas angustias tocaron su corazón, no vaciló en abandonar todos los trabajos científicos que en aquella época emprendiera con el célebre Mascagni, y sumiso aceptó el sacrificio, y quiso ser uno de los compañeros de infortunio en la mortífera roca sobre la cual exhalaba Prometeo el postrimer aliento. Todavía más: firmó gustoso las terribles condiciones á que le sometió el gobierno inglés, y despreciando mil contrariedades vejatorias á su dignidad, partió para Santa Elena en setiembre de 1819. Después de un penoso viaje á bordo de un buque detestable escogido al intento para mortificar al joven profesor, llegó por fin á la mazmorra en que debía encontrar la más ilustre de todas las víctimas.

(1) Este escrito pertenece á la colección de artículos publicados con el título de OBJETOS HISTÓRICOS QUE POSEE CARACAS. Al reproducirlo en estas páginas lo hago como un homenaje á la memoria de mi querido hermano Milcáfades, muerto en París en junio de 1874, y como un recuerdo á su apreciable viuda, la señora Dorila Antommarchi de Rojas.

No hablemos de la intimidad que durante dos años existió entre el gran Napoleón y su médico. Dejemos á la curiosidad de nuestros lectores hojear esas páginas inmortales del MEMORIAL DE SANTA ELENA en las cuales están registrados los más íntimos episodios del amor y de la resignación, de la majestad herida y de la dignidad angustiada. Dejemos á nuestros lectores admirar en esas páginas los resplandores de un sol de ocaso, y las reminiscencias que cada palabra, cada suspiro del moribundo traen de sus pasados días, cuando derrocaba tronos, creaba reinos, imponía sus legiones victoriosas y conmovía el mundo con su solo nombre; ó como dijo el poeta:

Dijo su nombre... trémulo
Uno contra otro armado,
Ante él dos siglos póstranse
Como á la voz del hado;
¡Silencio! dijo, y árbitro
Entre ellos se sentó.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Manzanare al Ríno,
Al son de su estentórea
Voz, se humilló el Destino;
Tronó de Scila al Tánais,
Del uno al otro mar. (1)

Hacia seis horas que Napoleón acababa de morir (5 de mayo de 1821) y ya Antommarchi le había rapado la cabeza para conservar el cabello que el emperador legaba á su familia, cuando Hudson Lowe, el villano carcelero, acompañado de su estado mayor y de muchos personajes de la isla, se presentó en el dormitorio donde estaba el cadáver, como para cerciorarse de que era verdad que Napoleón había continuado en el camino de la inmortalidad. Al verlo ordenó que se procediera á la autopsia; pero Antommarchi le observó que hacía muy poco tiempo que estaba sin vida. El carcelero no insistió.

"Me habéis mandado pedir yeso para tomar la mascarilla del difunto, agregó Hudson Lowe, dirigiéndose al Doctor; uno de mis cirujanos muy hábil en este género de trabajos, os ayudará."

Antommarchi dio las gracias al carcelero y le manifestó que siendo tan fácil el procedimiento no había necesidad de ayuda.

El carcelero partió.

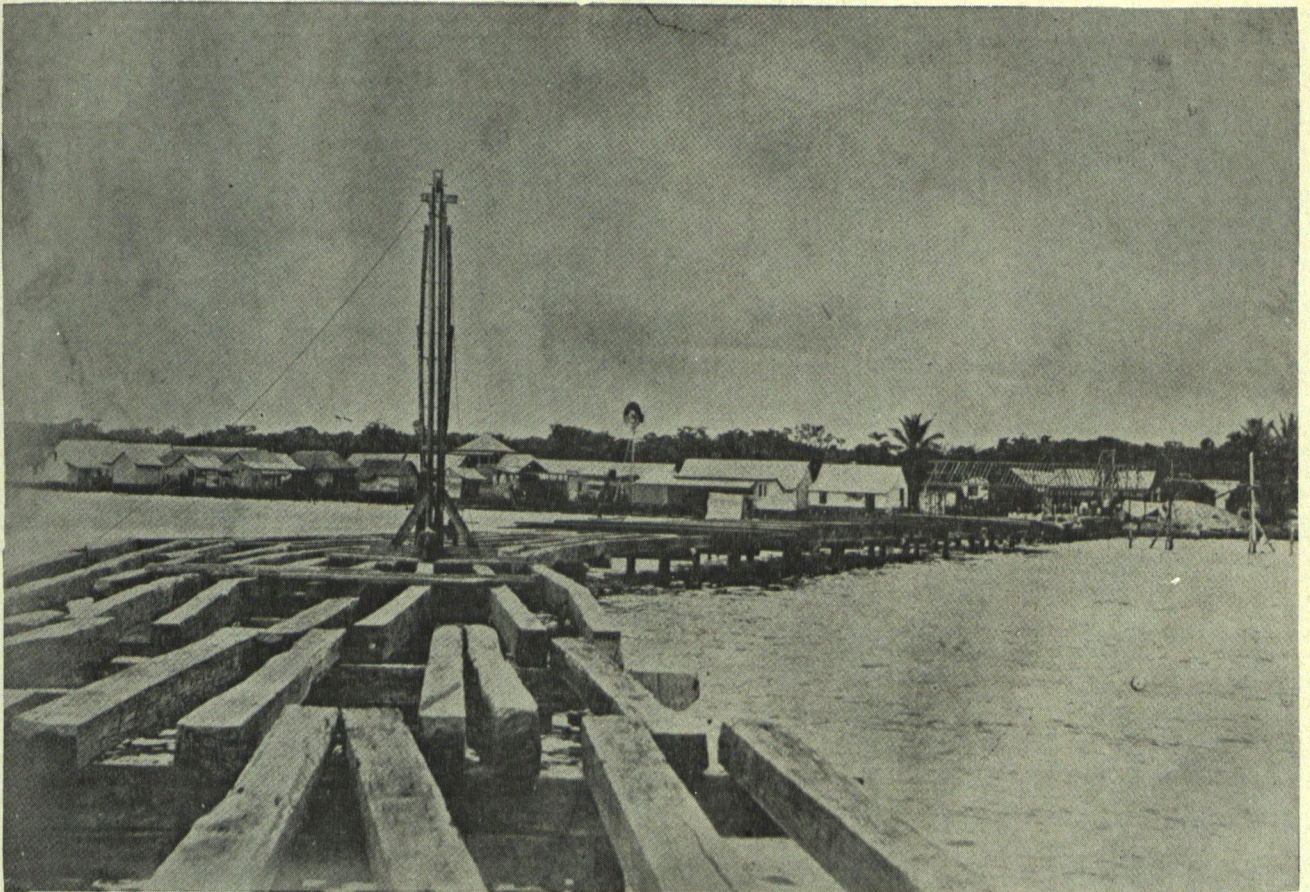
No había yeso en los alrededores, de Longwood; y el que con tal nombre había recibido la mariscalca Bertrand, no era sino una cal muy impura. Antommarchi se hallaba muy inquieto con esta contrariedad, cuando el Dr. Burton indicó que no muy lejos había un depósito de yeso. El contra-almirante Lambert dio en el acto las órdenes para solicitarlo, y un bote partió al lugar indicado. Pocas horas después llegaron algunos fragmentos, que fueron calcinados y sirvieron á Antommarchi para sacar la mascarilla del augusto rostro. En seguida procedió á la autopsia.

"Los generales Bertrand, Montholon y Marchand, ejecutores testamentarios, escribe Antommarchi en sus MEMORIAS, asistieron á esta operación penosa; también se encontraron presentes Thomas Reade, algunos oficiales del estado mayor, los doctores Tomás Schort, Arnot, Carlos Mitchell, Matías Livingston, cirujano de la compañía de las Indias, y ocho médicos más que yo había invitado."

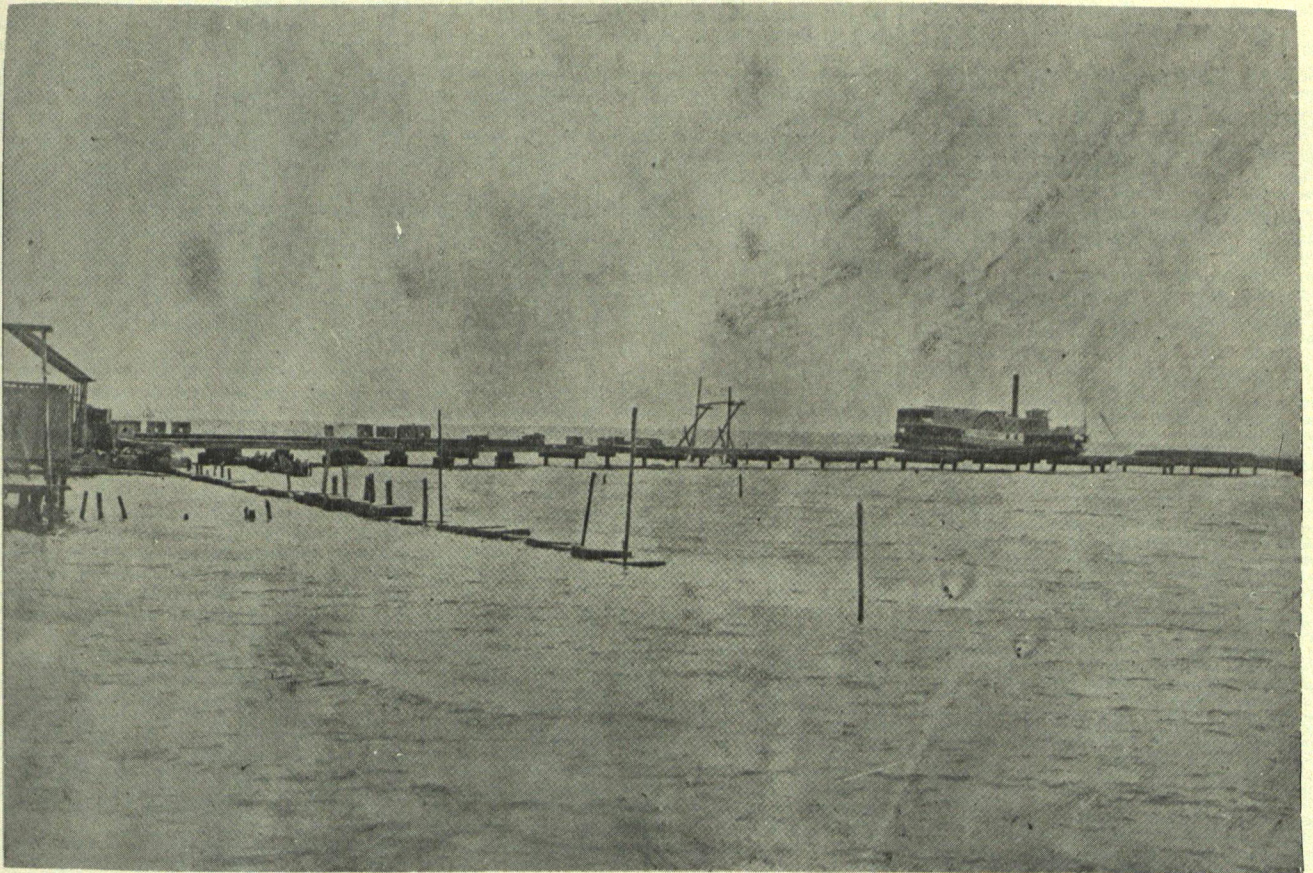
Dos meses después, Antommarchi y sus compañeros de infortunio estaban en Londres. Hudson los había mortificado no sólo enviándoles en una detestable embarcación, sino dándoles también por compañeros 200 soldados que remitía á Inglaterra. Con éstos iba un espía, un tal Burton, quien llevaba el designio de apoderarse en Londres de la mascarilla que llevaba el Dr. Antommarchi.

"Uno de ellos, escribe Antommarchi en sus MEMORIAS publicadas en 1825, me había seguido desde Santa Elena á Londres, con la esperanza de despojarme de la mascarilla de Napoleón; y apenas llegó, cuando elevó una queja en la cual manifestaba que entre los objetos del conde Bertrand, y en la misma casa que él habitaba, había un busto en yeso del general Bonaparte que le pertenecía, y que el conde y la condesa retenían con obstinación. En consecuencia fue autorizado para emplear la fuerza armada y apoderarse de la reliquia. El gran mariscal acudió al instante, y el comisario de policía instruido de la especie de propiedad que tenía Burton, retiró la autorización que había dado, y yo quedé en posesión de la mascarilla que conservo religiosamente. Pero habiendo cesado la intervención de la autoridad, se apeló á los ofrecimientos, y se me propusieron seis mil libras esterlinas si quería cederla, no pudiendo conservar sino una copia; pero yo deseando presentar una á la madre de Napoleón y conservar otra para mí, rehusé."

(1) Traducción de Manzoni, por Heriberto García de Quevedo.



PUERTO DE LA CEIBA.— Fotografía del atracadero N° 1



Parte del atracadero N° 1.— Vista desde el Norte

Desde este instante Antommarchi pasaportado por la legación francesa en Londres, dejó el suelo de Inglaterra para seguir á Roma, en donde debía ver y relatar á la familia de Napoleón el último acto de la terrible tragedia de Santa Elena. La visitó por repetidas ocasiones y recibió de ella una prenda valiosa, recuerdo de la noble madre, que él incorporó con justo orgullo á las que había recibido del augusto hijo antes de morir. Siguió después á Parma en solicitud de María Luisa, para cumplir religiosamente los deseos de Napoleón; pero ésta no se dejó ver y se contentó con enviar á Antommarchi una sortija de valor. ¿Era un recuerdo de ternura, como prueba de gratitud hacia el médico á quien no recibía por no avivar el dolor que le causaba la muerte de su ilustre esposo? Antommarchi pudo contestarse á sí mismo, cuando á los pocos días de su llegada á Parma la vio, vestida de luto, en el teatro de la ópera.

Antommarchi, después de haber satisfecho en parte, las órdenes de Napoleón y de haber sido recibido tanto en Francia como en Italia con todo el entusiasmo y admiración que le habían granjeado sus cuidados al ilustre prisionero, continuó ocupándose de sus estudios favoritos y pudo al fin, dar á la luz pública la grande anatomía de Mascagni, su compañero y maestro.

Descansado se encontraba en el ejercicio de su profesión, cuando en 1831 llega á sus oídos el grito de insurrección que Polonia levantaba contra sus crueles opresores. A semejanza nueva, que despertaba el entusiasmo en los ánimos generosos, el médico de corazón se sintió atraído hacia aquella tierra desgraciada, y sin detenerse en consideraciones de ninguna especie, se trasladó á la patria de Poniatoski.

¡Cuánto entusiasmo, cuánto delirio, cuando aquellas poblaciones amantes de las glorias de Napoleón, pudieron admirar y bendecir al hombre que por una parte iba á prestarles los socorros de su ciencia y por la otra iba á contribuir á su emancipación política!

Antommarchi era ya el hombre de Polonia, cuando la corte de Rusia celosa de las ovaciones que se tributaban al médico de Napoleón, ordenó prenderle; pero avisado aquél por sus amigos, dejó el suelo polaco veinte y cuatro horas antes de llegar la orden arbitraria.

Antommarchi volvió á París y continuó en el ejercicio de su profesión, cuando en 1833 los hombres más eminentes del imperio le pidieron permiso para que diera á conocer á la Francia el vacío de la cara del emperador que él sólo poseía. Con este objeto se publicó un anuncio cuyo tenor es el siguiente:

ANUNCIO DE UNA SUSCRIPCIÓN NACIONAL PARA EL YESO ORIGINAL DE LA CARA DEL EMPERADOR NAPOLEÓN; VACIO HECHO EN SANTA HELENA POR EL DR. AN TOMMARCHI.

Los últimos deseos del Emperador Napoleón en la roca que tan triste inmortalidad deberá á su nombre, fueron que sus cenizas, exentas de la jurisdicción inglesa, reposasen á orillas del Sena, en medio de los franceses que tanto había amado. Y ya que aquel voto solemne y piadoso no se ha cumplido todavía, aprovechamos la ocasión de suplirlo, siquiera sea provisionalmente.

Existe un generoso ciudadano que no vaciló en decir adiós á su patria y á su familia; y abandonando así todas las ventajas de una hermosa situación adquirida por sus esfuerzos, fué á habitar bajo la influencia de un clima mortífero. Allí disputó á la muerte la vida del Grande-hombre y pudo aliviar con sus hábiles cuidados y cariñosas consagración, los males que no alcanzó á vencer la impotencia del arte. El Dr. Antommarchi ha tenido la feliz idea de modelar en yeso aquella ilustre cabeza, cuyas facciones, á pesar de los dolores de una prolongada agonía, nada habían perdido de su calma y dignidad; nada de aquella expresión del genio que por tantos años dominó el respeto y admiración de los hombres. En manos amigas la depositó, cuando habiéndola traído á Europa se ausentó para el exterior; y ha rechazado valiosas proposiciones por este precioso monumento que ofrecía campo á caudalosas especulaciones, no creyendo que, le fuese permitido disponer de tal manera de una propiedad que al dejar de pertenecer debía pasar al tesoro histórico de la gran nación. Así pensó que cumplía con el último voto de Napoleón, tan noblemente expresado en su lecho de muerte. Es á Francia, pues, á los franceses todos, á quienes el Dr. Antommarchi tiene hoy la dicha de ofrecer la fiel imagen de aquel que les dio tanto lustre y tanta gloria, y les consagró su vida y, al morir, el postrero de sus pensamientos.

Una comisión compuesta de los señores:

El mariscal CLAUSEL, presidente.—El general Conde BERTRAND.—El general duque de PADUA.—El general conde de FLAHEULT.—El príncipe de la MOSCOWA.—El duque de ELCHINGEN.—El baron MENNEVAL.—Cayetano MURAT, ex-diputado.—El general GOURGAUD y el general DOMMANGET que funciona como secretario, acaba de abrir una suscripción destinada á ofrecer al Dr. Antommarchi un testimonio del agradecimiento público, á la par que una justa indemnización por sus cuidados. Esta suscripción verdaderamente nacional, admitirá hasta la más mínima ofrenda, para que todas las personas puedan concurrir á un

acto que, por su naturaleza, extraña en un todo á la política, sólo tiene un carácter de familia.

La comisión se propone pedir al gobierno la autorización para depositar el modelo original y único de Napoleón, en el Palacio de los Inválidos, en medio de los valientes que por tan largo tiempo condujo á la victoria.

París: 15 de Julio de 1833.

El mariscal CLAUSEL.—El barón DOMMANGET.

La suscripción fue abierta y tan luego como los resultados correspondieron de una manera satisfactoria al noble deseo de los empresarios, el Dr. Antommarchi recibió en 9 de agosto del mismo año la siguiente carta:

Señor Dr. Antommarchi: el proyecto de una suscripción para adquirir el molde en yeso ó busto original y único, que habéis tenido la feliz idea de modelar en Santa Helena sobre el rostro del emperador Napoleón, tendrá sin duda la mejor acogida de todo el que tenga un corazón verdaderamente francés.

Depositar en el hospital de los Inválidos esta preciosa reliquia sería su más digno destino: sería contemplada diariamente por estos bravos ancianos con un respeto religioso; pero ¿qué disfrutaría la Francia, su eterna admiradora, que está llena de recuerdos tan grandes si se depositara el oro del extranjero en cambio del tesoro que poseéis; lo habéis conservado á la Francia y en esto habéis hecho un servicio distinguido á la patria, cuyo reconocimiento por vuestro noble desinterés parece cierto á la comisión, si queréis consentir en multiplicar los ejemplares de este monumento cuyo precio se fijará en las condiciones de la suscripción.

Obrando de este modo, cuántos franceses y extranjeros se apresurarán á suscribirse por adquirir las facciones de esta ilustre y majestuosa cabeza, de la cual cada contorno, cada línea es el asiento de una idea vasta y generosa?

Los militares ancianos se felicitarán y enorgullecerán de poseer una copia del molde original; lo rodearán con las antiguas armas que llevaron en el campo de batalla; será para ellos un museo precioso que perpetuará los recuerdos de grandes sucesos, y fortalecerá el amor de la gloria y de la patria.

Señor doctor: la comisión al manifestaros sus miras sobre una obra que tiene como nacional, juzga que las pesaráis; y si las admitís, cree que cumpliréis los votos de innumerables admiradores de Napoleón Bonaparte, y recibiréis la recompensa que merece vuestra noble conducta.

Recibid, señor doctor, la seguridad de nuestra perfecta consideración.

Mar. Clausel, presidente.—Barón Dommanget, Mar. de campo, que funciona como secretario.

Antommarchi contestó esta carta aceptando en todas sus partes los deseos de la comisión, y procedióse, por tanto, al vacío en bronce y en yeso de la mascarilla del emperador.

Ignoramos el número de ejemplares que vio la luz pública en aquella fecha; pero todos ellos, en bronce y en yeso, llevaron la auténtica de una medalla autorizada por el ministro de obras públicas, que tiene la efigie de Napoleón emperador y rey con el exergo *Suscripción del Dr. Antommarchi*. Cada ejemplar lleva además la firma autógrafa de este último.

En estos mismos días apareció un facsimili de la mascarilla del augusto difunto bellamente grabado por el célebre artista Calamatta.

Veamos ahora cómo esta mascarilla en bronce fue recibida en triunfo en los pueblos de América, y como las ovaciones con que había sido obsequiado Antommarchi en el viejo mundo se repitieron en el nuevo, como para manifestar que la humanidad en todas partes rinde su homenaje al infortunio y á la gloria de los grandes hombres y una justa admiración á la amistad abnegada y al noble sacrificio.

En setiembre de 1834, Antommarchi se resolvió dejar la Francia para seguir en busca de otra patria. Razones personales é injusticias notorias le obligaban á dar este paso. Antes de abandonar el suelo patrio escribió las siguientes cartas en que se reflejan las ideas que le dominaban:

«París 25 de agosto de 1834.—Al señor presidente del consejo de ministros.—Señor mariscal: He renovado ya el ofrecimiento de mis servicios hechos al rey, para efectuar la traslación á Francia de los despojos mortales del emperador Napoleón, depositados en Santa Elena.»

«Aunque en vísperas de dejar la Francia, no por eso dejó de persistir en esta buena disposición. Cualquiera que sea la distancia en que me encuentre, estaré siempre pronto á ejecutar las órdenes del gobierno en esta parte. Me comprometo formalmente á ello, y al obrar así no hago más que llenar un deber piadoso, dictado por el reconocimiento. El día más feliz de mi vida será aquel en que yo pueda dar este nuevo testimonio de dedicación y respeto á la memoria del emperador Napoleón, y de deferencia á los votos de mis conciudadanos.»

«Tengo el honor etc.—señor mariscal etc.—Su más atento etc.—Dr. F. Antommarchi, médico del emperador Napoleón en Santa Elena.»

AL MARISCAL BERTRAND

París 2 de setiembre de 1834.—Señor gran mariscal: Estoy en vísperas de dejar la Francia para ir á N. Orleans, debo daros parte de la causa de mi partida.

«El emperador por sus últimas voluntades había asegurado mi suerte y mi fortuna. Obstáculos que él no pudo prever han impedido que se cumplan sus benéficas intenciones con respecto á mí. Se han burlado las medidas de que yo me había valido para asegurar su ejecución; se han desconocido mis derechos y mis títulos; y me voy hoy forzado á recurrir á los tribunales. Me sería muy doloroso asistir á estos debates judiciales: me alejo, pues, de la Francia, bien á mi pesar, y me complace en pensar, señor mariscal, que no desaprobéis los motivos que me han determinado á tomar esta resolución. Espero que continuaréis en hacer justicia al que tuvo la satisfacción de encontrarse con vos en el suelo del destierro, y el triste honor de asistir á la larga agonía del más grande hombre de todos los siglos y de cerrarle los ojos.»

«Aceptad, señor mariscal etc.—El Dr. F. Antommarchi.»

A la primera de estas cartas contestó de una manera muy satisfactoria el gobierno francés, asegurándole que si algún día decretaba la Francia la traslación de los restos de Napoleón al suelo de la patria, sin duda alguna ocuparía el Dr. Antommarchi el primer puesto en la comisión á cuyo cuidado se encargase la conducción de tan precioso depósito.

No llegaron á realizarse los deseos del célebre médico, pues cuando en 1841 la Francia toda, poseída de ardiente y glorioso entusiasmo, recibía los restos del más ilustre de sus hijos acompañados desde la árida roca por los fieles amigos que compartieron con éste el infortunio, ya Antommarchi había muerto en Santiago de Cuba.

Brillante fue la acogida que hizo al Doctor la sociedad de Nueva Orleans á fines de 1834, cuando por la primera vez pisaba la tierra de Washington. Al anunciarse su llegada, su nombre histórico despertó los más gloriosos recuerdos, y no hubo ciudadano que no sintiera cierto orgullo en estrechar la mano que había tenido la honra de cerrar los párpados de la ilustre víctima de Santa Elena. Agradecido á las muestras repetidas de benevolencia y de respeto, á las atenciones con que fue colmado por tan culta sociedad; Antommarchi regaló á la ciudad una de las mascarillas en bronce que poseía; — y la ciudad, enorgullecida, la recibió de una manera triunfal.

«Me encuentro feliz señores, decía el donador á los miembros del Consejo, al ofrecer á esta ciudad, en prenda de mi profundo agradecimiento, la ilustre y majestuosa cabeza del emperador Napoleón... Esta grande imagen está destinada á perpetuar entre vosotros, como entre todos los pueblos del Universo, grandes recuerdos y el fuego sagrado del honor, de la gloria y de la Patria.»

Nueva Orleans la recibió con júbilo y quizá por la primera vez se veía un objeto material conducido en triunfo como lo fue la mascarilla de Napoleón. El consejo, todos los empleados públicos, el ejército y la sociedad entera concurren á aquella procesión cívica en que fue conducida en triunfo al palacio del gobierno el objeto histórico que despertaba en aquellos momentos tantos recuerdos de tristeza y de gloria. ¿Quién le hubiera dicho á la Francia que cuando á mediados del siglo pasado, escoltaba con ochenta mil soldados el busto de Washington que le regalara la América del Norte, llegaría un día en que la mascarilla de Napoleón el grande recibiera también iguales honores y sería conducida no sólo por el ejército sino por todo un pueblo para ser colocada en el Santuario de la Libertad?

Pocos días después de esta fiesta cívica, la ciudad obsequió al Dr. Antommarchi con un suntuoso banquete, y la prensa continuó hablando del ilustre huésped hasta los momentos en que salió de Nueva Orleans para seguir á Mejico.

Apenas se tienen noticias en la República mejicana del próximo arribo del ilustre viajero, cuando el gobierno trasmite sus órdenes á Veracruz para que sea recibido con todos los honores debidos. Al entrar en la tierra de los aztecas, Antommarchi se encuentra rodeado de nuevo por otro pueblo que le colma de honores y de distinciones. Su llegada á la capital es un acontecimiento y la sociedad y la prensa elevan su nombre en alas de la fama.

Nuevo triunfo, nueva prenda. Antommarchi regala entonces al Congreso mejicano reunido en aquella fecha, la mascarilla en bronce del emperador, y el congreso decreta en 23 de mayo recibirla. Fijase por el gobierno el día de Corpus, después de la procesión, para conducirla en triunfo al palacio del ayuntamiento. Esta procesión se verificó el 18 de junio, precisamente el día del aniversario de la batalla de Waterloo.

Al registrar los periódicos de aquella época, encontramos en el discurso pronunciado ante el Ayuntamiento, por el distinguido mejicano R. Pacheco, los siguientes conceptos..... «En esas facciones están in-



UN ENTUSIASTA. — Cuadro de T. Lane

presas la dignidad y las huellas de un prolongado sufrimiento. Y no son estas consideraciones generales las que hacen este dón precioso para los mejicanos. Es bien sabido que merecimos al grande hombre una mención particular en la apertura de las sesiones del cuerpo legislativo de 1912. "LAS JOVENES NACIONES DE AMÉRICA, dijo, HAN LANZADO EL GRITO DE SU INDEPENDENCIA: LOS VOTOS DEL UNIVERSO LAS ACOMPAÑAN EN TAN GLORIOSA LUCHA." Su grandeza de alma lo perdió, escogiendo la Inglaterra, para buscar como Temístocles un asilo en medio de sus enemigos; y cuando después en la roca de su destierro se arrepentía de no haber venido á América: "en el valle de Méjico, exclamaba, habría encontrado Arquímedes su punto de apoyo; desde allí podría yo todavía conmover al mundo."

Pero lo que más sobresale en los triunfos de Antommarchi tanto en Polonia y en Italia como en Nueva Orleans, en Méjico y más tarde en Cuba, no es la gloria desgraciada y la abnegación sublime que él representaba, sino la filantropía, la generosidad con que se presta á asistir á los menesterosos y desempeñar la misión augusta del profesorado.

Los periódicos de ambos mundos desde 1831 á 1838 consignan en sus columnas multitud de hechos que harán eterno el nombre de Antommarchi en todas las poblaciones que visitó. Podría decirse que en el crisol candente de Santa Elena se templó su corazón, mientras se fundía el de la gran víctima, y que cuando el de ésta desaparecía, el otro continuaba para inspirar á la humanidad con los recuerdos que despertaba aquel nombre, valor en el sufrimiento, generosidad en el infortunio.

La última sección de la América que visitó Antommarchi fue Cuba, á principios de 1837.—Desde que pisó su suelo, los mismos honores, las mismas distinciones que en Méjico y en Nueva Orleans llenaron su corazón de gratitud hacia los moradores de la nueva patria que le recibía con los brazos abiertos. En aquellos días, agosto de 1838, Antommarchi tropezó en Puerto Príncipe con su hermano menor José, quien establecido desde 1829, en Cúcuta (Nueva Granada), quiso de paso por los Estados Unidos de América,

visitar á su hermano mayor. Entonces fue cuando Antommarchi, quizá bajo el influjo de algún triste presentimiento, encargó á su hermano, para si llegaba á morir en Cuba, que regalase la mascarilla original del emperador á la familia de Napoleón; que este era su deseo; y que le suplicaba lo cumpliera con toda la religiosidad posible, pues para los descendientes del grande hombre, aquella debía ser la primera reliquia de Santa Elena.

Meses después, cuando el Doctor querido y admirado en toda la isla, se proponía dar cima á la creación de un hospicio para los pobres, la fiebre amarilla le atacó de una manera violenta y puso fin á sus días el 3 de abril de 1838 á la edad de 48 años. Por fortuna para el Doctor, encontré en Cuba con uno de sus primos, Antonio Antommarchi, descendiente de la rama de esta familia, establecida en las Antillas, quien le acompañó en sus últimos instantes, en unión de muchos hombres notables de la ciudad de Santiago.

Célebres fueron los funerales del Dr. Antommarchi, y la pompa que en ellos se desplegó, las lágrimas que le acompañaron á la tumba, el vacío que dejaba su muerte, y la veneración con que fue respetada su memoria, hacen que le consideremos como uno de los benefactores más notables que ha tenido la humanidad.

Los objetos de Santa Elena que conservaba el Doctor en Morsiglia (Córcega), lugar de la residencia de su hermano Domingo, pasaron por disposición testamentaria á éste. Allí permanecieron guardados hasta 1869, en que habiendo muerto Domingo, pasaron al señor José Antommarchi, único hermano que queda del célebre médico de Napoleón el Grande.

El señor Antommarchi tan luego como tuvo noticias de la muerte de su hermano, partió de Caracas para Francia, y desde París envió uno de sus hijos para que recogiese todos los objetos de Santa Elena y los condujese á Caracas. Exceptuando algunos libros y otros objetos artísticos de los cuales dispuso quizá el señor Domingo Antommarchi, todo lo demás se encontró conforme con el testamento del Doctor.—Entre las reliquias de Santa Elena, hoy

en Caracas, hemos visto la célebre mascarilla original de Napoleón, el antejo de sus campañas regalado á su médico en 1820, las fajas que sirvieron para el ilustre enfermo, un presente del mariscal Bertrand, con autógrafo, de los muchos que recibiera de Napoleón, el ensayo de la primera mascarilla que sirvió para el molde en bronce, la mascarilla de bronce, retratos, grabados, prendas, etc., etc. y otras tantas curiosidades que sería superfluo enumerar aquí.

Antes de salir de París, el señor Antommarchi recordando el deseo que le había expresado su hermano en 1838 en Puerto Príncipe (isla de Cuba) respecto á la mascarilla de Napoleón, aprovechó su permanencia en París para dirigir á Napoleón III la siguiente esquela.

Sire,

Paris, agosto de 1869.

Hace largo tiempo que vivo ausente de la Córcega, mi país natal y hogar de mi familia. Soy el único legítimo heredero de mi hermano el Dr. Francisco Antommarchi, médico de S. M. el emperador Napoleón, en Santa Elena, y vengo hoy gustoso á dar cumplimiento á su última voluntad.

Una feliz coincidencia me proporcionó, en el año de 1838, el contento de verle, por la vez postrera, en la ciudad de Puerto Príncipe de la isla de Cuba. Confóme allí sus deseos y sus últimas disposiciones: y un mes corrido nos separamos: él partió para Santiago de Cuba, donde fue víctima de la fiebre amarilla, y yo me dirigí á los Estados Unidos.

Cuando en 1831 se apresuró mi hermano á ofrecer sus servicios á Polonia, envió á nuestra casa en Córcega, entre otros objetos que guardaba en París, la mascarilla de yeso original, modelada por él sobre el rostro del emperador difunto: dedicando desde entonces esta reliquia á S. A. el duque de Reichstadt, hijo de su augusto enfermo, por lo que directamente ella debe pasar á la familia de V. M.

Sire: ofrezco, pues, á V. M. esta preciosa reliquia del muy glorioso y augusto jefe de vuestra casa, y lo hago en nombre de su último médico, mi hermano, quien desde su tumba espera que yo cumpla su sagrado voto.

Confiado en que este ofrecimiento merecerá la honra de ser aceptado, regresaré á Caracas, lugar donde resido actualmente, feliz y satisfecho por haber cumplido la voluntad de mi ilustre hermano.

Soy, Sire, de V. M., muy humilde y obediente servidor,

J. M. Antommarchi.

Pero, en lugar de seguir para Caracas, el señor Antommarchi partió para Córcega en donde debía llenar un deber de familia; hacer una visita á su hermana octogenaria Felipa, á quien no había vuelto á ver después que dejó la Córcega en 1829. ¡Cuál fue la sorpresa del señor Antommarchi cuando al llegar á Morsiglia supo por el Prefecto del lugar que el emperador había solicitado varias noticias relativas al Dr. Antommarchi. Deseaba el soberano saber no sólo las fechas de su nacimiento y muerte, la época en que había dado á conocer del público la mascarilla en bronce, su residencia en Polonia, sino también la verdadera ortografía de su nombre y los miembros de su familia que vivían.

El señor Antommarchi se prestó gustoso á satisfacer todas estas preguntas de familia, y á su regreso á París, en viaje para Venezuela, tuvo la satisfacción de enviar al ministro de justicia y de cultos de Luis Napoleón, las noticias biográficas que tenía relativas á su difunto hermano. A su llegada á Caracas recibió del encargado de negocios de Francia, un extracto de la siguiente nota.

Paris, setiembre 23 de 1869.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Dirección política.

Durante su permanencia en París, el señor Antommarchi, hermano del médico del mismo nombre que asistió al emperador Napoleón I. en Santa Elena, escribió á S. M. suplicándole se sirviese aceptar el presente de un vacío original en yeso que su hermano había sacado sobre el rostro del emperador, después de la muerte de éste. El señor Antommarchi ha partido de Francia para regresar á Caracas donde actualmente reside antes de que le haya llegado la respuesta á su carta. Os agradeceré que de parte de S. M. le anunciéis que él acepta con satisfacción el ofrecimiento que se ha dignado hacerle, y os suplico le deis anticipadamente las gracias en nombre del emperador.

Aceptad, etc., etc.

El príncipe de la TOUR D'AUVERGNE.

Al señor Cónsul general encargado de negocios de Francia en Caracas.

A esta nota contestó el Sr. Antommarchi, con fecha de 21 de diciembre, manifestando al agente diplomático de Napoleón III que tendría la honra de enviar al emperador la reliquia aceptada, lo más pronto posible y que esperaba ser él mismo el conductor de tan sagrado recuerdo.

Diez meses habían corrido desde agosto de 1869 en que fue ofrecida á Napoleón III la mascarilla original; mas desgracias de familia unidas al estado político de Venezuela, no permitieron al señor Antommarchi ir á París para cumplir con un ofrecimiento que había sido aceptado; decidió entonces comisionar al efecto á uno de sus hijos (José) para ante el emperador.

El joven Antommarchi llegó á París á medianos de Junio y al instante escribió al emperador, incluyéndole la carta que para éste traía; pero Napoleón, preocupado ya con los deseos de su pronto rompimiento con la Alemania, no se ocupó en contestar. Aguardó aquí un mes más, y como el emperador saliera para dirigir la guerra resolvió ponerse á la voz con Mr. de Sacaley sub-jefe del gabinete privado del emperador.

En la primera conferencia Mr. Sacaley le manifestó que nada sabía sobre el particular; pero que se ocuparía en buscar los papeles concernientes á la cuestión. Muchos días después, el joven Antommarchi volvió á conferenciar con el sub-jefe; pero cuál fue su sorpresa, cuando al presentarle Mr. Sacaley el expediente relativo al recuerdo de Santa Elena, vio que estaba escrito en lapiz sobre la carátula, la palabra *refus* (rechazado).

—¿Cómo rechazado? preguntó el joven Antommarchi á Sacaley, después de haber sido aceptada por el emperador la dádiva ofrecida por mi padre.

—Nada sé de esto, señor, replicó Mr. Sacaley.

Entonces sacó Antommarchi de su levita el oficio dirigido á su padre por Mr. de Saint Robert, Encargado de negocios de Francia en Caracas, y mostrándoselo al sub-jefe le dejó confuso.

Yo ignoraba todo esto, dijo entonces el sub-jefe, pero basta este documento para que yo os dé todos los comprobantes que queráis, de que recibo la mascarilla para el Emperador.

El joven Antommarchi no se creyó satisfecho con aquel cambio de parecer tan repentino, y despidiéndose del sub-jefe le aplazó para una tercera conferencia. Esto pasaba á 31 de agosto.

Pocos días después se hundía el segundo imperio en la charca de Sedan, y un Napoleón entregaba su espada á la Alemania vencedora!! A semejante catástrofe sucede el sitio de París con todos sus horrores; el hambre, la muerte, el incendio, y lo que es aun más horrible:—la guerra civil. Y como si todavía no estuviera satisfecha la venganza de Dios,

vino por corolario aquel último acto del drama, acto único en la historia moderna, terrible, espantoso, satánico..... cuando millares de mujeres cubiertas con la cabellera de Medusa y hombres famélicos invocando la LIBERTAD del caos: llevando en sus manos las teas del incendio y pusieron fuego á los edificios públicos, á los museos, á los palacios, á las obras del arte, y concluyeron por derribar aquella famosa columna de Vendôme, desde cuya cima hacia sesenta y cinco años, que el Grande hombre veía pasar la Francia realista, la Francia republicana, la Francia imperialista, para descender con ésta en los días del petróleo y de los asesinatos.

Así cayó la columna de Vendôme que sostenía la estatua de Napoleón el Grande; así cayó la dinastía de su nombre que se había conservado durante 20 años con la magia de los recuerdos.

Hundióse el imperio, pero salvóse la mascarilla de Santa Elena que conservan hoy sus legítimos poseedores:—la familia Antommarchi; ésta familia hija de Colombia, adornada con las dotes del espíritu y del corazón, y para quien los recuerdos del nombre ilustre de uno de los suyos, serán siempre un estímulo al honor, á la dignidad y á la gloria.

Ella la conservará como un tesoro cuyo origen nadie podrá disputarle. Y Caracas que guarda con veneración los restos de su glorioso Libertador, que traen á su memoria los tristes días de Santa Marta, conservará también esa reliquia del Coloso del siglo que despierta igualmente el recuerdo de las crueles horas de Santa Elena.

Y ahora sólo me resta decir que la mascarilla primitiva, la tomada por el señor doctor AN TOMMARCHI seis horas después de muerto Napoleón, existe hoy en Bogotá, en poder de la familia Antommarchi, domiciliada en la capital colombiana desde 1884, fecha en que se separó de Caracas.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

MOLINOS DE MAIZ



medida en el valle, á la sombra.

Desde el camino, el viandante, al mirar la aldehueta, bajo los ceibos florecidos, piensa ver una perla al través de una esmeralda.

Aquello es paradisiaco. Las casucas no trepidan al paso de los trenes; ni turban el silencio de la comarca las rápidas locomotoras.

El pueblecito, como olvidado en el repuesto valle, á la falda del monte, qué había de conocer luchas de grandes intereses, ecos de industrias, rumores de ciudad populosa! A la manera de eremita, ignora de las cosas del mundo. Hasta su recinto sólo llegan el canto matinal de azulejos y turpiales; el chirrido de guacamayos multicolores; las estridentes voces de alguna banda de pericos, que vuela hacia los maizales, á picar en el oro de las mazorcas, y raya el cielo azul del poblacho como una cinta verde, como nube de esmeralda.

El pueblo es dulce; pero monótono. Allí no hay otro espectáculo sino el de la naturaleza, siempre nuevo, siempre hermoso, grato siempre á la vista del hombre.

A trechos, en la montaña, los conucos florecen; en los claros del monte las rozas humean; y plantaciones de café, pequeñitas, desaparecen cubiertas de nevados jazmines, á la sombra bienhechora de los bucares, que se extienden, como quitasoles de púrpura, bajo el cielo azul.

Fue en este pueblo arcádico donde instaló D. Sergio, vecino del lugar, una molienda de maíz.

*

La industria de D. Sergio prosperaba. Desde mucho antes del advenimiento de la aurora el molino hervía en gente.

El pueblo, agricultor, se levantaba con el alba á cultivar el campo que florecía como un opimo cuerno de la abundancia; y al abrir ojos lo esperaba sobre la mesa, en el copioso desayuno, la *arepa* calentita, provocante y dorada.

Viendo el molino rebosante de personas, y á D. Sergio atareado, feliz en la faena, los madrugadores empedernidos, al pasar, lo saludaban con una sonrisa.

—Mucho trabajo, D. Sergio? preguntaban algunos, lisonjeando de propósito la vanidad del molinero.

El respondía con miradas de satisfacción, que pudieran traducirse de esta suerte:

—Comprendo que admiráis mi labor. Gracias.

El éxito de su negocio era para D. Sergio cosa grave, punto de honor, orgullo de su existencia, satisfacción la más cumplida de su vejez.

¡Cuánto no le costaba el implantamiento del molino! ¡Qué lucha contra un pueblo, contra todo un pueblo, y sobre todo, qué triunfo! Los detractores más empecinados de su proyecto eran hoy propagandistas de su obra. La lucha fue horrible.

—Este hombre está loco, manifestaban algunos; quiere turbar las sanas costumbres de nuestro pueblo.

El párroco formulaba argumentos poderosos.

—Eso va directamente contra lo estatuido por la Escritura, decía. La decantada novedad es, en resumen, la remisión del trabajo, como que hoy muelen á la mano el maíz, y el trabajo es impuesto del Señor, castigo de la primera culpa.

Todos convenían en ello. Muchos aventuraban que sería peligroso provocar los sentimientos del pueblo. Este, muy bien hayado sin molinos, repugnaba innovaciones que pudieran aportar fatales consecuencias.

El grito de guerra repercutió en los corazones. D. Sergio se proponía llevar á término una obra contra el tenor expreso de los Libros Santos; é interrumpía bruscamente sanas prácticas establecidas de antaño. Aquello, pues, era inmoral. El pueblo lucharía con el innovador irrespetuoso.

Los unos, llenos de ardor bélico, exclamaban:

—Primeramente sucumbir.

Otros, poco afectos á las decisiones de la fuerza, se lamentaban de que un padre de familia, un hombre honorable, diera albergue, en su alma, á tales propósitos.

A pesar de todo venció D. Sergio. Ya su obra no solamente era mirada sin ojeriza, sino que mereció la sanción del nuevo cura del lugar. Cuanto al antiguo, ni al tiempo de cambiar feligresía consintió en absolver al molinero.

*

Una mañana corrió el pueblo la noticia de que el señor Justo Redil, acaudalado mercader, pensaba en el establecimiento de otro molino.

Cuando lo supo D. Sergio se indignó. ¡Cómo! Había él luchado solo contra viento y marea para luego de obtenido el éxito, venir á compartirlo con nadie? Eso, jamás. Él ó el otro. El pueblo sería el juez. Y como interesado en el litigio se abstuvo de opinar.

A las preguntas contestaba con una ironía. —Ya veremos, señores; todos los barcos caben en el mar; sino que algunos naufragan.

Pero D. Sergio, en lo íntimo de su corazón, protestaba contra aquel pueblo espec-



EL INFIERNO DEL DANTE — EL CANTO 5º — Por Guillermino Trübner

tante, que esperaba la lucha casi alegre. A D. Sergio el solo intento de Redil le parecía una estafa.

En la población se formaron partidos. El uno celebraba sesiones en el molino, y vociferaba contra D. Justo. Aquello era arrebatarse el bocado á un padre de familia.

—No podemos presenciar esta lucha impasibles, gritaban.

—D. Sergio sucumbe.

—No, no.

—Sí, señores, ese D. Justo está podrido de dinero; bien puede echar un chorro de monedas por la ventana.

—Es una brega de tigre con asno.

—Eso no, caballeros, interrumpía D. Sergio, indignado ante la afrenta de la comparación. Quien luchó contra un pueblo, sin salir maltrecho, bien puede atreverse con un capitalista.

Otro círculo, partidario de D. Justo, se congregaba en la botica. El farmacéuta era el alma de la reunión. Recién llegado al lugar, farmacéuta titular, bachiller, joven como de treinta años, Remigio, vástago único y heredero del antiguo boticario, respiraba, entre los mozos del pueblo, sus amigos, atmósfera de respeto, casi de sumisión. Todos deferían á sus opiniones. No en balde discurren cinco años de vida en una lejana capital de provincia, en la Universidad, entre estudiantes.

El prestigio del farmacéuta era muy justo, máxime porque Remigio se esmeraba en consolidarlo con su *hablar polido*, exento de provincialismos. La sociedad femenina, con donosura, lo apodaba de *banano*. Remigio nunca quiso decir al plátano *cambur*, como las gentes del lugar, sino *banano*, según el nombre castizo de la fruta.

Banano, pues, defendía el propósito de D. Justo Redil en nombre del Progreso.

—Es imposible permanecer estacionarios, decía; el carro del Progreso pasará por cima de nosotros. No seamos los indios de ese Jangrenata del Occidente que se llama la Civilización.

Su discurso hacía eco. Por todas partes, en la reunión, se levantaban voces aprobatorias.

—Tiene razón Remigio.

—Sí, sí, adonde íbamos á parar.

Y corrió el tiempo en estas luchas de círculos, entre disparos de envidias, dardeos de vanidades, gritos de pasiones, ecos de la estupidéz.

*

Por fin quedó instalado el nuevo molino. Las piedras, de granito azul, brillaban, al moler el grano de oro, en una rotación vertiginosa. El motor, en nada parecido al caballo desmedrado de D. Sergio, era un coquetón vaporcito inglés, vertical, resplandeciente, como pavonado de obscuro. Parecía un africano corpulento de músculos poderosos; negrazo enorme por cuya garganta, el humero, brotaba aliento de nubes; suerte de monstruo etíope que al recibir el alimento de carbón y leña, dejaba ver, palpitantes, las entrañas de fuego.

La mera comparación de los molinos constituía una injuria al pobre D. Sergio.

Las molenderas hablaban de la antigua maquinaria con desdén insufrible.

—Las piedras están cascadas, decían.

Algunas almas sin piedad hacían mofa del caballito, parangonándolo cruelmente con el vapor de D. Justo.

—Cualquier día revienta de rabia ese potro cerril, expresaban.

—De veras, respondía alguien, es tan soberbio el animalucho que á las veces dice á no andar, así lo fustiguen.

La acerbidad de la antigua clientela constituía fuente inagotable de tristeza para el pobre D. Sergio.

El contó siempre con que una parte de aquellas malas pécoras le sería fiel. El se

imaginaba, en justicia, acreedor de algunos agasajos, de algunos miramientos, de algún cariño. Cuántas veces lo sorprendió la media noche en la tarea de escribir y reparar los nombres de muchas de ellas, imaginando que no lo abandonarían. Formó su lista.

—Fulanu no se me va, pensaba; de Zutana no estoy seguro.

Pero cuánta perfidia! La lista mermaba de diario. Todas las mañanas era menester testar un nombre.

Ya D. Sergio apenas si podía mantener con Redil la competencia.

Echaba cálculos. D. Justo perdía, es verdad; pero él, D. Sergio, se iba, poco á poco, arruinando. D. Justo era capitalista, él no. Al uno nada le importaba perder en el negocio, tenía qué. Al fin, quedando solo, se resarciría con creces. Entre tanto cómo vivía él sin ganar. Ya casi estaban moliendo de balde. Los ingresos apenas cubrían los gastos.

Pero él odiaba tanto á su competidor, tanto mal le produjo Redil, tan profundamente le hirió su hora de industrial, por modo tan cruel deshizo el patrimonio de sus hijos, la dulzura de su hogar, la paz de sus años, que D. Sergio, encontrando fuerzas en sí propio, compañía en su rabia, sostén en su encono, luchaba y luchaba sin esperanza, por el orgullo de su nombre, por el amor de su casa, por el odio de su enemigo.

Uno á uno los amigos lo abandonaban.

—D. Sergio no sea usted caprichoso, le decían. ¿Por qué no cede?

D. Sergio se indignaba á tales propuestas. Y entonces las filas de los afectos clareaban, como las filas de las clientes.

*Dios mío, que solos
se quedan los muertos.*

En cambio D. Justo, maldecido al implantar su empresa, ahora era imán de simpatías.

—D. Justo sí es hombre de negocios, expresaban los parciales de Redil.

Los pocos fieles á D. Sergio manifestaban que Redil, cuando menos, era oportuno. No bregó como D. Sergio y obtuvo mejores resultados.

Algunos decían:

—Es ahora que nuestro pueblo es apto para molinos.

Era necesario convenir en que don Sergio se aventuró prematuramente.

D. Sergio ya no pudo más. El molino, una madrugada, estaba desierto.

El molinero, meditabundo, se asomaba á la puerta de cuando en cuando.

La obscuridad, muy densa, no permitía ver, sino una impenetrable aglomeración de sombras.

D. Sergio oía el silencio.

Su camarada de fatigas, Pedrito, mozalvete como de cuatro á cinco lustros, dormía arrinconado, adentro, bajo un farol de luz muriente. El farol arrojaba en las baldosas del pavimento una débil claridad. Pedrito dormía en un charco de luz.

El molinero, siempre meditabundo, paseábase, las manos en los bolsillos, la barba hundida en el pecho, arrebujado en su cobija de paño azul.

Corrieron una, dos horas. Pedrito permanecía inmóvil, en su rincón; el caballo no pestañaba; el molino, silencioso, decía cosas tristes.

No llegaba nadie, sino la aurora. El cielo, clareante, se comenzó á franjar con líneas de un verde extraño que fue, poco á poco, transformándose en violeta y opalizando el horizonte.

Las líneas de color, ensanchadas, se hicieron bandas, cintas, gasas, que ceñían el cielo de oriente. Y desde el cielo comenzaron á caer rosas, muchas rosas de luz, todas las rosas de la mañana.

D. Sergio se detuvo de pronto, á la puerta, por donde entraba toda el alba riendo.

La claridad caía en su rostro, pálido de angustia.

Su tez blanca, su barba blanca, sus cabellos blancos también, resplandecientes á la luz matutina, daban al viejo un aspecto marmoreo. Detenido en el umbral, frente á la aurora, parecía una severa estatua de guerrero, épico mármol olvidado en el fondo de una floresta virgiliana, y cubierto de campanillas color de cielo.

Nadie llegaba. D. Sergio pensó que su molino, á estas horas, ya hervía en gente. Recordó su lucha, su triunfo. Después se vio vencido por un rival afortunado y poderoso.

Sus ahorros del molino, primero, después su pequeña plantación de café, patrimonio de sus hijos, todo lo consumió la hoguera santa de aquel odio, la llama de aquel doloroso deber.

D. Sergio se apoyó contra su molino, se llevó la mano á las sienes y por su rostro de mármol corrieron abundantes hilos de lágrimas.

Por su frente pasó un relámpago, una nube de sangre.

Pensó en matar, se dispuso á matar, corrió á matar. Pero un momento, transido de dolor, se reclinó nuevamente sobre las piedras del molino, de aquel molino amado, orgullo de su nombre, amor de su vejez y causa de su ruina; se reclinó, y vertiendo amargo lloro, á la luz de la mañana, en un apóstrofe, murmuró el pobre viejo:

—Dios mío, qué injusticia!

RUFINO BLANCO FOMBONA.

CUENTO HÚNGARO

A RUFINO BLANCO FOMBONA

Crepúsculo esplendente: es la agonía del astro rey que se hunde paso á paso en su postrer momento hacia el ocaso, reflejo de la luz que enciende al día.

Que así como "la tarde sus celajes, así como la noche sus estrellas, ay!, tiene la vejez horas tan bellas" y matices y flores y paisajes.

La ancha bóveda, inmensa, nacarina del firmamento azulado, puso con mano divina, tinte fresco y sonrosado en los labios de Corina.

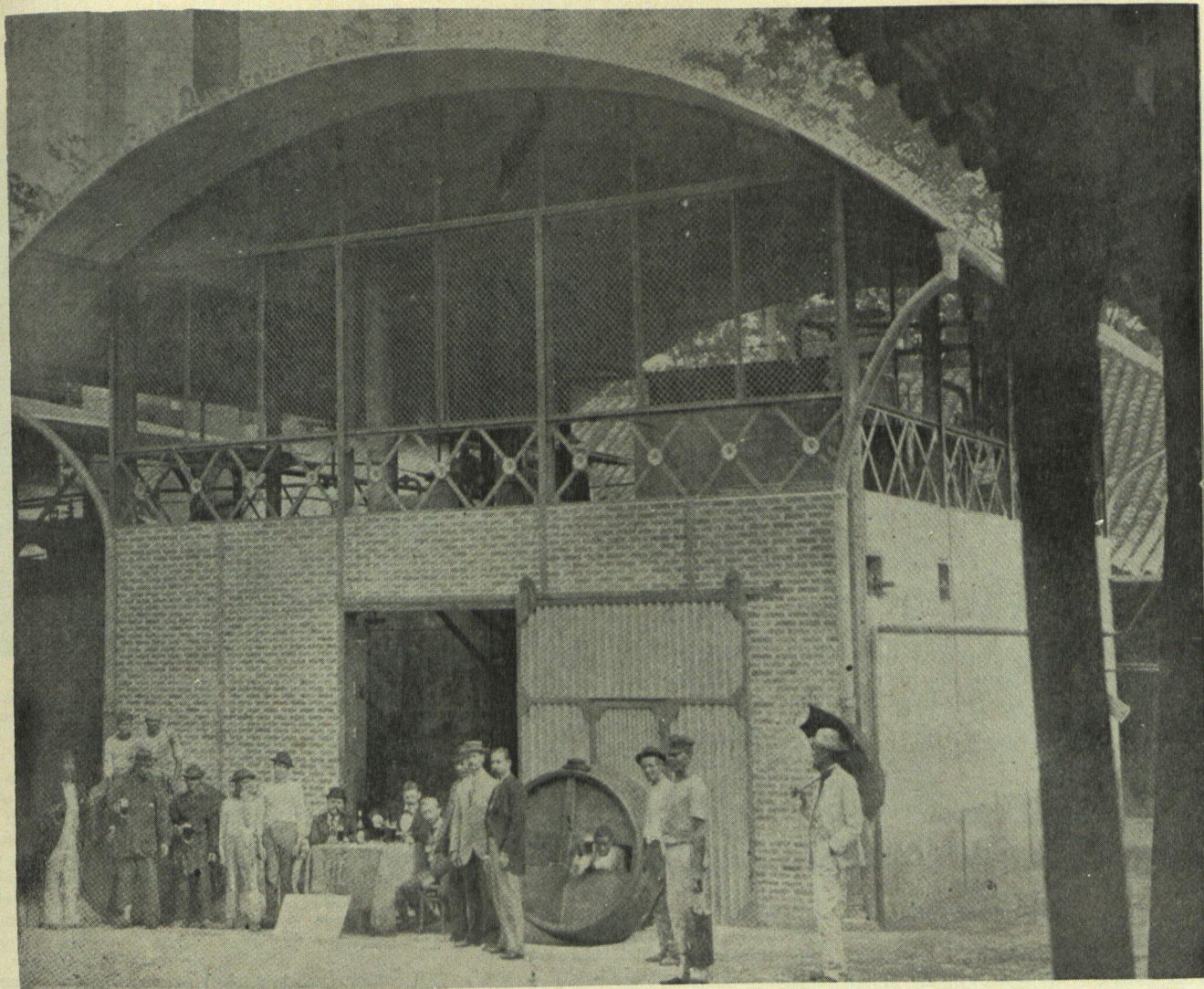
Cuando del mundo me alejo, harto ya de miseria y desengaños, al mundo mis penas dejo, que al verla, acorto mis años y en joven se trueca el viejo.

Allí está, su manecita, de armiño posa en la frente. ¿Pensará en su niñez la pobrecita? Pensar el ángel? no, vente, á mis brazos nietecita.

Ya estás en mí como el cielo halagando al infinito: oye pues mi dulce anhelo, escucha, escucha arcángel al abuelo, da atención al viejecito.

¿Sabes quien es Dios Corina? ¿Dónde su poder esconde? . . . ¿Y ese globo que fulmina no sabes mi bien, en donde toma esa luz fulgente y diamantina?

Contesta, contesta hermosa hija de mi corazón: Contesta angélica rosa, musa de mi inspiración, inocente mariposa.



VISTA TOMADA EN LA CERVECERÍA NACIONAL. — (Caracas)

—Cuéntame abuelito un cuento.
—¿Y cual quieres que te cuente?

—Cualquiera:
—Oh! Dios!, cómo el viento
arrastra violentamente,
la labor del pensamiento.

Ah!, es que el hombre que pretenda
del mundo en este paraje
propagar sabia leyenda,
debe hacerlo en el lenguaje
que cada persona entienda.

Escucha, escucha de antaño
Corina el cuento que pides.
Doy comienzo, no te engaño;
mas sér de mí sér; no olvides,
que hay cuentos que causan daño . . .

En las cuevas del monte de Hungría
hubo un loco
llamado Sión Sabá:
que servía,
á los niños traviesos, de coco.

—Qué bonito papá
—¿Te gusta?
—Sí.
—Pues más te gustará.

En sus lúcidas horas tomaba
La vihuela
que el estro le acordó.
Y entonaba,
sus canciones al astro que ríela
los mares,

—¿Y murió?
—Calla pillina que no ha muerto, nó.

Una noche de mayo, terrible,
tempestuosa,
símbolo de pavor:
noche horrible,
más obscura que el antro en la tosa,
Corina de mi amor,
escucha el fin del cuento aterrador.

—Abuelito te escucho.
—Bien, sigo
mis relatos,
que todo fue verdad;
soy testigo,
pues con él me pasé buenos ratos,
allá en mi mocedad
gozando del placer de su amistad.

La niña cándida
de miedo henchida,
con la historieta
palideció;
suceso trágico,
que en sus concejas,
el viejo ilustre
no presintió.

El abuelo en sus ansias más tiernas
le dió riña
con palabras de miel;
y en sus piernas,
se quedó dormitada la niña,

como duerme el clavel
besado por el alba en el vergel.

El poeta siguió de memoria
con gran calma,
de su loco en cuestión
fiel historia:
cuando súbito siente en el alma
funesta conmoción
que le oprime de angustia el corazón.

Al pararse el poeta, da al suelo.
oh! la nieta,
Corina angelical.
Y del cielo,
en la gloria mayor del poeta,
las puertas de cristal
se abrieron dando paso al ideal.

Mas después, á los dos confundidos,
tarde y aurora,
una tumba cubrió.
Los gemidos,
aun resuenan del alma que llora
dos seres que perdió,
á su padre, á su hija; y terminó
de las cuevas del monte de Hungría
el cuento del poeta en elegía.

ABELARDO GORROCHOTEGUI.





CRONICAS LIGERAS

AFICIONES



Reniego de los aficionados, y en especial de los aficionados inteligentes que le dicen á usted en el teatro:—¿Y usted por qué aplaude eso?

—Porque me gusta.

—¿Le gusta á usted?

—Sí, señor.

—Pero, ¿no ve usted que ese animal ha rajado la nota?

—Hombre, no lo advertí. Dispense usted.

—¿Cree usted que eso es "sí bemol"?

—Francamente, no puedo asegurárselo.

—¡Brutos!

—Eh?

—Mire usted con qué entusiasmo aplauden ese concertante. ¿Vio usted cómo "entró" la tiple?

—No señor; á mí no me gusta detenerme en la puerta. Eso queda para los mujeriegos.

—Amigo, estamos perdidos en materia de arte.

—Ah; sí señor; perdidos.

El profano guarda silencio, y no vuelve á batir palmas, sin consultar antes la fisonomía de su inteligente vecino, quien le mira casi con lástima.

Son así los aficionados. Lo mismo el entendido en música que el entendido en pintura ó en letras, ó en veterinaria.

Yo he tenido cerca de mí á un ilustrado y consecuente gastronómico, quien me decía casi todos los días:—"Usted no sabe comer."

—¿Le parece á usted?

—Estoy seguro. ¿Cómo prepararía usted una sopa de tortuga?

—¿Una sopa?.....

¿Que cómo prepararía una sopa?..... Pues...

—¿Lo ve usted?.....

¿Cuántas salsas conoce usted?

—De vista, algunas.

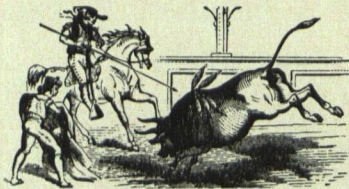
—Es lo que digo. No saben ustedes comer...

Menos mal si los entendidos en un ramo cualquiera se limitaran á ver con desdén á los no iniciados. Pero hay aficionados que constituyen una amenaza pública. Los aficionados á los toros, por ejemplo.

Nada hay más peligroso que la proximidad de un inteligente en tauromaquia, una vez empezada la corrida.

Antes del espectáculo, y mientras conversa con los toreros, examina el ganado y analiza las cualidades individuales de cada toro, tiene todas las apariencias de una persona razonable.

Pero apenas el primer bicho pisa la arena, el hombre es otro.



Es director de la corrida, torero y toro.

No hay más que ver la confianza con que trata á unos y otros.

—¡Entra, Mónico! Adórnalo! (al torero, y á grito pelado.)

—¡Mandil! Parte ahora! Mandil!! (Esto es con el toro que permanece inmóvil meditando sobre la inconveniencia del obsequio.)

Tocan á muerte, el encargado de la hermosa suerte se las arregla como puede, la sangre asoma al hocico de la víctima, el público aplaude, y el inteligente taurómaco se vuelve indignado hacia su *adllátere*, y metiéndole los puños por los ojos, como para que presente el puñetazo próximo, le grita: ¡¡ Degollado!!

—No me parece.

—¿Qué sabe usted de toros!

—Nada absolutamente.

—¡Pues cálese la boca!

—No me da la gana.

El inteligente enarbola el "asta," que es uno de los atributos de la afición taurina, y la deja caer sobre el profano, "recibiendo." Es lo que yo decía: Nada hay más peligroso que la proximidad de un inteligente en tauromaquia, una vez empezada la corrida.

Por regla general: huyan ustedes de los aficionados entendidos, cualquiera que sea su especialidad.

JABINO.

PARA TI

Mándame, luz de mis ojos,
Mándame, cuando me muera,
Para envolver mis despojos
Tu adorada cabellera,

Que envuelto en ese sudario
El recinto funerario
Menos triste encontraré,
Y su caricia bien mío,
Hará menos hondo el frío
Del sueño que dormiré!

La nieve de tu pañuelo
Pón después sobre mi faz
Y mi letargo de hielo
Será letargo de paz,

Si una lágrima bendita
Sobre mí frente marchita
Deja el cendal protector,
Y les dice á mis despojos
Que me han llorado tus ojos
Con el llanto del amor!

CARLOS ROXLO.
(Uruguayo)



El matrimonio en el Japón

(POR MOTOYOSI SAIZAU)



Según las costumbres que impuso Confucio á todo el Extremo-Oriente, el matrimonio no debe hacerse allí sino valiéndose de intermediarios, los cuales se entienden con los padres de los novios y comunican á éstos la voluntad paternal, sin que les quede otro recurso que obedecer ó matarse. En Corea se observan tales costumbres con rigor implacable. Los japoneses no han creído deber someterse tan estrictamente á la letra de las prescripciones del célebre filósofo chino. Antes de tomar una decisión, los padres consultan á su hija, la cual ha escogido de antemano al novio, en el teatro, en alguna casa de té ó en algún salón amigo; y generalmente se toman en consideración los deseos de la futura esposa: á lo menos así acontece en la clase media, en donde no tienen grande influencia ni la ambición ni la miseria. En algunas provincias el asunto se arregla aun sin necesidad de intermediarios.

En cuanto á la dote, no conocen los japoneses costumbre tan inmoral. Se preocupan antes de las cualidades del espíritu, del corazón y aun del cuerpo; la piedad filial se busca, sobre todo, como la mejor garantía de las virtudes conyugales. Generalmente se exige que el marido pueda asegurar la subsistencia de su mujer; ó, si ambos son pobres, trabajan uno y otro para vivir, y así como una joven pobre puede casarse con un rico, un hombre sin fortuna puede de la misma manera tomar por esposa á una mujer que no tenga más dinero que él: el amor todo lo excusa y todo lo justifica. Sólo en un caso se ve mal la unión de un hombre pobre con una mujer rica: es cuando el marido consiente en ir á habitar en casa de su mujer, en una especie de inferioridad llamada *mukoiri*; en ese caso pierde su nombre y toma el de la familia de su mujer, á la cual debe obediencia en cierto modo. Así, el *múko* es muy poco considerado y sus amigos cortan toda relación con él.

Pero cuando una joven pobre se enamora de un joven rico hasta el punto de caer enferma, los padres no dejan de inquietarse por su estado y de averiguar la causa del mal. La hacen interrogar por su criada ó por una amiga íntima, y cuando conocen el nombre del bien-amado, encargan al intermediario de que comunique los sentimientos de la joven. Es raro que el joven no consienta en el matrimonio, aun sin haber visto á la futura: el que



HACIENDA CARICUAO. — (Fotografía de Schael)

rehusare casarse en tales condiciones, sería visto como un desalmado y si la joven muriese, como un miserable; de entonces en adelante le sería muy difícil encontrar una mujer que quisiese pertenecerle. Naturalmente, tales uniones son muy frecuentes entre jóvenes de una misma condición social ó entre mujer rica y hombre de poca fortuna, aunque, en este último caso, los padres de la joven se oponen á menudo al deseo de su hija.

La ceremonia del matrimonio es esencialmente simbólica. Algunos días antes de la fecha fijada para aquél, los presentes (en especial el pino, la cigüeña y la tortuga dorada, símbolos de eterna juventud, de fidelidad y de longevidad) se cambian mutuamente entre los novios; la joven recibe de su criada ó de sus sirvientes instrucciones acerca de sus deberes conyugales, si es que los ignora; sus padres le hacen conocer las obligaciones que van á contraer con la nueva familia; sus amigos, sus hermanas y sus hermanos se despiden de ella, como si fueran á perderla. Cuando llega el día de la boda, mientras que por una parte los padres del novio preparan la alcoba nupcial y la cena que debe reunir en su casa á ambas familias y á los invitados, la otra familia se ocupa de la toilette de la desposada, de las ropas, sayas y velos blancos. A la hora del crepúsculo vespertino se forma el cortejo, más ó menos importante según la fortuna y la ostentación de las familias. En el momento en que la joven franquea el umbral de la casa paterna, sus padres le hacen caer sobre la cabeza algunas chispas salidas de un yesquero, para atraer las bendiciones del cielo sobre ella y sobre su amor: esas chispas tienen la misma significación que las gotas de agua lustral con que en Occidente se rocía á los que se bendice. Luégo, la fila de

los padres, invitados y servidores se pone en marcha, rodeando la silla de manos en donde va la desposada, entre su madre y su criada. En los grandes matrimonios, la silla de la novia va precedida por aquellas en donde se hallan los padres y seguidos por las que llevan á los invitados; los servidores, de rica librea, forman guardia á cada lado, unos armados de sables, otros de linternas blasonadas.

Sin embargo, el intermediario se adelanta al cortejo; entra en casa del novio, para asegurarse de que todo está dispuesto para recibir á la joven; de que sobre el *tokonoma* (especie de aparador sobre el cual colocan los japoneses todo lo que en Europa se coloca sobre la chimenea) está el pino simbólico en un vaso de un color de buen augurio; hace colocar en frente una mesilla y encima de ésta, en pirámide, tres tazas de laca, de plata ó de oro, según la posición del novio; y á ver, en fin, si está listo el *saké* (vino de arroz, bebida nacional japonesa).

Los jóvenes amigos de los desposados y las damas de honor ocupan sus puéostos, con sus *tióshi*, medida de bronce, de largo mango. El intermediario, después de haber pasado revista á todo, va á buscar á la novia y á sus padres y los hace sentar en tierra en sus puéostos rituales, en una misma línea, dando la espalda al *tokonoma*. El joven permanece solo, entre su padre á la derecha, y su madre á la izquierda. La novia, siempre velada, llega á su vez, guiada por la mujer del intermediario. Este va á su encuentro y la hace sentar entre sus padres, en frente del futuro marido, del cual la separa la mesilla en donde están las tazas. El intermediario y su mujer completan el círculo, sentándose entre las dos familias; el criado y la dama de ho-

nor se colocan detrás de ellos, á alguna distancia.

Cuando todos están en su lugar, comienza la ceremonia; cada uno de los asistentes bebe sucesivamente una vez en cada taza, primero la novia, luégo la madre del marido, después el padre, el padre y la madre de la desposada y finalmente el marido. Esto parece muy sencillo; pero en la práctica cada taza da una inmensa recorrida, aunque todos estén muy aproximados. Es necesario, en efecto, que cada persona reciba la taza de la mano misma del intermediario ó de su mujer, y cada vez que se vacía, debe ser llena de nuevo. El criado y la dama á quienes incumben estas funciones, se desviven por no descuidar ni un solo detalle del ritual. Deben levantarse, venir cerca del intermediario, saludar girando tres veces sobre sí mismo, chocar tres veces sus *tióshi* uno contra otro, verter el *saké*, retirarse y ocupar de nuevo sus puéostos. Como deben servirse seis personas, los dos novios, los padres y las madres y como el intermediario bebe tantas veces cuantas ofrece la taza, el pequeño manejo arriba descrito se verifica cuarenta veces, por lo menos.

Durante tres cuartos de hora no se pronuncia una palabra. Agotadas las tazas, el intermediario entona el canto tradicional, refiriendo la entrada al puerto de la barca de los *Shitifukudjin*. Entonces se le quita el velo á la desposada. El intermediario la sienta al lado de su marido, termina la ceremonia y concluye el matrimonio.

Los hermanos y las hermanas del marido se presentan á su nueva hermana y todos los asistentes toman parte en la gran cena, tan tradicional en el Japón como en occidente.

La ceremonia de las tres tazas se considera como el símbolo de la fidelidad de la mu-



CENA DE NOVIOS

jer para con su esposo, y del amor de éste por su marido. El saké, por su ardor generoso, representa, en efecto, la afección, la consagración, la amistad, la caridad y los otros sentimientos análogos, que son la esencia misma de la vida; y la trinidad de las tazas significa, como toda trinidad, la perfección del símbolo que presenta bajo sus tres grandes aspectos. La forma del matrimonio japonés es semejante á la de la comunión católica; ¿y qué es, en efecto, el matrimonio, sino la común unión de dos familias en una sola?

Al día siguiente de la boda, la mujer se tife los dientes de negro y se rapa las cejas; su sonrisa adquiere un extraño carácter de vivacidad irónica y de melancolía. Algunos días después, ambos esposos hacen sus visitas de estilo, comenzando por sus padres; y en esta ocasión, visitantes y visitados cambian regalos. En ciertas provincias estas visitas se reemplazan por el envío de granos de arroz rojo. Después, la vida sigue su curso.



LA CASA FLOTANTE, EN EL JAPÓN

EL MATRIMONIO DE UN TIMIDO

(POR ALBERTO CIM)

I

Había para aquella época, hará doce años, en la oficina telegráfica de R... un empleado de primera clase próximo al ascenso, que ardía en deseos de casarse y no se atrevía á comunicar á nadie aquella legítima y laudable aspiración.

Edmundo Charoy, que así se llamaba, era tímido, muy tímido, el más tímido y timorato de los mortales.

Sus padres, honrados y laboriosos cultivadores de las cercanías de R... deseaban también vivamente ver á su hijo *establecerse*; era tiempo: ya Edmundo frisaba con los treinta; pero ellos soñaban con que hiciese su elección entre doncellas de brillante educación y gruesamente dotadas—nada había demasiado bueno ni demasiado rico para su Edmundo—y no tenían relaciones entre la burguesía de R.

En cuanto á aquella bestia de Edmundo, con su torpeza, su salvajismo, su deplorable é invencible timidez, no había sabido nunca, funcionario y todo como era, darse el menor acceso á los salones que le rodeaban.

En esta disposición de espíritu hallábase nuestro futuro Jefe de Estación, cuyo servicio actual consistía en expedir y recibir

los despachos de la estafeta más ocupada que había en la oficina de R... la estafeta de París, cuando una mañana de diciembre advirtió que su *correspondiente*, es decir, el colega que tenía en París, en el extremo del hilo, el encargado de darle la respuesta, de recibir los telegramas transmitidos por él y de transmitirlos destinados á R., acababa de ser reemplazado.

En lugar de un empleado era una empleada la que se correspondía con él—y una empleada soltera.

Como él hubiese tenido ocasión de decirle: "Señora" muchas veces: "Si, señora;—Bien, señora;—si gustáis, señora," ella había acabado por responderle, en lenguaje telegráfico concentrado y reducido que se confunde con ciertos estilos.

—Señora no; señorita.

II

En la misma medida en que era tímido, indeciso y pusilánime delante de la gente, hacia Edmundo alarde á distancia, en sus cartas, por ejemplo, ó ante el trasmisor, de abandono, de expansión y de audacia. Era un modo de tomar el desquite.

En algunas semanas se apoderó de la confianza de su correspondiente hasta el punto de averiguar por ella misma todo lo que la concernía sobre su estreno en la administración, sus probabilidades de ascenso, sus proyectos, deseos y ambiciones.

Ella deseaba abandonar el servicio activo, la Estación Central, de la que formaba parte, para entrar en las Oficinas, en la Caja de Ahorros, en la Caja Principal ó en la contabilidad.

—Hace diez y ocho meses que solicito ese cambio sin poder obtenerlo; hay una multitud de peticiones semejantes.

—Así parece—respondía él;—todos los agentes, hombres ó damas, codician las oficinas.

Poco á poco, durante los cortos pero frecuentes intervalos, de ocio que les dejaba la transmisión de los despachos, y á pesar de los Reglamentos, que prohíben conversaciones particulares, se habían referido muchos detalles íntimos y se habían hecho muchas confidencias.

—Perdí mi madre cuando aún era muy niña, le había dicho ella; y mi padre, á la sazón capitán en un regimiento de línea y que después obtuvo su retiro con el grado de comandante, me colocó en la casa educacionista de la Región de Honor en Eeonen, donde hice mi aprendizaje... Al salir de la pensión permanecí dos años en casa... Vivo sola con mi padre, que no tiene otros hijos. Me ocupaba en los quehaceres de la casa, lo que me gustaba mucho más que trabajar fuera; oh, sí!; pero mi padre no tiene más recursos que su pensión, que espirará con él. La dote de mamá desapareció hace muchos años á consecuencia de las infidencias de un notario... Me encuentro, pues, sin fortuna personal y á fin de no encontrarme—más tarde, lo más tarde posible, á la muerte de mi querido papá—desprovista de medios de existencia, he tenido que recurrir á la administración para proporcionarme el modo de ganar la vida.

—Ese empleo lo abandonaréis un día ú otro para casaros, insinuó Edmundo.

—No lo creo... no hay muchas probabilidades... Sin dote no hay marido, lo sabéis tan bien como yo:

—Ah!

—Algunas veces me digo que si la suerte me hubiese colocado en más humilde condición, si en lugar de haberme provisto de diplomas, de haberme enseñado el piano y otras artes de recreo se hubiese hecho de mí una obrera, encontraría marido más fácilmente... Yo, que había nacido para vivir en mi pequeño hogar cuidando de

mi marido y de mis monigotes!... Vea usted, sin embargo mi querido señor en lo que se convierten las más ardientes y las más santas vocaciones! concluía alegremente la empleada, prefiriendo la chaqueta á los estériles lamentos y á la deprimente tristeza.

—Es discreta la colega, no razona del todo mal! pensaba Edmundo Charoy.

Le preguntó su nombre y ella le respondió:

—María Valdier.

—¿Y vuestra edad?

—¿El muy villano!... ¿se hace nunca semejante pregunta á una mujer?

—¿Oh, la coqueta!... ¿para qué esos tapujos, puesto que debéis, como nosotros, presentar vuestra acta de nacimiento?

—Se nos debería dispensar de ello... Si existiese todavía la galantería francesa...

—¿Y qué haríamos entonces de la igualdad?

—¿Vaya! Tengo veinte y seis años... ¿Estáis satisfecho?

—¿De veras?... Sabéis que puedo comprobarlo en el Anuario, calcular aproximativamente...

—Sabed, señor, que yo no miento nunca!

—¿Nunca? ¡oh, oh! es demasiado!

—Pero qué insolencia!...

Hasta se había atrevido—tan intrépido era desde lejos—á interrogarla acerca de su físico, si era alta ó pequeña...

—Más bien alta.

—¿Y delgada?

—Sí.

—¿Rubia ó morena?

—Rubia.

—Los ojos azules?

—Sí.

—Y muy blanca la piel, apuesto?

—Apostad y ganaréis!

—¿Ah, ah!... no debéis ser desagradable á la vista, señorita! ¿Manos regordetas? ¿ó bien finas y largas?

—Oh! basta ya, señor!... Qué de preguntas si os dejase... Hacedme más bien el favor de trazarme vuestra silueta?

Estoy á vuestras órdenes, señorita!

Y Edmundo satisfizo inmediatamente aquella curiosidad y habló tan exacta y congruentemente como pudo, de su elevada talla, de sus negros cabellos y de su fina barba.

III

Tanto se dejó llevar poco á poco Edmundo Charoy de estas conversaciones que se enamoró de su lejana interlocutora y correspondiente hasta el punto de resolverse á ir á verla y asegurarse de que el retrato que ella le había pintado era, en realidad, parecido.

—¿Por mi fe, sí iré! Y si es verdaderamente tan linda, por qué no había de pedir su mano? Es persona honrada que ha demostrado ánimo y juicio, que tiene corazón y buen sentido, nacida, además, de una excelente familia. No tiene fortuna, pero sus gustos no deben ser muy dispendiosos; gusta de la vida casera, se cumple en las tareas del hogar y por consiguiente no necesita de criada... No haré tan mal negocio casándome con ella, no!

Y sin advertirlo á la señorita Valdier, Edmundo Charoy rogó á su Jefe de Receptor de la Estación de R. le concediese dos días de licencia.

Después partió para París.

No queriendo comprometerse por precipitación, ni siquiera que se diese á sus acciones significación muy acentuada, deseoso de conservar hasta el fin su independencia y de poder retirarse libre y cómodamente si, contra sus esperanzas, se había equivocado, Edmundo pensó efectuar el viaje sin dar noticia á su colega y verla sin ser visto de ella.

La parte moral me conviene y si el físico le corresponde... Yo que adoro precisamente las rubias, las rubias altas, delgadas, esbeltas... ¡Me lanzo!...

El pusilánime y prudente mozo pudo cumplir sin dificultad su programa: conocía la dirección de la señorita María Valdier—calle de la Universidad 198—sabía cuáles eran sus horas de servicio—las mismas que él—y fue á emboscarse la misma mañana de su llegada, en los alrededores de la casa de la joven telegrafista.

—Seguramente la veré salir de su casa puesto que debe estar en la oficina á las 8 en punto.

Efectivamente, á las siete y media, una joven rubia, alta, con pupilas de azul verdoso y tez de blanquilla de lirio, franqueó el quicio de la puerta.

¡Era ella!

Edmundo la siguió en silencio, pasó adelante para mirarla de nuevo, retardó su marcha para dejarse pasar á su turno y admirarla otra vez.

Y era en verdad admirable aquella belleza llena de elegancia, de encanto y de soberana distinción, que realizaba en todos sentidos el ideal plástico del joven.

—Jamás encontraré nada mejor, murmuraba radiante de alegría, deslumbrado y arrebatado... jamás hubiera creído!.... Es un golpe de suerte, por mi vida, una bendición del cielo!.... Con tal que me quiera y no me rechace!... Ah, Dios mío! ¡si no me acepta!...

A despecho de su excesivo comedimiento y de sus naturales y continuas zozobras, quizás hubiera sacado de su amor ánimo suficiente para abordar la joven y revelar-le su incógnito; pero ya no iba sola; en el camino había ido encontrando compañeras, colegas con las cuales se puso á charlotear gentilmente apresurando el paso, y Edmundo Charoy vio la alegre y graciosa bandada desaparecer bajo la alta bóveda de la Estación Central de Telégrafos, en la calle de Grenelle.

—¿Qué hacer? ¿Le escribiré? se decía. No; podría caer mi carta en manos de su padre... Vale más que la prevenga á mi vuelta por el alambre, es más sencillo... Oh! con tal que consienta, que sea libre de disponer de sí misma... Y si fuese á comprometerse con otro?... Pero no, me lo habría confesado...

IV

Estaba tan perdidamente enamorado, en tal estado de entusiasmo y de exaltación, que resolvió regresar á R. inmediatamente.

Corrió en busca de sus mayores para declararles sus intenciones y rogar á su padre que estuviese listo para ir á pedir la mano de la señorita Valdier.

El viejo Charoy toreó un poco el gesto.

—Tantos sacrificios perdidos! Un hijo por el cual hemos exprimido la bolsa! Casarse con una joven que no tiene un centavo!... Ah! quién nos lo hubiera predicho!... En fin, puesto que te gusta... por otra parte, estás en edad de saber conducirte sólo, hijo mío, y si te conviene probar la mi-seria...

Y el buen hombre se resignó.

—Cuando quieras, me ejecutaré, iré, suspiró encogiéndose de hombros.

De vuelta á la oficina y apenas instalado delante de su aparato, Edmundo entró en conversación con la señorita Valdier.

—¿Qué os habíais hecho durante estos dos últimos días? preguntó ella desde el primer momento. No estábais enfermo me ha dicho vuestro sustituto.

—De ningún modo; he ido á París expresamente para veros...

semanas por lo menos—juzgó preferible, á fin de no abusar de las liberalidades administrativas, dejar que su padre fuese solo á llenar su misión oficial cerca del señor Valdier.

El buen hombre se puso, pues, en camino, y terminada la entrevista se apresuró á anunciar á su hijo que sus votos habían sido oídos, y que podía, con toda seguridad, avisar á sus Jefes del acontecimiento que se preparaba y solicitar la licencia en cuestión.

Tomadas sus disposiciones, Edmundo se reunió á su padre, que el mismo día le condujo á casa del señor Valdier.

La joven, por su parte, había interrumpido su servicio, y, prevenida de la visita, se había puesto sobre las armas presta á hacer los honores de la casa, cuando el señor Charoy y su hijo fueron introducidos al salón.

Trémulo—como de ordinario cuando se encontraba delante de extraños ó en presencia de rostros nuevos—Edmundo permanecía de pie al lado del asiento que se le ofrecía y no tenía fuerzas ni aún para articular una palabra.

Otra cosa fue cuando el señor Valdier le presentó su hija.

La miraba con los ojos espantados, la boca abierta y los brazos caídos.

Pero también ¡qué sorpresa!

¿Quién, en su lugar, no se hubiese sentido pasmado, aturdido, desconcertado?

¡No era ella!

No; no era aquella la colega á quien había visto salir de su casa y á quien había escoltado una mañana hasta la Estación Central.

Esta no era rubia; era roja, de un rojo vivo y claro, rojo de zorra y de ardilla.

La otra era alta y esbelta; esta era de pequeña talla, casi rechoncha, espesa.

Oh!

Qué! ¿era esa la señorita Valdier, su correspondiente?

Tenía el aplomo de encontrarse rubia y la audacia de proclamarse delgada! ¡Ella que se alababa de no mentir jamás! ¡Y bien, en ese caso, tenía de sus encantos una alta opinión, oh, sí!

Pero de dónde provenía el error?

Porque allí había un error manifiesto, confusión material, falsificación de identidad.

—¿Cómo! ¿es con vos con quien yo me correspondo?

—Sí, señor.

—¿Con quién yo me correspondo hace cuatro meses?

—Sí, señor... deberíais reconocerme puesto que, según me habéis confesado, habéis venido á París y me habéis seguido.

Ciertamente, ciertamente! tartamudeó Edmundo, que no sabía qué decir ni qué hacer y temblaba más que nunca.

El comandante Valdier invitó á comer aquella misma tarde á su futuro yerno y al señor Charoy y fue al acercarse á la mesa cuando tuvo Edmundo la explicación del deplorable *quidproquo*.

—Venid, que voy á presentaros á mi amiga Berta, mi doncella de honor! le dijo su prometida conduciéndole delante de una



MATERNIDAD. — Cuadro de Ferruzzi

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Y os he visto y os he seguido desde vuestro domicilio hasta la administración!

—¿Qué mentira!

—Os aseguro...

—Pero ¿por qué, qué significa?...

—Porque os amo, porque...

Y le confesó toda la pasión que por ella experimentaba y le suplicó que no rechazase sus súplicas.

—No espero sino vuestra autorización para decir á mi padre que se traslade á casa del vuestro y le presente mi petición.

Aunque algo turbada por la brusca declaración, la señorita Valdier no tardó en reponerse; y como en fin de cuentas el carácter dulce y fácil y el género de espíritu de su correspondiente, que había podido estudiar ampliamente en sus ratos de ocio desde hacía cuatro meses, no le desagradaban, no quiso desanimarle y por el contrario le prometió que si su padre y él se presentaban en su casa, serían favorablemente escuchados.

Edmundo Charoy, que acababa de obtener dos días de vacaciones é iba á tener además necesidad de una licencia con ocasión de su matrimonio—licencia de tres

joven alta, rubia—ella sí—verdaderamente rubia como las mieses, de porte de diosa y de talle de avispa.

La señorita Valdier añadió:

—Berta Mailly es también colega... Ah! ah! no lo esperabais!... Entró al mismo tiempo que yo á la administración, y para colmo, habitamos la misma casa.

—Ah! la señorita vive...

—Allá, en el patio, en el tercero.

—Y... somos!

—Somos colegas, colegas los tres, terminó la señorita Valdier batiendo alegremente las manos, aquellas buenas manos regordetas, rojas de sabañones.

Edmundo Charoy no era, ya lo sabemos de aquellos que no temen retroceder cuando han adelantado mucho; así, pues, se dejó ir hasta el fin y compareció ante el señor Comisario al lado de su blanca prometida.

v

Pero si hay una divinidad para los valientes, si la fortuna ayuda á los audaces, es forzoso creer que protege también algunas veces á los tímidos y á los poltrones, porque nuestro héroe no tuvo que lamentar aquella unión tan extravagantemente contraída.

No; lejos de eso.

Así y todo, roja y pesada como era, y á pesar de las demasiado evidentes ilusiones que se hacía sobre sus atractivos físicos, la señora Charoy poseía incontestables cualidades morales—las únicas, dicen, que respeta el tiempo.

Rodeó á su marido de afecto y de cuidados y supo hacerle muy feliz.

Por lo demás, esa dicha dura aún. Nuestros dos personajes habitan actualmente en una sub-prefectura de la Bretaña, donde se le confió á Edmundo, á la expiración misma de la licencia que había obtenido para casarse, la Oficina de Correos y Telégrafos.

Su mujer—su ex—correspondiente—ha cesado de ocuparse en el servicio para aplicarse al gobierno de su hogar y consagrarse á la educación de su hijuela y de sus dos chicos.

Y no lamenta este cambio de funciones.

En cuanto á la señorita Berta Mailly, la alta y hermosa rubia tan distinguida, tan admirada de Edmundo hasta el punto de haber sido la causa determinante de su matrimonio, ha tenido menos éxito; ha tenido que abandonar la administración y no de grado sino ¡ay! por medida disciplinaria, y hoy tiene el empleo de cajera en un café de los alrededores.

LITERATURA HISTORICA (1)

Los días que corren, días son de angustias infinitas en las almas y de malestar profundo en las sociedades. Sobre la conciencia individual y colectiva sople sus quebrantos y sus dolores una aguda crisis moral, pero, así y todo, consuela ver que ello en nada amengua las actividades cerebrales.

Quizás esos mismos desastres espirituales que sufre actualmente la humanidad civilizada, son consecuencia de la prodigiosa intensidad y energía de aquellas, antes nunca vistas.

Circunscribiéndonos á nuestro país y concretándonos á estos últimos años, nótese al punto una bella salud en los centros generadores del pensamiento.

Entre otras muchas manifestaciones positivas que así lo acreditan, venimos á ocuparnos de una de carácter histórico, debida al Doctor Laureano Villanueva, biógrafo de Vargas y de Sucre y con justicia señalado en-

tre los más bizarros defensores de las ideas democráticas.

Cierto que la vida nacional del pueblo venezolano, casi toda ella, á estas horas, ha sido vaciada en los moldes de la historia, pero no lo es menos que esas páginas tuvieron como musa inspiradora la pasión política antes que la eterna verdad y la inmortal justicia.

Liberales y conservadores, sin darse punto de reposo, hanse echado á la cara en lenguaje coloreado por el odio, acusaciones y más acusaciones, todas ellas sangrientas y odiosas, todas ellas siniestramente caldeadas al fuego de los intereses partidarios.

¿Qué mucho, pues, que en ellas no irradaie sereno y victorioso el criterio que hoy preside en este orden de la actividad intelectual, criterio amplísimo que busca en las corrientes generales del tiempo, en el estado del espíritu público y en las costumbres los gérmenes primitivos, las causas ocultas generadoras de los fenómenos políticos y sociales?

Aún más: ¿por qué sufrir extrañeza al notar ausencia absoluta de sagacidad analítica y de clara visión filosófica en el examen y apreciación de los hechos, cuando muy bien sabemos que fueron juzgados teniendo al oído las algarazas de la muchedumbre en la plaza pública y los tumultos de esa misma muchedumbre en los campos de batalla?

Sin embargo, el historiador liberal ha dado cima á ese trabajo de honor y de gloria cuando todavía el espantoso ciclo de las revoluciones no se ha cerrado entre nosotros, cuando los corazones y las conciencias arden aún en medio á las llamas que prendió en hora nefasta el genio sombrío de la discordia.

Y en él no grita el odio, ni los rencores rigen y la calumnia, esa hembra de todos los partidos, no dispara sus rayos incendiarios.

Así considerado, podría decirse de él que es una necrópolis sembrada de túmulos gloriosos y de inscripciones ilustres, blanqueando á la solemne claridad de un crepúsculo de oro y de púrpura.

Un esfuerzo extraordinario de voluntad mató en el Doctor Villanueva al soldado batallador por la preponderancia de su causa, al hombre que, por amarla con amor fanático, ha sido siempre heroico legionario en las luchas del parlamento y de la prensa.

Ese hombre que para el adversario tuvo de continuo la frase fulgurante, hecha como de espadas y centellas, no asoma por ahí su faz inflamada por los furores de la lucha.

Trabajo cuesta, en efecto, la identificación, porque al brazo no lleva el acerado escudo donde tantas veces rompiéronse armas muy bien templadas y el pecho está libre, sin ocultarse bajo la recia coraza reluciente.

Viste ahora con majestad la túnica sacerdotal y su palabra es grave, austera, con la austeridad suave del verbo que ilustra, esclarece y enseña.

Sin ser Thiers y mucho menos Taine—que este es el terrible iconoclasta de la metafísica y los dogmas oficiales—el Doctor Villanueva ha ganado esta ocasión prez inmarcesible para su nombre, mucho más clara que la hasta ahora conquistada en el espacio de nuestra política tormentosa y voltaria.

Como Bolívar y Washington, Lincoln y Monagas el es redentor, no ya de pueblos y naciones ó de ciertas porciones sociales, sino de una personalidad insigne hasta ayer nomás objeto de los más afrentosos dictados.

De hoy más, esa memoria será carísima y sagrada para toda alma enamorada de la Democracia, y á la vez servirá de alto ejemplo á los que en todas las épocas combatan por el triunfo de los principios y de las libertades populares.

Desde este punto de vista, la obra que examinamos aparece en su aspecto heroico y, dicho se está, que la imaginación del lector vuela por sobre llanuras convertidas impro-

visado en piélago de llamas, sigue al héroe por cumbres y vericuetos de montañas y lo admira y lo llora cuando, radiante de heroísmo, cae al suelo destrozado aquel corazón noble y generoso.

Oh! si la pluma de Villanueva cuando describe una función de armas remedara el piafar de los corceles, el estruendo de las cargas y las vociferaciones del clarín, si en las alas de su frase volasen confundidas impreaciones de vencidos y algarazas ruidosas de victoria, su cuadro de Santa Inés le habría resultado á no dudarlo un poema épico de colorido y pujanza incomparables.

Enpero, debemos declarar y ello á solici tud de una gran sinceridad, que nosotros en cierto modo nos alegramos de tal desmaña y frialdad en el concepto, porque á ser él sonoro, viril y grandioso, resplandecería en hermoso ambiente de epeopeya lo que más horror nos inspira: la guerra civil.

Este sentimiento nuestro creemos encontrarlo en el Doctor Villanueva á pesar de su impasibilidad en el relato acucioso de los sucesos militares. El párrafo que en prueba de tal aserto copiamos á seguidas, en el fondo no es otra cosa que un lamento de dolor, dolor tan profundo y tan sentido que contagia, sumiendo el alma en una gran melancolía.

—El choque—dice—fue, como debía ser entre gente heroica, estupendo y horrible. Unos á otros quitábanse la vida aquellos combatientes, como si fueran de crueles razas enemigas, cuando en su mayor número eran conocidos, amigos, condiscípulos y aun parientes, hijos de una misma patria, que los llorará por siempre, á todos, heridos ó muertos, con igual dolor.

Pregúntase uno en el colmo del espanto el origen de ese furor canibalesco entre hermanos, de esa brega terrible renovada de continuo en el largo espacio de un lustro.

Personalismo, nada más que personalismo, exclaman con ligereza impropia de espíritus pensadores algunos publicistas de merecida nota, sin parar mientes en que ninguno de los caudillos de ambos bandos estuvo dotado de ese conjunto de facultades múltiples y extraordinarias propicias en todo tiempo y lugar á la fascinación y deslumbramiento de las multitudes.

Explicase el fanatismo de los americanos por Bolívar, cuando éste, como un dios airado fulminaba las legiones de un poder extraño, transformando la noche del coloniaje en el claro día de una gloria que por siempre relugirá en los siglos, y compréndese asimismo el de los franceses con aquél que, al enérgico decir de *Madieto* “se hizo descalzar las espuelas con los antiguos soberanos de la tierra.”

Nuestro autor no comparte la opinión de que hemos hecho mérito poco há, pero, es de sentirse echara en olvido consignar la suya, tanto más valiosa cuanto que sería abonada por el doble prestigio de la ilustración y la experiencia.

No así cuando con razón suficientemente penetrada de la alteza y trascendencia del asunto nos habla de las causas que determinaron el nacimiento y organización del partido político á que Venezuela debe, sin duda alguna, obras diversas de civilización y de progreso.

Resalta, en primer término, en esa breve si bien luminosa exposición una que la crítica histórica no ha dejado de encontrar cada vez que ha llevado la luz de sus investigaciones al pasado, por lo común ignoto, de las explosiones revolucionarias. Nos referimos á la cuestión económica que, en concepto del Doctor Villanueva y de otros juiciosos escritores, fue como la fuente de donde surgió el claro raudal de los nuevos ideales.

“Todas las grandes revoluciones de nuestra época,—escribe un historiador distinguido—han comenzado por ahí. ¿De dónde par-

(1) Doctor L. Villanueva.—Vida del Valiente Ciudadano General Ezequiel Zamora.

tió la Reforma misma, sino de la resistencia de una parte de la cristiandad á pagar los tributos que Roma exigía? Si Carlos Stuardo no hubiese insistido en levantar subsidios con prescindencia del Parlamento, los ingleses le habrían perdonado seguramente su profesión de fe católica.

Luis XVI perdió su trono y la vida bajo el peso abrumador de la bancarrota, legado de sus antecesores. Las colonias anglo-americanas no rompieron con la metrópoli, sino cuando ésta les negó resueltamente el derecho que siempre habían ejercido de votar sus contribuciones."

Acaso no contenga la hermosa biografía del invicto adalid federal páginas más discretas y que más en alto pregonen la fuerza intelectual del autor. Poco, muy poco les falta para constituir un excelente estudio de filosofía social. Sea esto su más cumplida alabanza.

Hay allí, ciertamente, lo que enantes echábamos de menos en nuestra historia contemporánea, esto es, claridad de visión filosófica y sagacidad analítica informando los juicios acerca de hombres y hechos.

El más elevado espíritu de equidad caracteriza, por otra parte, la inteligencia del escritor liberal en esta mirada inquisidora al período de donde arranca entre nosotros la más excelsa de las propagandas públicas.

Seguros estamos de no haber dado en esta rápida ojeada del libro en referencia más que una idea muy pálida, apenas una noción asaz vaga y ligera.

Por la materia que trata bien merecidos se tiene él los honores del más riguroso examen.

Háganlo, pues, con ánimo sereno é imparcial los que para ello estén autorizados por su competencia en estas difíciles y trascendentales cuestiones.

Así y sólo así es como puede establecerse una corriente de fraternidad generosa entre todos los venezolanos. Cábele al Doctor Villanueva la gloria de haber dado comienzo á esta obra santísima.

Justo es que, por ello, la juventud aplauda al eminente escritor.

ANTONIO R. ALVAREZ.

CRONICA CIENTIFICA

CONCEPCIONES DIVERSAS DE LA IDEA DE PATRIA

Ha existido siempre, en el seno de toda constitución social, el sentimiento de la patria, necesario para el concierto armónico de toda agrupación humana; y la importancia y significación de este sentimiento, ha sufrido y sufre aún interpretaciones distintas y á veces contrarias por el poco discernimiento con que los términos de Patria y Patriotismo suelen tratarse; por unos con un entusiasmo rayano en delirio, por otros, con un desdén no menos absoluto é irritante.

Tratan los primeros de estimular por todos los medios este sentimiento, *Civis sum romanus*; recházanlo otros afirmando que la idea de patria es una concepción añeja, que ha pasado ya á la historia, que no puede estar en armonía con el estado actual de las sociedades, que todos los hombres son hermanos, y se declaran sin patria en medio al aplauso de los unos y el escándalo de los otros.

Hé aquí pues en el mismo orden de ideas dos doctrinas opuestas, contradictorias, que si no pueden conciliarse tienen al menos su explicación.

¿Cuál es en síntesis la fórmula del patriotismo? ¿cuál es su curva de evolución á través de las sociedades humanas? ¿cuáles sus causas y sus consecuencias? ¿en las sociedades modernas la idea de patria va en aumento ó en disminución? Este será el objeto de estas cortas líneas.

De modos muy diversos y de una manera desigual se desarrolla el patriotismo en las so-

ciudades humanas, por el factor que predomina en cada constitución social.

El *sentimiento religioso* es el factor determinante de la idea de patria en los pueblos del Asia occidental y meridional; y la personificación de esta variedad de patriotismo son Mahoma y sus sectarios, y todas las sociedades fundadas bajo esa inspiración religiosa, desde los desiertos de Arabia y del Sahara hasta los límites extremos de la Europa meridional, el Asia menor y España, inclusive los Turcos que han tenido que pedir al islamismo fórmulas de gobierno que no encontraron en su constitución social de pastores.

Basta recordar la historia de estos pueblos para que surja al espíritu el carácter propio de este género de patriotismo. Es, en efecto, un patriotismo absoluto é implacable para con sus adversarios, pues que se apoyan en una doctrina religiosa, intransigente, tiránica y cruel. Y este patriotismo es tanto más temible cuanto que no limita su dominación á sólo el cuerpo, la parte material, sino que invade también los espíritus, las almas.

No basta para ellos someter al vencido sino que también le imponen la obligación de creer en sus dogmas religiosos. Este patriotismo, dice un escritor contemporáneo, "ha ensangrentado la historia durante siglos y se presenta ante los juicios humanos con el pesado fardo de

excrables crímenes. Cuando la religión se convierte en instrumento político de dominación, cuando domina más por el terror que por la conciencia, se convierte en un azote que se hace necesario destruir; y el patriotismo así basado debe ser enérgicamente rechazado, porque él profana y deshonra lo que hay de más noble y más sagrado: el sentimiento religioso y la justicia divina. Los patriotas de este género son los peores simoniacos porque con el sable en la mano trafican con las cosas santas en beneficio de sus pasiones, de sus odios, de sus venganzas, de sus ambiciones."

Existe una segunda variedad de Patriotismo y es el fundado sobre los *intereses comerciales* caracterizado en las antiguas poblaciones ribereñas del Mediterráneo.

La historia nos da cuenta exacta de la existencia de ciudades independientes, cuya fuente de vida era el comercio, y extendidas á lo largo de las costas de Francia, Asia Menor, Grecia, España, Africa; agitándose en continuas guerras para ensanchar el mercado de sus respectivos productos comerciales. Triunfar de un rival era para ellas cuestión de vida ó muerte, y la historia de estos pueblos no es otra cosa que la narración de esas rivalidades comerciales.

De aquí nacia la necesidad de organizarse



MONUMENTO DE LA FAMILIA ALCALÁ EN EL CEMENTERIO DEL SUR — (De la casa de Roversi é hijo)

convenientemente para la defensa ó para el ataque; de aquí sus tendencias predominantes de adiestrar la juventud en los ejercicios corporales: la fuerza, la astucia, la agilidad fueron entonces las cualidades que más se estimaban en un joven. Los juegos públicos, que tan gran desarrollo adquirieron en dichos pueblos, no era sino una forma velada de su concepción de Patria.

Esta fue la forma de patriotismo que la competencia comercial desarrolló en las ciudades del Mediterráneo; patriotismo de moneda reducido y falaz; "origen y causa de esas guerras que la historia ha descrito con colores demasiado brillantes, y que en suma no tenían otro móvil que el deseo de arruinar y destruir por la fuerza la rival más temible.

El Patriotismo fundado sobre la *ambición política* es la tercera variedad de este sentimiento, y que principalmente se desarrolla en las sociedades de tren gubernativo numeroso, y de que nos dan ejemplo Roma en la antigüedad y Francia, Alemania, Italia, Rusia y España en nuestros días.

En este caso el poder no está ya representado por comunidades religiosas, por municipalidades comerciales, sino por jefes rodeados de soldados, que disponen de elementos numerosos de hombres y dinero para dominar así vastos territorios.

Como estos jefes de Estado disponen de todas las fuerzas vivas de la nación, están admirablemente preparados para hacer la guerra; y como el ejército, por otra parte, tiene la tendencia de estimar al soberano en razón directa del número de victorias que haya alcanzado, la tendencia predominante es hacer la guerra porque ella es para el poder público más favorable que la paz.

De aquí la serie de guerras emprendidas por simples pretensiones dinásticas ó por ambiciones puramente personales.

La mayor parte de estas guerras se emprenden á despecho del sentimiento público; lo que fácilmente se concibe, pues los pueblos necesitan de la paz para trabajar y poder vivir, y la guerra lo primero que arruina es el trabajo.

Pero en estas constituciones sociales el sentimiento público se produce muy difícilmente; la iniciativa privada se asfixia y muere en la centralización administrativa; las masas pobladoras, el nervio de las sociedades, los que se entregan al trabajo útil y productor, que alimentan el impuesto, se ven aniquilados por los poderes públicos, que lo invaden todo, absorbiendo toda la acción social.

Estos poderes, pues, tan admirablemente dispuestos para satisfacer sus ambiciones personales, no pueden obtener de las poblaciones el sacrificio enorme de capitales y de vidas, sino invocando, á cada paso, el interés de la Patria, el honor nacional, excitando así en su propio beneficio el sentimiento patriótico.

Así exclaman á cada instante: "Nadie más que nosotros ama la paz; la guerra es el peor de los males."

Y sin embargo, toda su vida política la invierten en hacer la guerra ó en preparativos para hacerla. Y sería difícil decir qué es más ruinoso para un país, si la guerra misma ó los enormes caudales de dinero y de brazos que aquellos preparativos causan.

En una palabra, hay motivo para horrorizarse al pensar en todo lo que en el fondo de la palabra Patria, existe.

Existe una cuarta variedad, el Patriotismo fundado sobre la *independencia de la vida privada*.

Hay un grupo de sociedades en el que la idea de Patria se manifiesta bajo una forma completamente diferente á los tres precedentemente estudiados; forma en la cual el hombre considera como síntesis de la patria el hogar, y que el interés mayor que debe defender es la libertad completa del hogar y de los que lo habitan. Para ellos la patria política no tiene otro objeto que facilitar lo más posible el sostenimiento de

la vida privada. Creen, no que el ciudadano nació para la patria, sino que la patria es patrimonio del ciudadano. Más en cuenta tiene y más lo preocupa ser un ciudadano libre que pertenecer á un gran país; es decir que antes de ciudadano es hombre.

Basta citar algunos hechos para caracterizar la forma que reviste este género de patriotismo.

El primero es la facilidad de expatriación que tienen estos individuos; expatriación sin esperanza de regreso, puesto que no es á las fronteras donde van, sino lejos, muy lejos, á otros climas, bajo cielos distintos. Y nadie



LA REINA DE LA NOCHE

como el anglo-sajón posee en más alto grado la convicción de que la patria la lleva en sí mismo, de que la patria no es otra cosa que el sitio donde puede vivirse libremente.

Y la confirmación de esto se ve en la independencia de estas colonias respecto á la madre patria. Aun dependiendo de ellas gozan de ciertas libertades, se administran y hasta eligen sus propios gobernantes.

Y hasta esta unión tan relativa con la madre patria es pasajera; apenas dura hasta el período de educación ciudadana; porque las colonias inglesas, como los jóvenes de Inglaterra, tienden siempre á expatriarse. Así los Estados Unidos no tardaron en separarse de Inglaterra; y día por día se acentúan las tendencias separatistas de Australia, Nueva Zelanda, Caledonia y el Cabo. Dice Stanley "que los habitantes de las colonias inglesas se engullecen llamándose australianos, canadienses, africanos. Todo inglés que se establece en una colonia, al cabo de algunos años deja de ser inglés; y es apenas por pura cortesía que estos ingleses expatriados aceptan gobernadores, pero bajo la formal condición de que intervengan lo menos posible en la política de la colonia.

Otra de las manifestaciones más elocuentes de esta variedad del patriotismo es la restricción notable del militarismo en Inglaterra que como dice Max O'Rell "á pesar de tener cuatro veces más población que las otras potencias de Europa, es el que menos ejército permanente tiene." Pero lo que mejor demuestra que estos pueblos están poco organizados para la guerra, es que el reclutamiento no existe en Inglaterra y que el gobierno por lo tanto no puede volverse del pueblo contra la vo-

luntad del pueblo mismo. En Inglaterra, si el Parlamento no vota anualmente un presupuesto para mantener el ejército, las tropas quedan de hecho licenciadas.

En los Estados Unidos es todavía más reducido el ejército; su pie de ejército alcanza apenas á 26.000 hombres, y ello en un territorio inmenso con una población densísima.

Estas tendencias antimilitaristas se patentizan más, en el desarrollo que han adquirido en Inglaterra y en los Estados Unidos las asociaciones en favor de la paz, tal como la *Peace Society* fundada en 1816 y que cuenta ya millares de miembros.

Y finalmente, el síntoma predominante á este respecto es la *tendencia de los anglo-sajones á resolver las dificultades internacionales por el sistema de arbitraje antes que por la guerra*.

En una estadística que tenemos á la vista encontramos que desde el año 1816 han ocurrido entre las diferentes naciones del mundo 72 tratados de arbitraje, de los cuales corresponden 23 á Inglaterra y 36 á los Estados Unidos, y el resto, (13) á los demás países. De donde se deduce que el patriotismo de los anglo-sajones se manifiesta más por el arbitraje que por la fuerza de las armas.

En los momentos actuales la declaración de guerra de los Estados Unidos á España, es una excepción, de esta regla.

ELIAS TORO.

MAR SIN RIBERAS

¿Por qué me atormentáis?... Dejadme en calma,
Melancólicos genios de la duda;
En lucha tan estéril y tan ruda
Siento muy triste y fatigada el alma.

Quiere descanso el pensamiento mío
En donde brille el sol, cante la vida;
La mudez de las sombras me intimida;
Tengo horror á la nada y al vacío.

Torno por eso al punto de partida
Que abandoné por pérfidos consejos;
Sufrir no quiero más por ir más lejos,
Ni enturbiar más las fuentes de la vida.

En vuestras negras alas de vampiro
Me transportáis á encumbrado monte;
Mas no ensanchó su linde el horizonte
Ni el nuevo sol miré porque suspiro.

La vida tiene encantos que no niega
Sino el que el sol de la verdad ofusca,
Y penetrar lo impenetrable busca
Y muda esfinge á interrogar se entrega.

Que éste sólo ha de hallar por recompensa
Profundo tedio y soledad mañana,
Pues mientras más por ver la luz se afana
Es la sombra más lóbrega y más densa.

Y ¿á qué empeñarse con afán aciago
En hallar del enigma de la vida
La palabra final, si está escondida
En lo remoto, incomprensible y vago?...

Y ¿á qué seguir con impaciencia loca
Indescos fantasmas ideales,
Si siempre cual las águilas caudales
Han de volver cansados á su roca?

¿A qué buscar el átomo impalpable
Con indiscreto análisis, si en ello
Sólo haremos deforme lo que es bello
Sin lograr nunca que la esfinge hable?

Oculto está la esencia de las cosas
Por inconsútil y tupido velo,
Y fueron siempre al inconsciente anhelo
Las más incomprensibles más hermosas.

Y de un mundo fantástico y desierto
Por silencioso, extenso mar navegan
La ciencia y la razón, pero no llegan
Nunca á arribar al suspirado puerto.

¿Qué hacer así?—Troquemos el ignoto
Mar sin riberas y de sombras lleno,
Por el mar de onda azul, claro y sereno
En el que es Dios el único piloto.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.



PÁGINAS PARA LAS DAMAS

(Expresamente escritas é ilustradas para EL COJO)

Madrid: 1893.

Deslumbramientos.—Las perlas, la mujer y la moda.—Novedades de París.—Notas artísticas de Viena.—El Domingo de Ramos.—Palmas y niños.—Por la patria.—Homenaje á la Reina.—Una flor como símbolo.—Ecos palatinos.—En Madrid y en Sevilla.—Flores, juventud y hermosura.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO

Caracas.

Tan marcadas son las tendencias de la moda europea hacia cuanto es deslumbrador y risueño, que ni las severidades propias de la semana santa logran de momento eclipsarlas. Predomina la nota brillante de color en los trajes, y se enseflorean de las femeninas cabezas los adornos de pedrería. Una sola modificación acusan estos últimos, que no debemos pasar en silencio: la más refinada elegancia prefiere para imperdibles, broches, agniones, peinetas, alfileres y aun collares, las perlas á los diamantes, siendo los adornos en que intervienen las candidas hijas del mar, los más nuevos y de mejor gusto. Y téngase en cuenta, que para todos los casos la moderna colocación de las perlas no se singulariza por el amontonamiento de ellas. Nó, el arte en nuestros días, las coloca en forma de delgadísimos hilos, formando caprichosas ondulaciones, en un todo igual cuando aprisionan la ebúrnea garganta, que cuando se deslizan ligeras, ideales, entre las graciosas sinuosidades del ensortijado cabello.

La perla es el adorno de moda en los comienzos de la actual primavera; se halla indicada para toda suerte de fantasías durante el verano; y la mujer, que nunca ha dejado de sentir irresistibles inclinaciones hacia esa poética hija de las olas, cede con gusto, con entusiasmo, á esa corriente de la moda que tanto responde á sus íntimas y encantadoras delicadezas. Es más: nosotros creemos que precisamente por apoyarse en el recurso de las perlas, los adornos un tanto llamativos que ahora privan gozarán de mayor duración; los fulgores indiscretos del diamante cansarán más pronto.

Decididamente, París triunfa en su empeño de modificar las faldas, es decir, logra poco á poco que desaparezca la falda lisa, pues si bien es cierto que los adornos de las mismas no son acogidos con gran entusiasmo, cabe reconocer que tampoco se rechazan ya con la entereza de los primeros días en que la moda se manifestara. De momento ha sorprendido la aparición en la capital de las orillas del Sena, de unas faldas con canesú, ceñidas completamente en las caderas, y adornadas con volantes acanalados desde las rodillas hasta abajo, siendo también nuevo capricho de la fantasía parisién, otras faldas, lisas eu absoluto, sobre las cuales descuellan originalísimas túnicas. Así, los adornos que en diferentes páginas hemos descrito, como los dos modelos de que hoy nos ocupamos, revelan la indecisión que sobre la materia domina aún.

En definitiva, las corrientes del gusto no se han decidido por ningún extremo, mas como la temporada que empieza exige grandes mudanzas, es indudable que las damas francesas se decidirán pronto, y en

sus acuerdos han de secundarlas las de los demás países.

El *moiré* blanco ha de usarse mucho en lo sucesivo para adorno de trajes de lana, y las aplicaciones de encaje blanco ó negro, las cenefas y motivos de pasamanería con trama metálica, y también las perlas de acero mate y claro de luna, de maravilloso efecto en los trajes primaverales y veraniegos. A la risueña inventiva vienesa, debemos tan seductores

adornos, los más apropósito para metamorfosear por completo un traje, y de igual procedencia son las corbatas mariposa, chorreras y cuellos de seda risada, que empiezan á llamar la atención en paseos y teatros, así como las sombrillas de sedalina glaseada, blanco-plata, con bastón de madera, puño de esmalte y relieves de oro.

Brillante y hermoso sol, al que no nos tenían acostumbrados los días del mes de marzo, prestó imponderables atractivos.



vos en la heroica villa y corte, al Domingo de Ramos, festividad la más simpática de la Cuaresma, por avalorarla la animación infantil. Durante breves horas repercutieron las alegrías de la infancia bajo las amplias bóvedas de nuestros majestuosos templos góticos recordando el gorjeo de los pájaros en el bosque.

Las palmas que ondean en el aire, los cánticos de los sacerdotes, el aroma del incienso que sube á los cielos por la entreabierta ojiva como una aspiración misteriosa de las almas, todo impresiona, todo convida á gozar esos encantos perdurables de la Religión cristiana, que es un poema de amor y un conjunto de delicadas ternuras. Del templo donde ostentara su gallardía la palma en manos del inocente niño, siendo motivo de santo orgullo y dulce embeleso para la cariñosa madre, pasa al balcón y aun allí, mustia y seca, continúa simbolizando á través de los agitados días el regocijo infantil más candoroso y conmovedor, cuyo reuerdo conserva el alma como un tesoro, á despecho de las borrascas de la vida y de los desengaños que todos cosechamos en el mundo.

La eterna ley de los contrastes imprime en los grandes centros variedad infinita á las horas, y más cuando los pueblos atraviesan épocas de tremenda prueba que han de dejar huella en la historia. No podemos pasar en silencio en unas *Páginas* escritas para la mujer, la gallarda muestra de vitalidad dada por el patriotismo madrileño en el *Real* la noche que se efectuó la función cuyos beneficios íntegros se destinaron al fomento de

nuestra marina de guerra, y aunque mucho se esperaba del amor patrio de todos, el éxito, al superar á las más lisonjeras esperanzas, escribe una hermosa página en los anales de los entusiasmos femeninos. La mayoría de las damas que asistieron al *Real* en aquella noche inolvidable, iban de mantilla, acreditando su españolismo; y en los adornos del traje de la cabeza, sólo figuraban los colores nacionales, amarillo y encarnado. Algunas de ellas con tan gracioso donaire acentuaron en su tocado la nota de españolismo, que al entrar recibieron una entusiasta ovación. La Reina vestía de negro por reciente desgracia de familia, y quizá también queriendo simbolizar las desventuras de la patria. Su figura dulce, simpática, melancólica, envuelta con negros ropajes, destacaba con valentía en aquel brillante conjunto. Todos los ojos en un momento dado se volvieron hacia ella con amor y confianza, mientras los más atronadores vivas á la patria retumbaban por la vasta sala, y á buen seguro que jamás como en aquella ocasión, se sintió reina por su acendrado españolismo, y madre, al confundir bajo una misma emoción el amor santo de la patria y el amor que guarda en su pecho para el hijo amado, destinado un día á simbolizar las pasadas y futuras glorias de España.

Una flor muy española y típica, el clavel, alcanza gran boga estos días en que el entusiasmo patrio ha llegado á su apogeo, y con claveles amarillos y rojos prenden la clásica mantilla, al gallardo busto, las damas madrileñas, transmitiendo fácilmente su belicoso ardor á las capitales de provincia donde se organizan también suscripciones y fiestas para allegar recursos para la guerra. Se trata de combatir al extranjero, y nuestras mujeres no olvidan que descienden sin distinción de clases, de aquellas heroínas de otros tiempos, que tan alto pusieron el valor y la entereza de su raza.

No se celebró este año en Palacio la ceremonia del Lavatorio tradicional en los fastos de nuestra monarquía, pues S. M. la Reina solicitada por las infinitas preocupaciones que la asedian, tuvo necesariamente que entregarse por completo á las resoluciones políticas del momento, harto abrumadoras y complicadas; sin embargo, los doce pobres elegidos recibieron de la augusta dama, trajes, comida, socorros en dinero, cuanto es costumbre hacer el día de jueves santo en su obsequio, por lo mismo que simbolizan los doce apóstoles compañeros del Salvador. Y el 8 de abril, día de las grandes tristezas para los pueblos cristianos, la Reina Regente, en el acto solemnísimos de la adoración de la Cruz concedió su perdón á varios reos de muerte que esperaban y bendecían por anticipado, desde el lóbrego fondo de sus celdas, el anual acto de clemencia de la bondadosa y querida soberana.

A Sevilla se trasladaron muchas familias aristocráticas madrileñas, donde la Semana Santa se celebra con extraordinaria esplendor; y los que no han ido á la hermosa capital andaluza, pero que tienen campestres posesiones, tampoco han permanecido á orillas del Manzanares en estos días, de suerte que hasta pasada la Pascua no recobró Madrid su aspecto habitual, animado, pintoresco, que tanto contribuye á despertar la simpatía de los extranjeros que á diario nos visitan.

Por lo demás, en tanto que densas nubes cubren el horizonte político, la primavera nos envía sus más dulces reflejos, traducidos en perfumes, flores y alboradas. Una verdadera inundación de heliotropos, pensamientos y violetas, ha caído sobre España, particularmente de violetas, las cuales figuran en todos los adornos y dijes de fantasía, abanicos, pulseras, pendientes, broches y aun sombreros. La juventud ama las flores, porque ellas constituyen el mayor aliciente de la belleza, más que las joyas, más que los trajes adornan y completan las flores la juveni



hermosura. Así como no concebimos un pájaro sin alas, un día sin luz, y un corazón sin amor, tampoco comprendemos una mujer joven y hermosa que prescindiera de las flores; por eso la moda, contribuye hoy como nunca á la profusión de los olorosos dones de la gentil primavera, que al rodearnos de un medio ambiente embriagador, parecen heraldos de horas más felices para un pueblo sobre el cual se amontonan de momento, toda suerte de complicaciones é incertidumbres.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

EL PANTUFLO DE SATÍN

(POR TRISTÁN KLINGSOR)

Fue un ratoncillo loco, que rumiaba no sé qué, en el viejo armario normando, lo que despertó á la señorita Marjolaine.

Ella se volvió de un lado en su lecho de novia ricamente esculpido, frotó sus pupilas con dedos perezosos, tosió una vez, dos veces, y escuchó. Silencio. Los rayos de luna se filtraban entre las cortinas de las ventanas del castillo señorial. Al poco tiempo el ruidecillo, interrumpido unos instantes, comenzó nuevamente. Curiosa la señorita Marjolaine tomó á tientas un fósforo, hizo en la pared al frotarlo un arco-iris diminuto; el fósforo se quebró, buscó otro y el cuarto se iluminó con la lucecilla florida como botón de oro de su bujía rosada.

La señorita Marjolaine no pudo moverse á dormir. Ese matrimonio improvisado con un lugareño rico, proyectado para obedecer á su tía, turbaba hasta lo indecible su corazón de mujer ya hecha. Ella pensaba en estas cosas mirando un músico grotesco tocar un violín de porcelana, sobre la chimenea, cuando el indiscreto ratoncillo la sacó de nuevo del ensueño.

Alzó la cabeza, ornada de pájaros azules y de ramilletes añejos, deslizo fuera del lecho sus piernas graciosas, tuvo un delicioso escalofrío de sorpresa al poner los pies sobre la fresca alfombra, tomó el candelero y se fué en camisa á abrir la gaveta del antiguo armario.

Había allí ropas viejas de doscientos años y más, telas y terciopelos llenos de ramajes á los cuales terciopelos y telas no se tocaba nunca. Al alzar un viejo cinturón descubrió un pantuflito de satín, de color correr con el ruido al ratoncillo gris, de cola de seda, que la miró, al salvarse, con sus finos ojos de cristal.

La señorita Marjolaine arrojó un ligero grito de espanto; después, curiosa, tomó el pantuflito y deslizo su pie fino y friolento dentro de la acolchonada y tibia zapatilla.

Era aquel un lindo pantuflito de satín blanco, que había venido al mundo en otro tiempo, entre sus propias manos; un lindo pan-

tuflo bordado por ella misma, de lilas y de campánulas. Las ramas de lilas de seda parían del talón, corrían por el empuje desvaneciéndose sus pétalos de tapicería sobre la punta fina y redonda. Pero las campánulas y las lilas estaban marchitas. Y, como ella lo miraba largamente, con un deseo infantil de hallar el otro para calzar su otro pie diminuto y rosado, todo el pasado que evocaba el pantuflito revivió en su alma inocente y turbada.

La señorita Marjolaine habitaba entonces, como ahora, el viejo castillo de su tía de cabellos ya grises, que constituía toda su parentela. Los vecinos, los Verneuil, tenían al lado de ellos una casa de campo cubierta de tejas, en medio de un jardín plantado de peras, de cerezas y de rosales de China.

En aquel estío un primo de ellos vino de París á verlos. Y esto fue pretexto, primeramente, para ceremoniosos encuentros, después para reuniones encantadoras y hasta algunas veces para amables impertinencias, como en los mejores tiempos del gran rey.

Cuando la tía no llevaba á Marjolaine á coger cerezas y ciruelas al jardín de los Verneuil, era el primo, enguantado de gris, corbata blanca, y florecido el ojal de un crisantemo, quien venía á pagarles visita. La tía conversaba, componía medias de hilo de Escocia, ó bien se ocupaba con la sirvienta en arreglar los armarios que le habían legado, en defecto de rentas bien sonantes, sus abuelos.

Durante este tiempo, M. Jacques, por distracción quizás, y Marjolaine, por ingenuidad seguramente, comprendían que su acercamiento pudiera ser más íntimo. Allí era el refrase por una flor trastroncada, por la pluma blanca ó negra de un sombrero; allí de las interminables y fútiles charlas por el encaje de Malinas, de Valenciennes ó d'Alençon, de un volante cualquiera. Después venían las rabiets por nada, constituyendo todo eso, en una palabra, una cosa adorable que hemos convenido en llamar amor.

Y fue entonces, en ciertos instantes, durante esas largas horas honestas de diálogos con su tía, cuando ella había bordado aquel pantuflito para satisfacer un capricho del primo de los Verneuil. Por eso sin duda ella gustaba calzar aquel pantuflito, ligero y gracioso, como el de una hada que el encantador Merlin hubiera olvidado en aquel rincón de provincia. Ella lo llevó al baile de los Chaterios, donde el chicuelo de Clarambant tocó la flauta, M. de Verneuil el clavicordio, y M. Jacques la harpa. M. Jacques, como en París, se había distinguido mucho aprisionado en un cuello de pulgada y media de largo, y llevando en el ojal una rosa. El tuvo para la señorita Marjolaine mil agasajos. Ella, feliz y temblando, se confiaba ingenuamente á él. Aquella había sido la noche del primer beso en la punta de los dedos, del segundo en el cuello, del abandono cándido en la penumbra de una de esas antiguas crujías que convenían también á los secretos deliciosos.

Tres días después M. Jacques, habiendo dicho á todo el mundo sus adioses más respetuosos ó más tiernos, y prometiendo volver muy pronto, partió. Desde su ventana, la señorita Marjolaine vio la cabeza de dos caballos, de los señores Verneuil, conducirle camino arriba; y agitó, como supondrías, el pañuelo blanco de batista; después se puso á sus bordados en espera del novio correcto y escogido que sin duda debía volver bien pronto, por el camino de París.

No guardaba de él sino algunas flores y este pantuflito que había sido causa de tantas rabiets amorosas, y que le traía tantos recuerdos. Los días pasaron, las flores se marchitaron y en el estío siguiente no vino, según prometió, el primo de los Verneuil. Hasta los recuerdos se gastaron un poco, como los hilos de seda del pantuflito de satín.

La tía de Marjolaine comenzó á dar en

qué pensar por sus muchos años; la buena señora no queriendo dejar sola en el mundo á su querida sobrina, pensó un día en comprometerla con un excelente agricultor de levita muy corta y zapatos muy largos; uno de esos lugareños de gestos zurdos; de esos que toman obsequiosamente el sombrero en la mano por cualquier motivo; de esos que tienen siempre más vacas en sus prados y más escudos en su bolsa que sonrisas entre sus labios rasurados de badulaques. Este no le disgustaba á Marjolaine más ó menos que otro cualquiera. Pero ella estaba muy acostumbrada á obedecer en todo á su tía para no consentir en aceptar al campesino, como lo aceptaba todo.

Y ved cómo Dios ó el Diablo se habían mezclado en los asuntos de ella; ved cómo al azar, un ratón, le había hecho encontrar aquel pantuflito que evocaba en ella tantos recuerdos y tantos pesares.

Y sin embargo, al siguiente día, se iba á casar. La costurera de la ciudad vecina había venido á medio día para dar la última mano á la ropa blanca que estaba tendida cuidadosamente, y la vieja sirvienta lo preparaba todo en obsequio de la señorita.

A pesar de la excitación ella quiso no pensar más en todo esto y cerró los ojos. Pero en vano. Se volvió diez veces en su lecho, en su gran lecho lujoso, besó mucho tiempo el lindo pantuflito; y suspirando profundamente apoyó sobre su torneado brazo su cabeza tocada con una gorra de dormir hecha de encajes, y se puso á contemplar de nuevo, sobre la chimenea, el grotesco músico con su violín de porcelana.

El músico parecía sonreírle y tocar su violín para ella. Aquel sería un aire de gavota evocador de cosas extrañas. En la imaginación de Marjolaine una flauta le respondía; después el clavicordio de M. Jacques y la harpa se mezclaron en la rara orquesta fantástica. Danzarines se reverenciaban cortesmente. Una grande araña de quince bujías iluminada súbitamente alumbraba la escena. La música cesó. Las parejas se detuvieron.

—Tocáis la flauta como el mismo Marsyas, dijo una voz.

—Y vos maravillosamente el clavicordio, señor, expresó otra.

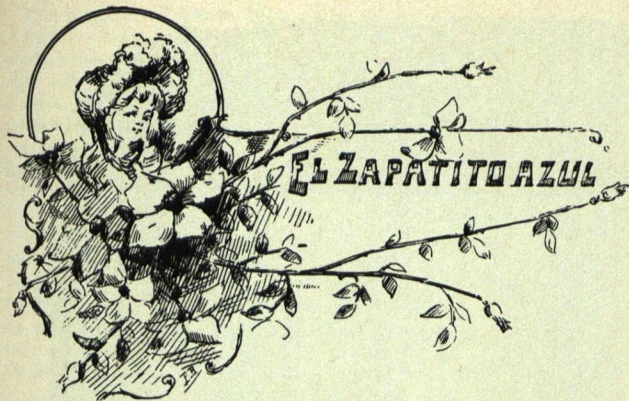
Pero la admiración nada dijo al harpista. La señorita Marjolaine apretó el nudo de seda de su traje y se revolvió. El señor Jacques venía hacia ella ofreciéndole una rosa. El clavicordio y el violín recomenzaron.

—Es un valse.

Ella se dejó arrastrar. Estaba esbelta y ligera como un niño. El calzado de satín blanco la permitía hacer molinetes rapidísimos. Alrededor de ella daban vueltas. Ellos, sin embargo, se habían acodado en el balcón. El valse continuaba siempre. Pero ya ellos no bailaban. Ella escuchaba, pero no percibía distintamente sino su corazón latiente hasta romperse. El se inclinó un poco hacia ella en medio de aquella fresca noche. Y sintió los labios de él posados tibiamente sobre su cuello.

—Marjolaine, Marjolaine, os adoro. Ella tuvo un momento de emoción extraño y delicioso. Y le pareció que la música tocaba á la sordina, y penetraba dulcemente, muy dulcemente en ella.

A la mañana siguiente, cuando la tía, después de haber desgranado su rosario, oído maitines, y abierto su ventana para que penetrara el olor de las cerezas y de los durazneros en flor, fué con su paso tembloroso á llamar á la puerta de su sobrina adorada, encontró la bujía quemada hasta el cabo en el candelero y á la señorita Marjolaine muerta de la ruptura de una aneurisma, con un lindo pantuflito de satín blanco, ya bastante usado, cerca de su lecho de novia.

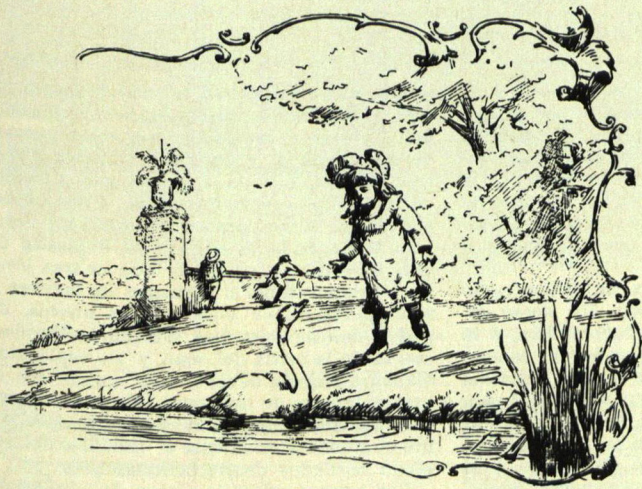


I

QUELLA tarde, como de costumbre, una bandada de niños asaltó el parque y revolaba charlotando á orillas del lago cuyas dormidas aguas copiaban con fotográfica exactitud los variados tintes del cielo tropical.

Entre los pequeñuelos llamaba la atención una niña como de seis años de edad, vestida de blanco, calzada de azul, cubierta la cabeza con una gorra de encajes, los cuales brillaban entre los ensortijados rizos de rubia cabellera; de ojos adormidos, tez pálida, nariz correcta, boca pequeña y expresiva en cuyos extremos formaba la sonrisa dos graciosos y tentadores hoyuelos.

Sentada junto á un árbol que proyectaba su sombra sobre la inalterable limpidez del lago, la rubiecita abría asombrada sus ojos azules escudriñando el más lejano rincón de aquel sitio que su mente infantil acaso considerara como el perfecto modelo de la plástica hermosura; mientras sus traviesas camaradas daban volteretas sobre el suelo arenoso, arran-



caban de sus tallos heliotropos y claveles, ó perseguían encarnizadamente las pintadas mariposas que volaban inquietas de los granados rojos á los blancos azahares de los limoneros en flor.

Cuando los niños se cansaron de correr tras los insectos idearon apoderarse de los tres cisnes que sumergían sus largos cuellos en el agua, apareciendo y desapareciendo sucesivamente como se imprime y se borra el ensueño de las frentes que tocan al ocaso de la vida; y al ver á los palmípedos retirarse de la orilla alzando las cabezas y mirándolos burladores con sus ojos de culebra, los chicos enojados fueron en busca de un objeto más al alcance de su mano destructora, de algo con que compensar la felicidad no conseguida, el deseo no satisfecho, las ansias infantiles perdidas en un lago, como se pier-

den amor, esperanza y gloria, en el mar de la existencia.

Desde su asiento de musgo la rubiecita miraba los rayos de sol penetrar á través del espeso ramaje y lucir sobre el agua, como en las facetas de un diamante, sus colores de iris; y seguía atentamente el luminoso reflejo que corría sobre hojas, arbustos y flores, dejando aquí extrañas figuras, presentando allá admirables efectos de sombras y de luz.

En su admiración la niña se inclinaba anhelante hacia el lago, que al reflejar los contornos de su fisonomía dejaba ver otra figura brillante y vaporosa atrayéndola hacia el ignorado fondo del abismo. E insensiblemente, y quien sabe por qué poderosa sugestión, dejó deslizar su diminuta planta sobre la deleznable orilla, cayendo en el agua que se abrió silenciosa en círculos concéntricos, para recibir el cuerpecito que en plena aurora había tropezado con la noche formidable de la tumba.

II

Triste sino el de aquella niña, flor abierta como la del loto un solo día á las caricias del mundo, y desaparecida para siempre entre las sombras del crepúsculo. Apenas nacida, la muerte tocó su lecho arrebatándole la joven madre que abandonó la existencia dejando al esposo sumido en inconsolable dolor y sombrió el hogar donde en tiempos felices amor abrasaba dos almas y el ángel de la dicha derramaba sus favores.

Desde la muerte de su compañera, Miguel Angel, que así se llamaba el viudo, se mantuvo aislado y triste hasta que la niña comenzó á balbucir las primeras palabras; y al acento sonoro de la lengua infantil que rompía sus ligaduras, cantando bajo el alero de la casa, como canta la alondra en los trigos, al aproximarse el día, deritióse el hielo del corazón tocado por el infortunio y volvió la risa á los labios largo tiempo contraídos por la duda y el pesar.

No amor sino idolatración profesaba el padre á su hija en quien encontraba la síntesis de todos sus afectos, la realización de todas sus esperanzas, el lenitivo de todas sus penas. Recordaba las vigiliadas amargas pasadas entre el lecho de la enferma y la cuna de la recién nacida, queriendo detener aquí la vida que se escapaba y comunicar allá mayores alientos á la frágil existencia que le traía, con el mayor regocijo, el dolor más acerbo.

III

Era tarde y la niña no regresaba al hogar donde el padre esperaba su vuelta, atormentado por siniestros presentimientos. El, que tenía algo de agorero, tenía á cada instante entrar de nuevo en el sendero de sus dolores, y se aterrorizaba especialmente al aproximarse el aniversario del fallecimiento de su mujer que cumplía en aquella hora cuatro años de muerte. Así, no es de extrañar que momentos antes hubiese creído oír una voz semejante á la de su hija que lo llamaba con acento lastimero; y hasta ver en el cristal de Venecia que adornaba la sala, la figura de

una niña vestida de blanco, coronada de flores, tendida sobre un lecho entre cuatro braceros de luces de bengala.

Asomado al balcón interrogaba con la vista la calle en la cual apenas se escuchaba el rumor de algún carruaje y el paso apresurado de uno que otro obrero entretenido á la salida del taller.

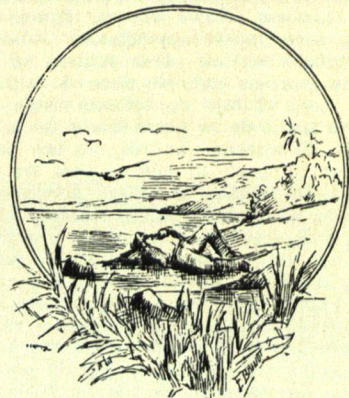
No pudiendo dominar su justa inquietud, salió de la casa dirigiéndose al lugar donde acostumbraban jugar los niños y donde él mismo había conducido varias veces á su idolatrada Angelina. En el trayecto su mente acalorada le fingió blanca visión que al mismo tiempo le guiaba y le seguía, dejando ver en el aire sus indecisas formas. Y, cosa extraña, aquella sombra sin cuerpo, aquellos ojos sin luz, aquella boca sin labios, se asemejaban al cuerpo, á los ojos, á la boca de la mujer amada, muerta para el mundo pero no para su corazón, donde florecía el recuerdo como los sauces y cipreses sobre el suelo de las tumbas.

Y continuaba caminando, caminando hacia el parque cuyos árboles se divisaban á lo lejos entre las sombras del crepúsculo.

La noche extendía su manto cuando llegó Miguel Angel al parque y comenzó á registrarlo cuidadosamente llamando con angustiado acento á la hija de su alma.

Sin saber por qué el lago lo fascinaba como los parajes encantados de los mares jonios donde encantadas sirenas atraían los navegantes hacia las sirtes procelosas. Registrando helechos, algas y musgo, un objeto llamó su atención: era un zapatito de raso azul, pequeño, elegante, monísimo; bordada la palita con lentejuelas de oro y forrado de blanco el diminuto tacón. Uno de los zapatitos que él había besado mil veces en las castas efusiones de su cariño paternal.

Aquel hombre golpeado por el destino comprendió el nuevo y terrible dolor; con todo, ni una lágrima salió de sus ojos ni un sollozo se escapó de su garganta. Hosca la mirada, crispadas las manos, el pecho levantado por terrible conmoción, anduvo largo rato con paso de fiero por la orilla del lago; luego se tendió silencioso sobre el agua, braceó un momento, bajó al fondo, salió á flote y volvió á sumergirse luchando con las sombras y el fango para arrancarles el cadáver de su hija.



IV

A la mañana siguiente los guardas encontraron el cuerpo de una niña cuidadosamente colocado sobre verde lecho de musgo; á orillas del lago yacía un hombre tendido boca arriba, con la mano derecha sobre el corazón y en ella, furiosamente apretado, un lindo zapatito de raso azul.

JOSÉ E. MACHADO.





ESCENA CAMPESTRE. — (Hacienda "El Alto," Irapa.) — De fotografía de Avril

FLORES DE INVIERNO

Lentamente subían la cuesta los tres amigos. Vicente, el pintor, pensaba en sus cuadros, y con la mirada pedía á cada momento á la Naturaleza colores nuevos, figuras originales, sensaciones inspiradoras. Julio, el poeta, soñaba con sus obras futuras en que había de encarnar todo su amor á la tierra nativa, todo el lujo de bellezas vistas sólo por él en medio de la prosa diaria de la vida rural. El tercero, Andrés, no era nada: ni pintor, ni poeta, ni músico; pero era más que todos para sentir la belleza abrumadora de aquella mañana de enero, caliente como las de mayo, deslumbradora de luz triunfante en un cielo azul que se hundía en profundidades misteriosas, donde los ojos se perdían atraídos por la grandiosidad de la masa. Era Andrés un enfermo, un sentenciado á cercana muerte que todos los días avanzaba hacia él un paso, avisándole con golpes de tos que removían las entrañas del pobre tísico. Su último refugio, el campo, aquel campo de Levante, sequerón, blanquizco—tan diferente de sus prados del Norte, siempre verdes y frescos, donde se había deslizado toda su nievez entre la blandura de los pastos en que se revolcaba y la sombra de los castaños vetustos, llenos de erizos,—le iba defendiendo, defendiendo, como una muralla de edredones que lo aislaba del invierno de afuera y le daba calor suavísimo, reconfortante. Cada día de sol era para él un cántico á la vida, más hermoso que todos los planes de Julio el poeta, que todos los bocetos de Vicente el pintor. Por eso caminaba, radiante el rostro, la mirada risueña, por aquella hondonada

del camino, ahogada entre dos paredones de caliza blancos y rojos, abrasados por el sol, padre de la vida; y en su interior iba componiendo Andrés el más glorioso poema que jamás se inventara, el poema de la salud, de la fuerza, del retorno á la alegría, esa alegría indefinible del sér que se siente otra vez activo en medio del mundo que le solicita á desplegar energías.

Absorbidos los tres en sus respectivas preocupaciones, apenas hablaron. Un deseo común les unía, sin embargo: llegar arriba, á lo alto de la cuesta, para contemplar la inmensa llanura en que la ciudad vecina, próxima al mar, rodeada de un bosque de almendros y naranjos, en un ambiente á la vez de azahar y de sales marinas, elevaba su blanco caserío. Andrés afanaba el paso sin miedo á la fatiga de los pulmones, apoyándose fuertemente en el bastón que á trechos se hundía en los montones de polvo de la carretera; y los otros enfrenaban sus ímpetus para no dejarse atrás al pobre enfermo, para hacerle creer que corría como ellos, como los sanos.

Y cuando llegaron al fin y se detuvieron al comienzo de la vertiente opuesta, un grito de admiración escapó de sus bocas.

La llanura, amplia, uniforme, rodeada por Norte y Este de montañas altísimas, ceñida al Sur por el mar en que centelleaba la luz del sol, parecía un inmenso campo de nieve. Todos los almendros, desbordados en floración prematura, abrían al calor de aquella primavera invernal las fuentes de su nueva vida, los botones rosados y blancos por donde estalla la olorosa savia, precursores del fruto dulce y suave. Y sobre la gran masa de arbolado que cubre la llanura toda, ex-

tendíase hasta perderse de vista el manto niveo de las flores, destacándose fuertemente del suelo gris, rojizo, de las hojas nuevas, verdes y frescas, y de los sembrados que á trechos asomaban su aterciopelada alfombra por entre los negruzcos troncos. Y bajo aquel cielo azul, al resplandor de aquel sol ardoroso, emanaba de la llanura tal explosión de vida soberbia y arrogante, que los tres jóvenes sintieron como si la sangre les hirviese y se despertaron en ellos fuerzas nuevas, de poder desconocido. Los almendros llegaban casi hasta la orilla del mar, y su espléndida blancura parecía desde lo alto unirse con el prusia intenso de las aguas, formando como una bandera inmensa bicolor, extendida sobre el mundo y en la cual el centelleo del sol ponía bordados de oro brillantísimos.

Con nuevos gritos de placer, de admiración entusiasta, bajaron por la vertiente los tres amigos. Al llegar al primer grupo de almendros, Andrés alzó el brazo y cogió una flor, cuyos pétalos, frágiles y temblorosos, exhalaban un dulce perfume de rosa. Triunfalmente la puso en el ojal de la chaqueta; y al empujarla por el tallo corto y grueso, se deshojó, como si huyese del contacto del hombre. A la vez, Julio, llenas las manos de flores, exclamó hablándoles con esa fantasía del poeta que lo personifica todo:

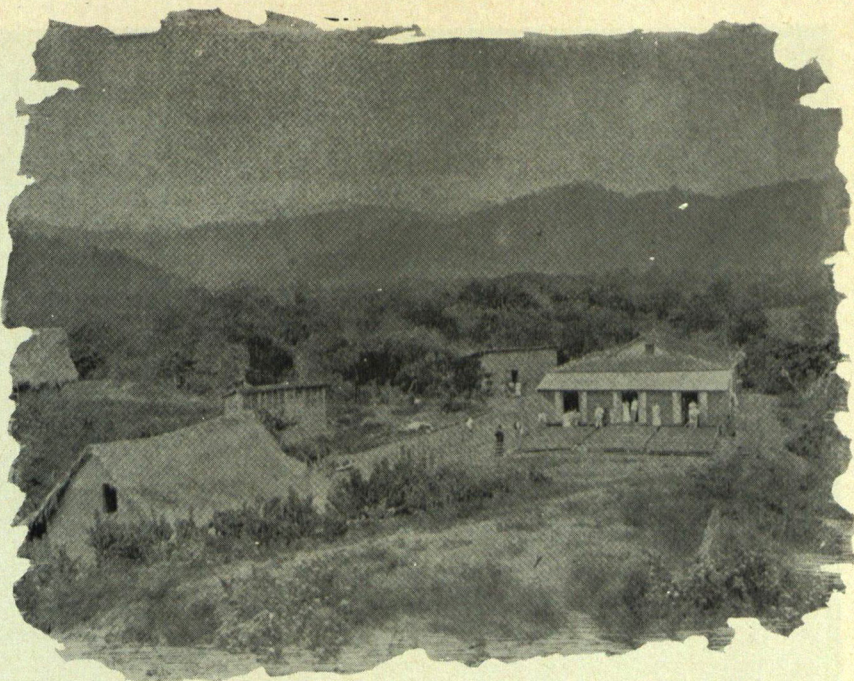
—¡Pobrecillas, hermosuras de un día, frágiles hijas de los amores casuales del sol y la tierra! ¡Pena me dáis: os creéis eternas como el amor mismo, sin pensar en la helada traidora que caerá sobre vosotras cualquier noche! ¡Flor del almendro: flor de la imprevisión debieran decirte! ¡Al primer rayo de sol, ya todo enero os parece primavera invariable!

Con un gesto Vicente hizo callar á Julio. Apartado unos pasos, Andrés, que lo escuchaba ansiosamente, con estupor, como quien oye algo nuevo, inesperado, mostraba un cambio brusco en su semblante. Su mirada, antes alegre, habíase hecho triste, errabunda, y encogía el cuerpo como si de repente se hubiera trocado el calor de aquella mañana meridional en el frío de un crepúsculo del Norte, y cual si la vida, que antes sentía henchirle el pecho, se le escapase á borbotones por todos los poros. Adivinábase que para el desgraciado Andrés habíán dejado de existir de pronto el cielo azul, el sol esplendoroso, el mar recamado de oro y plata: fundíase todo en el gris tristón de sus renovadas visiones de muerte.

—Vaya, vaya, dijo Julio cogiendo de un brazo al amigo, sigamos un poco bajo este toldo de flores, gozando de su aroma.....

Andrés se dejó arrastrar; pero á sus ojos ya no brillaba el campo con los colores triunfales de la primavera inesperada, ni su piel sentía el calor que invadía la llanura como un vaho de regeneración. La idea de lo contingente de aquel alarde le dominaba; y en su imaginación veía ya volar deshojadas, en blanco torbellino á impulso del viento helado de la sierra, las flores del almendro, y que la muerte volvía á llamarle con golpes de tos redobladlos, impacientes.....

RAFAEL ALTAMIRA.



IRAPA: HACIENDA DE CACAO "EL ALTO" (propiedad de los señores Felce)—De fotografía de Avril



COMIDA DE CAMPO - HACIENDA "EL ALTO" - IRAPA - De fotografía de Avril

aquella alma, cuasi marchita, alentaba débilmente al soplo fecundo de sus mejores tiempos. Veía, en ensueños, á la mujer amada, ya perdida para él; la contemplaba triste, reclinada de codos sobre el lecho, húmedas las pupilas; ella, sabedora de sus desgracias, le compadecía.

En la vaporosa nube de sus ilusiones se destacaba radiante de belleza, alegre, voluptuosa, la opulenta cabellera recogida con el áureo rascador descubría el terso alabastro de su espalda; de su coralina boca brotaba la frase alentadora

orbes iba entonces á dar! Medía su desgracia, meditaba lo deplorable de una vida tan triste y sobre la onda oscura de otras ideas reaparecía la realidad siniestra, aterradora.

¿Dejar la vida? Muchas veces había pensado en ello; pero el inefable abismo de la nada le infundía tal terror que, resueltamente primero seguiría doblegando la frente al peso de todas las desgracias antes de empuñar el arma suicida. Toma el alma tanto cuidado por su cárcel material que aun sintiendo ésta las más crueles torturas siempre prefiere distraer el dolor por medio de la esperanza..... Basta al alma obligarla á pensar en su destino para rendirla miserable.

En vano comparaba lo triste de una existencia de penas continuas y de sinsabores sin cuento con la paz eterna del espíritu, con lo perdurable del no sér.

¡Y saber que basta un solo instante de valor para salir del fangal de la vida! Pero, allí, en su interior existía un algo que le hablaba más enfáticamente y le decía "¡vive!" y por eso vivía. Es tan duro dejar la vida á los treinta años. La esperanza, ese ángel rubio—guardián de la existencia—revolea en torno de nuestros ensueños y nos señala



El Calavera

(POR J. M. GALINDEZ)

Tirado sobre las baldosas, hambriento, sintiendo hincar en el alma el astil de la decepción, aquella noche, como otras muchas, trataba de conciliar el sueño para dar tregua á su desgracia inmensa.

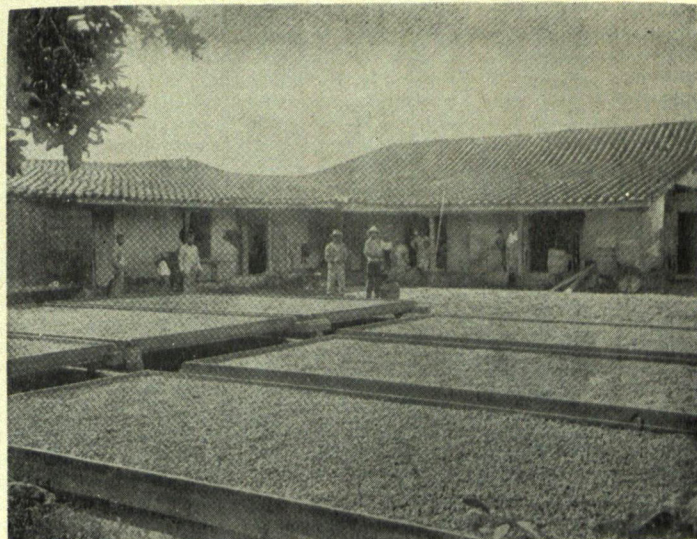
En su mente se precipitaban los pensamientos; unos tristes como su corazón, otros quiméricos como sus esperanzas. De cuando en cuando la realidad se allegaba severa, terrible; y temblaba á la gélida ráfaga del desaliento.....

Sin embargo aquella ardorosa sien, pegada á las frías baldosas, soñaba aún; aquel labio reseco dibujaba vagamente una sonrisa; y

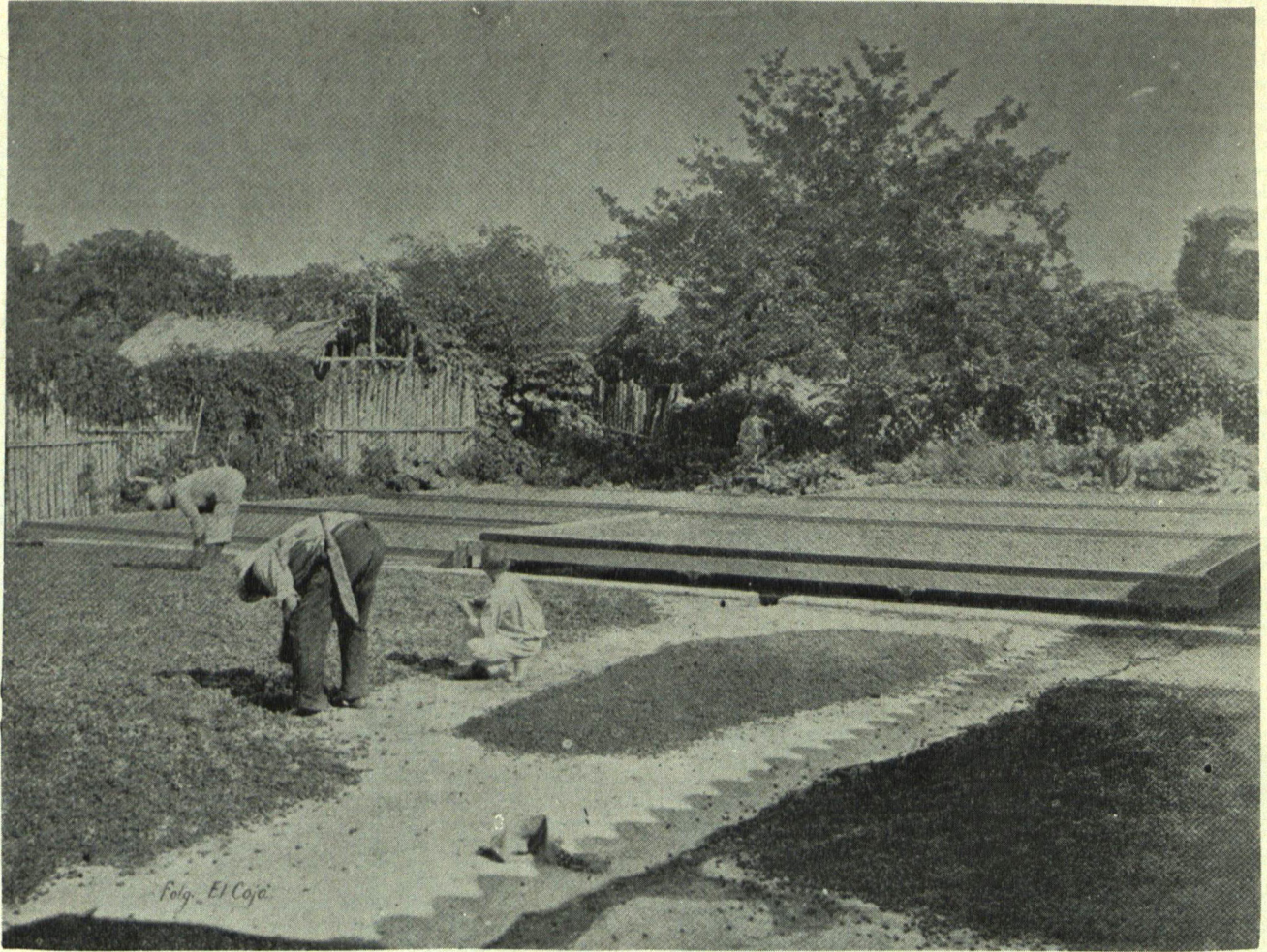
del amor; después la soñaba en el baile rodeando su talle gentil, entre el murmullo de la entusiasta multitud..... pero al ruido de los transeúntes despertaba; abría los ojos y contemplaba tristemente la luna, aquella pálida luna que caía de lleno sobre su rostro.....

Pensamientos, ilusiones se iban, como bandadas de cisnes, sin dejar en el cielo de su mente una débil huella de su inmaculada blancura; aleaban desvaneciéndose en las eternas sombras.

Y á cuán distintos



IRAPA-HACIENDA "EL ALTO"—PATIOS DE SECAR EL CACAO—De fotografía de Avril



HACIENDA "EL ALTO" — IRAPA: Patios de secar cacao. — (Fotografía de Avril)

con su dedo de luz un foco irradiador, "allá irás" nos canta sonreído y por eso esperamos.

Pensaba seriamente en el suicidio. Inventarió mentalmente los días vividos, recorrió las horas placenteras y los años de dolor, meditó sobre el pasado, sobre el presente y lo porvenir; todo fue á una balanza, y la balanza se inclinó á la vida.....

Había gozado cuando niño de las primicias de la fortuna, cruzó la adolescencia entre el lujo y las comodidades y huérfano á los veinte años gozó la pingüe herencia de sus padres. Tuvo amigos y amantes que le endulzaron su juventud de flores... ¡Y pensar que aquel esplendor se había ido para siempre; que en cinco años de disipación había perdido todo; y que hoy sin un céntimo, se encontraba tan triste y tan solo! Cuando el derroche le condujo al desengaño comenzó á sentir el frío de la orfandad y las mordeduras de la indigencia. Su carácter, siempre altivo y su dignidad, le hacían más dura la vida. ¡Cuánta pena al recordar sus flamantes trajes y verse hoy harapos! Cuando tuvo hambre la primera vez sintió la necesidad de pedir ¡horrible necesidad! pero una voz poderosa le gritaba "no pidas que eso es bajo" y prefirió padecer. ¡Humillarse, eso nunca! Pero más tarde su honor tuvo que sucumbir y pidió. ¡Si la queja trae descrédito, cuánto no envilece el pedir! Paso á paso, luchando contra sus naturales impulsos de nobleza y de decoro, descendió.... Y no se crea que el desdichado no hizo esfuerzos por ganarse la vida por medios honorables; muchas veces fue al comercio á exigir empleo, buscó el pan en el trabajo burdo del obrero y fatigó, en fin, todos los medios. Aquellas manos no estaban educadas para el producto abastecedor y el

comercio cerraba sus puertas al libertino. El mozo que había dilapidado el legado de sus padres entre el vino y el amor no inspiraba confianza á los honrados y severísimos especuladores. ¡Quién cree en el arrepentimiento?

Del enjambre de sus ideas surgían nuevas quimeras, resoluciones nuevas, cálculos de vida, propósitos..... de pronto sus ojos brillaron; tendió la vista hacia el inmenso azul profundo del espacio; la luna continuaba enviando su pálida lumbre y un grupo de nubes parecía juguetear cerca del luminoso disco; y más allá, á lo lejos un nublado de orlas fosforescentes, como la pupila de los buhos, ascendía en alas de las brisas nocturnas. Así estuvo por largo tiempo: la mirada fija en el lato piélagos taraceado de ojillos brilladores.

Al día siguiente cuando el sol descogía, entre las brumas del oriente su enorme flor de oro y se teñían los encajes del cielo de ópalo y de carmín, abandonó el lecho duro; vagó por las calles de la aún soñolienta ciudad... Y en hora oportuna entró en una casa de lujosa apariencia.

Entre sus antiguas relaciones contaba con la de un hombre ya entrado en años, rico, fastuoso; pero de tan odiado nombre que el vulgo le denigraba y la sociedad le tenía ojeriza, y, aunque le agasajaban, botones adentro le temían por sus grandes influencias políticas y por su poderosa riqueza. Este hombre le había ayudado más de una vez y ofreciéndole su ilimitada protección. Escrúpulos de nobleza y de honradez le habían impedido aceptarla ostensiblemente; pero en la noche anterior habría resuelto romper con todo: darse todo á él, humillarse, venderse si posible para reconquistar su perdida comodidad ¡A cuán terribles extremos conduce el desprecio

de la veleidosa sociedad! Cinco años de sufrimientos le habían herido en el alma. El mundo le rechazaba ¡á qué temer al enemigo?

El magnate le recibió cariñosamente y desde aquel día tuvo pan, casa y dinero.

Pasó mucho tiempo, durante el cual no desperdió oportunidad de adular á su protector, escudriñó sus gustos, le complacía en sus más mínimos caprichos..... ganados al fin su cariño y su confianza fue el valido, después el confidente, más tarde el gestor de sus dolosas especulaciones.

Cuando se vio rico volvió á ser acatado por lo sociedad, reaparecieron sus amigos, sus amantes..... fue un hombre honorable en fin; pero siempre recordaba con tristeza las noches que, tirado sobre las baldosas, contemplaba el luminoso disco de la luna, y una irónica sonrisa crispaba sus labios y por su mente cruzaba toda una triste historia.

Sueño delicioso

(POR JOSÉ R. LÓPEZ)

Sofí contigo anoche, amada mía, un sueño delicioso.

Yo estaba arrodillado, junto á tu blanco lecho, y tú yacías en él, arropada en lienzos más blancos aún, hermosa y pálida como recién cortado lirio. Tenías adelgazadas las facciones, pero serenas, dulces, con expresión de beatitud angélica; suelta á lo largo del busto la retinta cabellera, en que hacía cambiantes la luz mortecina de los cirios, y ceñida la frente con una corona de azahares.

Estaba contemplándote, mudo por el dolor infinito que me desgarraba el alma, secos los



ARTICULO 176: " LA MUJER DEBE CONTRIBUIR A LA MANUTENCION DEL MARIDO "

ojos hasta que Dios se apiadó de mí y pude romper á llorar como un niño.

¡Habías muerto pura, amada mía. Habías muerto antes de tu pecado, y vírgenes vestidas de blanco podrían llevar las albas cintas de tu fétetro de doncella!

¡Qué sueño tan delicioso el que soñé contigo anoche, amada mía; ése en que podía llorarte sin ocultar mis lágrimas al mundo!.....

1897.

Tus ojeras

MELOFRASIS

(POR JOSÉ R. LÓPEZ)

A Josefita Cestero.

Dime, hermosa pálida, el secreto de la tristeza ideal de tus miradas. Cuéntame las ocultas penas que pusieron cortinaje de sombras á tus párpados.

¿Acaso el ángel de tu guarda alguna noche, en un raptó de inspiración, de gran poeta, mojando el pincel en lágrimas de vírgenes, dió ese toque magistral á tu hermosura?

¿O fue acaso ignorado dolor que sombriaba huella, como eterna memoria de su paso, en noche de cruel inquietud y de desvelo, al redor imprimió de tus radiantes ojos?

Pero, merced del ángel ó dolor oculto, noche de plenilunio evocan tus ojeras; noche en que la luz se derrama sobre sombras como irradia de tus pupilas enlutadas.

Monedas de tu caudal

EN EL ÁLBUM DE LA DISTINGUIDA ESCRITORA AMERICANA, SEÑORITA CARMEN BRIGÉ

POR FRANCISCO DE P. REYES

Oro de quilates máximos, con el cual deidades indefinibles tachonan de nombres los templos ilustres de la celebridad, ese dios de las voluntades humanas, el oro, ahí está, dócil á tus plantas, sirviendo ahora de pedestal á la Diva esclarecida de Occidente.

La egregia Diana del Parnaso continental, ¡eres tú, Carmen! corona la hermosa base, con todos los éxitos del arte.

Sólo así, aureoleando los méritos sobre la magnificencia material, forman el pedestal y la estatua la unidad redentora de la gloria.

Cuando grata mensajera, la fama, llamara un día á tu corazón entreabierto, dejó en él, de tu gloria presente, el germen inmortal.

Ella, tu gloria, irá desarrollando sus alcances, en la misma relación que las lucubraciones del arte descubren con los minutos del tiempo y en los puntos del espacio, nuevos y nuevos horizontes, de extracción celeste, que al prodigio divinizan.

“*La Aurora y la Noche*,” confirmando mi aserto, harían las galas de cualquier cuadrante en el cielo sin nubes de la Poesía Universal.

Al redor de tu nombre hay siempre fiesta de armonías, que vivirán perennes en las estrofas ó el pentagrama, como el atractivo de las mariposas y colibríes en el nectario de la flor.

Es que en tus notas cantantes resuenan primores de belleza, pero bellezas ideales, de aquellas que, en los dominios de la estética, á cada aurora parecen renovar su frescura.

En los estrados de Venezuela repercutió como himno público tu marcha triunfal, agustada por merecida.

Ovación justísima, á tus relieves eminentes.

En la legión magnífica de lirás ilustres que resuenan en el extenso Ateneo de nuestra América, tu verbo alado, en artístico ascenso, realza con nuevos encantos las maravillas de la verdad, desde la alburá ó diadema virginal que corona nuestros bosques, hasta los rebramidos del Tequendama colosal, rico de tan majestuosa perennidad, que hace acatar, inmensamente más el Gran Poder del Creador.

El tinte rafaélico de tus coloridos involuables, determina que empapas tus pinceles de seda en las combinaciones de la aurora boreal ó en las immaculadas hermosuras que en sus flámulas reflejan los volcanes.

Si todo te corresponde por derecho propio ¿qué ofrenda puedo depositar en este santuario de la idea?

Ofreciendo algo mío, acaso me tacharían de irreverente; ocurro pues á tus sobrantes cuantiosos, y cambio, muy en silencio, el sitio de las ofrendas, que sin duda tienen el timbre altísimo de ser “*Monedas de tu propio caudal*.”

El último cigarro

(POR HUMBERTO PARODI)

Hombre, me dijo el enfermo, ya me parecía que no venías. Y, sin embargo, no hubiese querido irme al otro mundo sin verte, agregé en medio de una de esas careajadas francas que le habían hecho célebre en el colegio, pero que en aquellas circunstancias me sonó á triste música de lágrimas.

—Tú tienes la culpa, le respondí, me has hecho buscarte desde anteayer por no haberme indicado tu domicilio.

—¿Domicilio? ¿Acaso lo he tenido alguna vez?

El domicilio, dice el código, consiste en la residencia acompañada del ánimo de permanecer en ella. Y ¿cómo querías que tuviese ánimo de permanecer si no tenía plata con qué pagar la pensión?

—Pero.....

—No hay pero que valga, amigo mío.

Eso del domicilio es mucho lujo para un estudiante de medicina y profesor de humanidades. Máxime, cuando te escribí era fin de mes, y no estaba seguro de si sería la muerte ó la patrona la primera en venir á desahuciarne.

Guardé silencio. Un mundo de recuerdos, agolpados súbitamente á mi memoria, no me dejaba tiempo para hablar.

Diez años atrás. Eramos muchachos en aquel entonces y cursábamos preparatorio en el colegio de una de las principales ciudades del norte.

Chipé—era el sobrenombre que le teníamos puesto á este mi amigo—habíase incorporado uno de los últimos entre los internos. Salido desde el fondo de la provincia, de un mineral de segundo orden en aquella época, era muy alto, bien desarrollado y sus espaldas fornidas parecían labradas á golpes de hacha. Sus manos, unas manazas de esas que donde se posan no dejan pasto, y un mechón de pelo en toda la coronilla, refractario á todo lo que es peine, nos llamaron muy principalmente la atención. Sobre todo, el mechón, un haz de pelos erizados y revueltos al fin del occipucio, que no dejó gresca estudiantil en que no anduviese metido. A los dos meses de colegio ya gozaba de tanta popularidad como el penacho de Enrique IV. Algo notable.

Y—¡lo que son las cosas!—con ser de naturaleza tan inestable sirvió de base á una amistad duradera y eterna. Una vez que andaba barriendo lastimosamente el suelo, á raíz de un cuadrillazo dado á su dueño, hubo yo de acudir en su socorro y de sacarlo libre de mayores deterioros. Desde entonces, Chipé y yo fuimos amigos inseparables, Aristodemo y Aristogiton.

Amistad que, nacida en mí á impulsos de lástima pasajera, fue robusteciéndose día á día, hasta hacerse indispensable cuando llegué á conocer las intimidades exquisitas de la constitución anímica de mi buen amigo. Su alma modesta ocultaba rasgos de rara delicadeza, rasgos que para el vulgo no pasaban

de nimiedades baladfes, pero que en realidad eran refinamientos artísticos de un temperamento sencillamente bondadoso.

No obstante la fácil excitabilidad de su carácter, era un buen muchacho, simpático, lleno de vida, generoso y de una inteligencia harto despejada. Asimilábase fácilmente las humanidades más abstrusas. En el caos inmenso del programa ortodoxo fue el primero que dudó. Por lo demás, rara vez obtuvo un premio en su curso.

Con él me tocó dar los primeros pasos en la escabrosa senda del saber, desde la suma más sumaria hasta los horripilantes logaritmos y desde el arte de barajar enclíticos hasta la síntesis del Código de Manú.

El *quocumque fuit populabile*, de Ovidio, fue el último estudio que hicimos juntos, al terminar las humanidades. Hecha esa traducción, nos separamos, yo á contar billetes en el mesón de un Banco y él á cursar estudios superiores en Santiago.

Cuatro años habíamos dejado pasar sin veros, y habrían pasado quien sabe cuántos, si no hubiera sido por la cartita multada del pobre Chipé. “Me voy al otro mundo, ven á hacerme cargo de mis maletas,” me decía en ella, riendo hasta el último momento.

Luégo que estuve á su lado, contéme en pocas palabras la historia de estos cuatro años de vida.

La carta en que participaba á su padre la noticia del bachillerato se cruzó en el camino con la que le traía la de la muerte de éste y, por consiguiente, la pérdida de su esperanza de ser legitimado y de la mísera pensión con que contaba para vivir.

No se acobardó, sin embargo, y siguió estudiando. Dictaba la clase de humanidades y asistía á las de medicina.

Esta ciencia dió el golpe de gracia á los restos miserables de su pobre idealismo; el mármol del anfiteatro sirvió de lápida mortuoria á su última ilusión. Al hundir el escalpo en la carne embrutecida por la muerte, sentía como que en un lento suicidio se desgarraba á sí mismo y el estallido de los huesos aserrados y el murmullo de los cartílagos hechos pedazos y el cavernoso glo-glo de las arterias que se vacían, parecían los estertores de su propia agonía.

De esta lucha trabada entre su razón y su pequeño bagaje de fe estudiantil no salvó una sola creencia. Después de refugiarse sucesivamente en todas las teogonías conocidas ya no creyó ni en las encarnaciones de Brahma, ni en el simbolismo de Osiris, ni en las heroicidades de Odin, ni en Moisés, ni en Jesús, ni en Mahoma. Al pasar de las tinieblas del misterio á la luz de la razón no supo resistir y se dejó cegar. Eso fue todo.

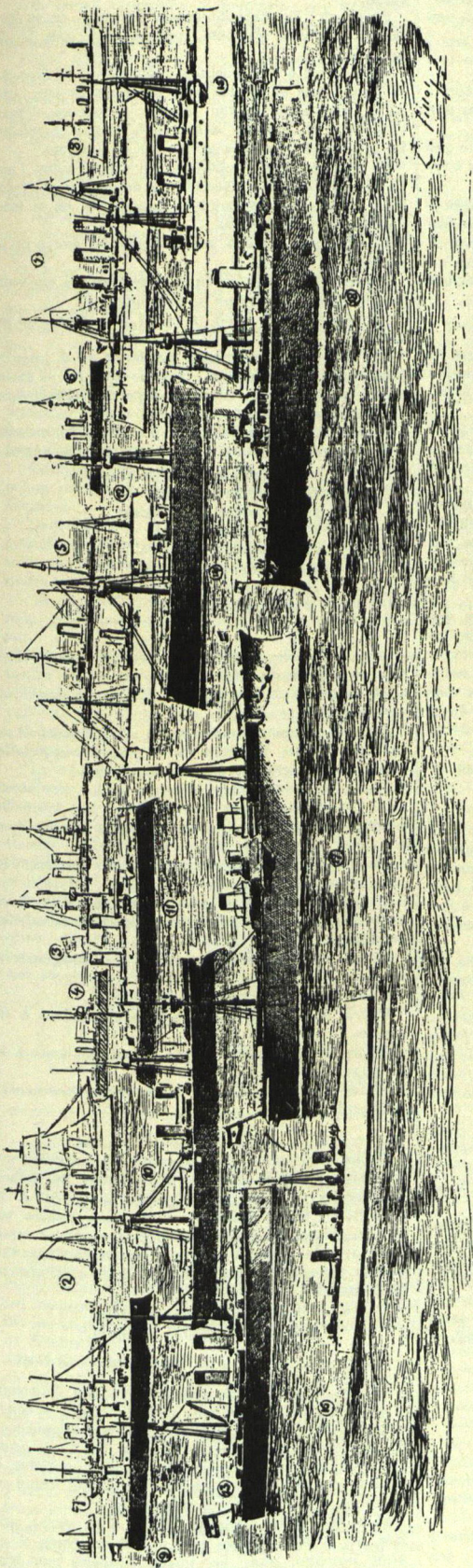
Se refugió en el amor. Una muchacha millonaria en donosura, con su boquita de pinal y sus ojazos de un verde entre cielo y mar, constituyó su única felicidad durante seis meses. Eran vecinos y todo ese tiempo lo pasaron juntos derrochando felicidad, á manos llenas, hasta un día en que ella se fue para no volver. La víspera, que también lo era de año nuevo, no hubo plata con que comprarla un sombrero. Chipé había creído encontrarse con Madame Bovary, cuando sólo se trataba de Manón Lescaut.

Este último golpe comprometió seriamente su salud, ya bastante maltratada por las privaciones. La falta de medicinas y de cuidados completó la acción de la fiebre.

—Amigo, me dijo al llegar á esta altura de su relato, más que del cuerpo, sufro horriblemente del alma; he perdido la voluntad de vivir y creo que esto terminará pronto. *Chi non spera muore*, dice Stechetti.

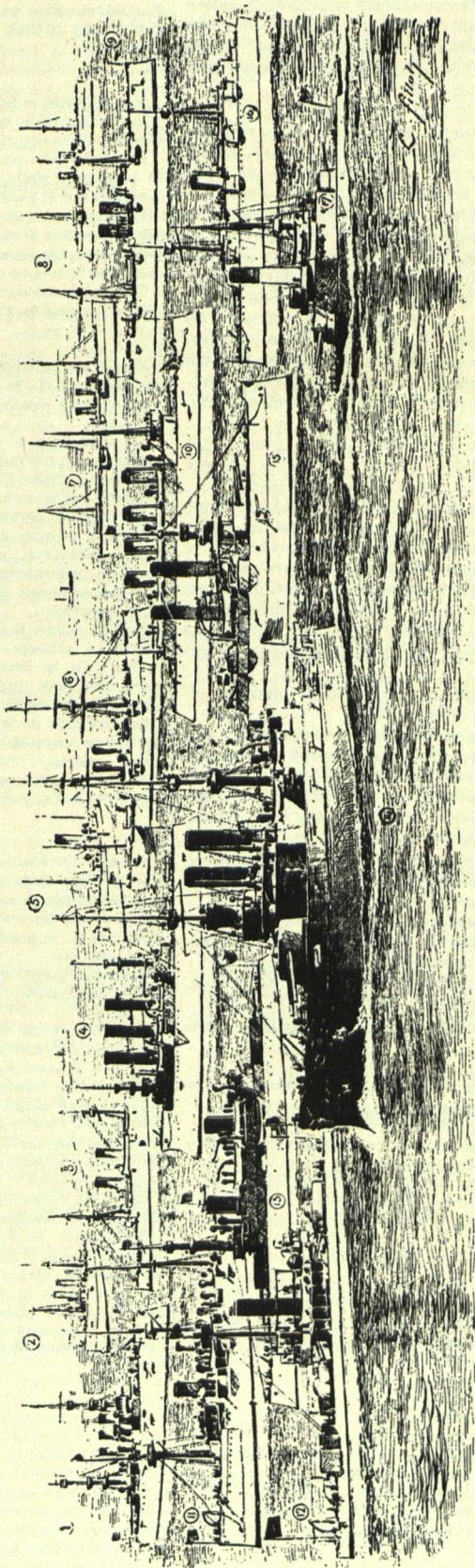
Su mirada ingenua recorrió la pieza de alto á bajo como en un doloroso inventario de lo poco que allí había. Sus labios se entreabrían para dar paso á una leve sonrisa despreciativa.

Yo no encontraba palabras de consuelo que



ARMADA ESPAÑOLA

- 1 "Destructor," cañonera torpedero.—2 "Infanta Isabel," crucero de segunda clase.—3 "Cardenal Cisneros," acorazado de segunda clase.—4 "María de Molina," cañonera torpedero.
- 5 "Isla de Cuba," crucero protegido de segunda clase.—6 "Alfonso XIII," crucero de primera clase.—7 "Emperador Carlos V," crucero de primera clase.—8 "Reina Mercedes," crucero.
- 9 "Lepanto," crucero de primera clase.—10 "Victoria," acorazado de segunda clase.—11 "Almirante Oquendo," acorazado de segunda clase.—12 "Isla de Luçón," crucero de primera clase.
- 13 "Vizcaya," acorazado de segunda clase.—14 "Numancia," acorazado de segunda clase.—15 "Princesa de Asturias," acorazado de segunda clase.—16 "Furor," torpedero de alta mar.
- 17 "Pelayo," acorazado de primer rango.—18 "Cristóbal Colon," crucero de primer rango.



ARMADA AMERICANA

- 1 "New-York," crucero acorazado.—2 "Marblehead," crucero.—3 "Boston," crucero protegido.—4 "Brooklyn," crucero acorazado.—5 "Vesuvius," dinamitero.—7 "San Francisco," crucero protegido.
- 8 "Cincinnati," crucero protegido.—9 "Baltimore," crucero protegido.—10 "Columbia," crucero protegido.—11 "Philadelphia," crucero protegido.—12 "Miantonomoh," crucero acorazado.
- 13 "Indiana," acorazado de primera clase.—14 "Alabama," acorazado de segunda clase.—15 "Iowa," acorazado de primera clase.—16 "Baltimore," crucero protegido.—17 "Montreux," guardia costas.

prodigarle; nunca he podido mentir por caridad. Callábamos sumidos en un profundo silencio.

De repente, un vivo relámpago de ira anuló la apacibilidad de su mirar despreocupado.

Miré á todas partes en demanda de la causa de semejante cambio sin encontrarla ostensiblemente. Nada de nuevo á nuestro alrededor. Sólo las notas enérgicas de una banda militar, de regreso á su cuartel, llegaban ahora hasta nosotros.

—¡Oh, esa música, esa música! ¡no te imaginas el mal que me hace! Sus notas potentísimas, diluidas en raudales de infinita armonía, vierten en mis oídos palabras de vida que no quiero escuchar, me incitan á vivir, á recorrer el mundo todo entero, á gozar el amor de mil mujeres, á ceñir los laureles de la gloria, á hartarme de sol, á surcar el océano, á luchar por la patria y á sumirme para siempre en el nirvana de los predestinados. Esa es la vida que te espera, mienten á mi oído esos acordes malditos, en vez de la muerte de ahora en este cuartucho miserable, cuyas horribles paredes serán el sarcófago prematuro de tus pobres veinticinco años de vida. Lázaro, levántate que la vida es bella.....

—Por favor, no hables así, le interrumpí. La fiebre te hace delirar. Mañana volveré temprano con el médico y te sanaremos.

—Hasta mañana, me dijo, alargándome una mano inerte; y luégo, mientras se enderezaba para tomar un cigarro del velador:

—Tráeme cigarros, querido. Hoy por hoy es el único aliciente que para mí tiene la vida. He llegado á ser un fumador incorregible y moriré el día que no tenga qué fumar. Las últimas espirales de humo se llevarán mi alma.

Como le había prometido, á la mañana siguiente volví con el médico.

Al abrir ansiosamente la puerta salió por ella una columna de humo y entró una ancha faja de luz que, reflejándose sobre los abiertos ojos del enfermo, nos devolvió una mirada vaga, inconsciente, más ingenua que nunca.

Nos precipitamos al borde de la cama y comenzamos á tomar el pulso. La muerte parecía haber desalojado para siempre á la vida en aquellas manos frías y rígidas.

Un triste presentimiento asaltó entonces mi memoria y abrí el cajón donde el enfermo guardaba los cigarros. No había ninguno.

—Lo ha matado un violento ataque de *angina pectoris*, exclamó el médico.

—Se ha fumado el último cigarro, murmuré yo.

instante este cambio se imprime en su fisonomía, y un observador lo notará infaliblemente.

Una mujer es esposa fiel, pues la fidelidad se refleja en su fisonomía, y todo el mundo instintivamente la respeta.

Cambia de conducta, y al instante se nota también el cambio en su fisonomía, y todo el mundo lo conoce; pues para ello hay una prespicacia increíble. El público pocas veces se equivoca en sus veredictos.

III

Un individuo se halla en buena posición de fortuna; y en su fisonomía conoce cualquiera el bienestar y la abundancia en que vive.

Este individuo cae, se arruina; y no es necesario que lo participe á nadie, porque el público lo sabe, y á veces antes que el mismo interesado.

Lo mismo al que va medrando y progresando se le conoce; y con la circunstancia de que el público distingue con una sagacidad instintiva admirable, si el medro es feicto ó no lo es.

Todo esto sucede especialmente en las poblaciones que no son muy extensas.

IV

Una joven es soltera, se conoce al vuelo que lo es; cácase, y al día siguiente resalta en su fisonomía el cambio de estado, aun para los ojos menos investigadores.

Un ciudadano es conservador, en su fisonomía se conoce que pertenece á tal partido político; cambia de casaca y tórnase liberal, pues al instante se marca el cambio en su fisonomía. Y viceversa.

Distínguese, particularmente, en que los primeros presentan aspecto como de más prudentes, concentrados, reflexivos; los últimos, de más arrojados, expansivos, vehementes. Los unos afectan el reposo de la edad proveya; los otros, los ímpetus generosos de la juventud.

En los países donde existía la esclavitud, se distinguía á primera vista el negro libre del que no lo era. En la fisonomía del primero se revelaba cierta expresión de orgullo, que indicaba el sentimiento de la dignidad personal; expresión que desgraciadamente no podía brillar en el último: en la de éste se marcaba el descontento constante de su triste posición.

En la fisonomía se transparenta si la persona es ciega, sorda, muda, y aun si es de escaso olfato.

V

Se ven un hombre y una mujer que van juntos por la calle. Pues muy poco perspicaz será quien no sepa distinguir si son marido y mujer, padre é hija, hermano y hermana, pretendiente y prometida ó pretendiente y no prometida, ó si son amantes consentidos, etc., etc.

También puede distinguirse si la reunión fue casual y transitoria; ó si salieron juntos para retirarse juntos.

Una observación curiosa. Cuando por el aspecto y diferencia de edad ocurre duda sobre si sean padre é hija, ó si sean esposos, lo más seguro es que son esposos. Mas cuando por el contrario, la duda versa sobre si sean madre é hijo, ó esposos, entonces lo más probable es que son madre é hijo.

Al llegar aquí acaso alguno dirá: y en la duda, ¿qué tratamiento deberá dársele á la mujer? ¿el de señora ó el de señorita?

Dadle sin vacilación el tratamiento de señora, y en todo caso serás indemne.

Considerad. Si es una señora y le decís señorita, le desagradará, y hasta calificará de torpeza, el que no hubiera sabido distinguir su estado y categoría. Y si, á la inversa, es una señorita y la tratáis de señora, lejos de disgustarle, se complacerá de ello, y pensará que su aspecto reposado y serio es lo que os ha inducido á creer que fuese una señora casada.

TIPOS VICIOSOS

VI

Un individuo es sobrio, y la sobriedad se trasluce en su fisonomía; contrae el vicio del licor y antes de mucho lleva el estigma grabado.

Y esto sucede igualmente con todos los vicios y defectos que han tocado en lote á la frágil y pecadora humanidad. Veámoslos en los siguientes tipos:

En los *Jugadores*. Obsérvese cierta seriedad ó gravedad, semejante á la del gato, que se hace típica en sus fisonomías; así como de quien tiene fija la mirada en el naípe, esperando y temiendo al mismo tiempo la decisión de la suerte.

Lo aseaditos que andan siempre, como para agrada y atraer á la fortuna.

Lo finos que son, como cortejantes de una reina ó diosa, que tal es la fortuna.

El hombre que se presenta ordinariamente más aseado y bien puesto de lo que requiere su estado, condición ú oficio, mucho será que no sea un jugador.

Pero ¡ah! La sabia Academia Española, en su *Gramática* (edición de 1888, página 371) dice lo siguiente:

“No aflige á los mortales vicio más pernicioso que el juego: por él, gentes muy acomodadas han venido á parar en la mayor miseria, y aun en el patíbulo; por él, además del caudal, pierde el hombre la vergüenza y hasta la estimación de sí propio.”

La disposición ó propensión al juego indica, por lo regular, cierta perversión de ánimo; y observándose, se encontrará también manifiesta en el individuo en otros respectos.

En el fondo de todo jugador hay un amigo de lo ajeno.

Textos. “El juego es un vicio degradante, que enerva el espíritu y corrompe las costumbres.”

“El juego es un robo, y en él sólo ganan los tahures.”

“Si sois bellos y jóvenes, perderéis en el juego la juventud y la hermosura; porque los ojos se desecan, los músculos se contraen, y perdido el color, quedaréis marcados con el estigma del vicio.”

“¡Oh! no juguéis jóvenes. El juego lo mancha todo, lo prostituye todo.” (DE LAS CASAS DE ALBERICA.)

“Ni es fácil, como se piensa,

El jugar mucho dinero

Que conserve la honradez;

Pues de ganar el deseo

Día y noche le atormenta

Como un activo veneno:

Por ser el loco comienza

Y acaba por ser fullero.”

VII

En los *Bebedores*. El abotagamiento que produce en ellos el abuso de los licores.

Al contrario del jugador, el bebedor es descuidado en su porte y aseo.

Y ¡una circunstancia dolorosa! Con frecuencia son víctimas de este horrible vicio, personas apreciables dotadas de prendas morales é intelectuales.

¡Ah! Y cuántos hay que son ebrios por atavismo. Los infelices que han recibido tan triste herencia, son más dignos de compasión que de oprobio.

Mas la embriaguez destruye todas las virtudes, ó las menoscaba, cuando menos.

Si el hombre era honrado, si valiente, si generoso, si prudente; ya no le deja sino rastros de estas bellas cualidades.

Si era un hombre inteligente, su inteligencia se embota.

Si era buen padre, descuida á sus hijos.

Si era buen hijo, desatiende y desobedece á sus padres.

Si era buen esposo, olvida y aun maltrata á su cónyuge.

¡Tales y tan grandes son las funestas consecuencias de la embriaguez!

VIII

En los *Avarientos*. La expresión de inquietud que se marca en todo su sér, proveniente del anhelo de adquirir; y más aún, del temor de perder lo ya adquirido. Viven constantemente aterrorizados por la idea de verse arruinados, pues uno de los caracteres prominentes del avaro, es una desconfianza exagerada y hasta ridícula respecto á las contingencias de la suerte.

“No hallaréis un avariento
Que esté tranquilo y contento.”

(MARTÍNEZ DE LA ROSA.)

En los *Ladrones*. Se patentiza en sus fisonomías la sospecha de que todo el mundo sepa, ó le conozca en la cara, que lo que posee es mal adquirido; y de que cuando pasa por delante de dos ó más personas reunidas, aunque sean sus propios coñades, lo señalen con el dedo y queden hablando sobre sus fechorías, como sucede con frecuencia.

El amigo de lo ajeno se delata á sí propio, además, en la desconfianza que manifiesta hacia el género humano, pues no puede concebir que haya hombres honrados en el mundo. El que admite esta idea no es un ladrón perfecto, y esto es ya un indicio de que sea posible la enmienda; más el otro, es caso perdido.

Este tipo se distingue también, en que afecta amor entrañable al inocente que se deja explotar; tanto cuanto aborrecimiento al que le opone resistencia.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

LA FISONOMIA

INTRODUCCION

I

Todo se refleja en la fisonomía tanto del hombre como de la mujer.

Todas las cualidades, buenas y malas, desde las más grandes hasta las más ténues é insignificantes.

Todos los vicios y virtudes.

Todos los estados y condiciones.

El estado sano ó enfermizo.

El sexo y la edad de la persona.

La nacionalidad á que pertenece.

Hasta los pensamientos, sin exceptuar ni aquellos que pasan rápidamente como un rayo, pues aun estos dejan por algún tiempo su huella grabada.

La dificultad está en saber leer en ese libro, y poder interpretar con fidelidad lo que dice.

II

Un hombre que vive en reunión de otros que son honrados, y que llevados de la autoridad y del ejemplo de éstos, procede también honradamente; el buen proceder se marca en los rasgos de su fisonomía.

Este hombre cambia de reunión, vive con otros que no son honrados, y cambia él de conducta; pues al

IX

Los Mentirosos. Dice el adagio: "Más presto se coge al mentiroso que al cojo." Y esto, "por la facilidad con que se descubre la mentira en el que tiene costumbre de decirla, por las inconsecuencias en que es fácil que incurra." De ahí el dicho: "El mentir quiere memoria."

A la verdad acompaña la memoria, que siempre la confirma; más á la mentira falta la memoria, y por eso siempre se descubre.

Existe, además, cierta modulación especial característica de la mentira. Difícil es decirla sin que la depresión en que cae la voz; ó el esfuerzo que se hace, á la inversa, para no deprimirla, no lo indique al observador atento.

Los mentirosos se delatan también ellos mismos, por la adversión instintiva que manifiestan hacia los hombres veraces.

"Los que aborrecen la verdad (dice el Telémaco), aborrecen también á los que tienen valor para decirla.

Y lo más curioso y digno de reparo es que, la mayor parte de las mentiras que dicen los hombres, son sin necesidad ni provecho alguno; y con frecuencia llegan hasta ser perjudiciales al mismo que las dice.

X

Los Hipócritas. Siempre se reflejará la falacia del hipócrita en las líneas de su siniestra fisonomía, y como típicamente lo pinta el adagio, en su *cara de beato y uñas de gato*.

"Ocultése como quiera la hipocresía, que siempre se dará á conocer con dichos y acciones involuntarias."

"Generalmente se conoce el hipócrita en la exageración de las virtudes que finge. Nadie más severo sobre los principios de probidad, que el bribón que quiere parecer hombre honrado.

"El hipócrita tarde ó temprano es desenmascarado, y entonces es víctima de sus propias hipocresías."

Hipócritas hay tan ventajosos, que ya no sólo pretenden engañar al mundo; sino hasta Dios.

"La hipocresía es un homenaje que, involuntariamente rinde el vicio á la virtud."

La hipocresía es aun más detestable que el cinismo y la impudencia.

"La hipocresía consiste en ocultar los vicios que se tienen, para mostrar virtudes de que se carece."

Empero cierto escritor anónimo presenta esta distinción: "No es hipocresía ocultar los vicios, sino simular virtudes. Lo primero es cordura, lo segundo infamia."

Antítesis del hipócrita es el hombre ingenuo y sincero. Los rasgos fisonómicos de éste son muy especiales: Severo cuanto apacible y sereno, impone respeto ó inspira confianza, en todo sentido, hasta á los más suspicaces, maliciosos y desconfiados.

"Tal debe el hombre ser
como quiere parecer."

(Pensamiento de SóCRATES).

B. RIVODÓ.



Inconvenientes del ronquido

¿Podrán los ronquidos de una joven ser causa de incomodidades y por consiguiente de insalubridad para sus vecinos? Tal es el asunto que tuvo que dilucidar no ha mucho el magistrado de la corte de policía de Westminster.

Presentóse cierta noche una muchacha llamada Juana Ship buscando alojamiento en un hotel de Queen's Gate, propiedad del señor Gaskell. La joven, que era una sirvienta sin colocación por el momento, estaba bien vestida; y tenía aspecto respetable, por lo que no hubo ninguna dificultad en admitirla. Pagó una semana anticipada, gastó algún dinero en la cena y subió á su cuarto para dormir, pero apenas había transcurrido media hora cuando el posadero, aterrizado, oyó en su establecimiento un ruido violento y continuo que sólo podía compararse con el que produce un tren de mercancías pasando por un viaducto. Toda la casa estaba sobresaltada; los huéspedes salieron como locos, á medio vestir, pidiendo auxilio, mientras los que pudieron conservar la presencia de ánimo se apresuraban á irse, llevándose su equipaje. Al fijarse un poco reconoció el posadero que el tumulto aterrador partía del cuarto ocupado por Juana

Ship y se atrevió á tocar á la puerta. De pronto cesó el ruido. Despierta ya la joven, confesó su enfermedad y la deploró bañada en lágrimas. "Nunca he podido, dijo, vivir en un mismo lugar más de ocho días."

La excitaron á que buscara inmediatamente otro alojamiento; pero la señorita Ship, que ya había pagado su semana anticipada, querfa, y con razón, aprovechar esos ocho días. Gaskell, por su parte, viendo que le iba quedando vacío el hotel, la hizo citar por el tribunal; el juez ordenó al posadero que devolviera á la joven su dinero, y á ésta que fuese á buscar nuevo domicilio. ¿Pero á dónde? La infeliz muchacha parece condenada á llevar una vida errante á menos que la ciencia logre curarla.

Conformidad de un pretendiente

En la Europa civilizada el matrimonio es realmente una operación comercial, pero se la disfraza de algún modo. Los campesinos de los Alpes Cárnicos la ejecutan sin rodeos. Hé aquí una aventura de esta especie sucedida recientemente cerca de Udine.

Un joven llamado Luigi Sesti galanteaba á una muchacha de diez y seis años. Se aceptó el compromiso y sólo faltaba fijar el día de la boda. En esto se presenta un nuevo pretendiente mucho más rico que Sesti y pide á los padres la mano de la hermosa joven. No hallaban qué hacer los padres en vista del compromiso formal que tenían contraído con Sesti; pero la madre, mujer práctica, de espíritu resuelto y fecundo en recursos, mandó llamar á Sesti, y le preguntó qué suma exigía él como indemnización del tiempo que había perdido en cortejar á su hija. Al principio Sesti se negó á aceptar semejante proposición, mas luego reflexionó, que era más fácil encontrar una mujer que una talega, y exigió quinientos francos. La cifra pareció á todos exorbitante, y tras largo y tormentoso debate, se hizo una transacción por la mitad. Hecho ya el trato, Sesti se despidió deseando felicidad á su rival y á su antigua novia, y el matrimonio quedó fijado para el mes de abril.

Término de un árbol histórico

Un huracán acaba de derribar el famoso "tilo de Murat," que desde 1813 fue una de las curiosidades del campo de batalla de Leipzig.

Este árbol, que se elevaba sobre una altura, sirvió de observatorio á Murat en la mañana del 14 de octubre.

La leyenda dice que el mismo Napoleón se colocó sobre aquel tilo para seguir la batalla.

El tilo de Murat era tres veces secular: el tronco tenía 20 metros de altura y 1 metro 50 de diámetro.

La telepatía

Crece cada día el número de los adeptos á la telepatía, los presentimientos, la escritura automática, el discernimiento, el sueño á distancia, las atracciones orgánicas, los actos inconscientes, y á todos los fenómenos y leyes para los cuales muestran desdén la ciencia oficial y los escépticos.

A fin de satisfacer esta fiebre que tiende á lo maravilloso y sobre todo con el propósito de rendir culto al espíritu que acosa las inteligencias en la época actual, acaba de fundarse en París, con un comité respetable: "La sociedad para las investigaciones psicológicas," semejante á la existente en Londres.

El célebre doctor Berillón que organizó en 1889 el congreso de hipnotismo, es el presidente de la nueva sociedad, y secretario general Mr. J. Bois, cuyos estudios retrospectivos y sus conferencias sobre el *Milagro moderno* han llamado tanto la atención de los profanos.

Heine

El poeta que ha conseguido mayor boga entre los compositores es Heine; según los datos publicados, sus poesías se han puesto más de tres mil veces en música por maestros importantes como Rubinstein, Schumann, Mendelssohn, Schubert, Brahms y otros. Su balada *Te asemejas á una flor* puede cantarse de ciento sesenta maneras distintas; otras dos más pueden ejecutarse de diversa suerte en noventa y tres pianos á la vez, y por último, *Loreley*, la poesía más popular del autor de los *Reisebilder*, ha sido motivo de inspiración de treinta y siete músicos. Pocos poetas podrán enorgullecerse de éxito semejante.

Las exposiciones en el extranjero

Uno de los atractivos de la próxima Exposición internacional de Glasgow será la estatua colosal de la reina Victoria hecha de papel endurecido.

Tiene doce pies de altura y pesa 20.000 kilogramos. Su valor es de 200.000 bolívars.

Los tranvías funerarios en Méjico

Gran parte de los ingresos de la compañía de tranvías que explotan la línea de Méjico, provienen del alquiler de tranvías-ataúdes y de carros fúnebres que circulan sobre sus vías. No hay menos de ocho clases: la primera con rico ataúd, cochero y lacayo con librea y seis caballos caparazonados de negro, se alquila en 700 bolívars; la octava, más modesta, arrastrada por un burro, cochero sin librea y vehículo sin ropaje, no cuesta sino 15 bolívars. Los precios de tranvías funerarios varían entre 60 y 20 bolívars. En ciertos puntos hay estaciones, para unir á la línea general de tranvías los carros cuyo punto de partida no se encuentra en una calle atravesada por los rieles. Las partidas están anotadas con gran precisión, para que los servicios funerarios no produzcan ningún retardo en el servicio regular de la explotación. Estos procedimientos, que parecen contrarios á las tradiciones de nuestra antigua civilización, se han introducido hoy de tal modo en las costumbres de los Mejicanos que los ingresos funerarios hechos por la Compañía el año pasado llegaron á 400.000 bolívars.

Las batallas del porvenir

Un especialista austro-húngaro, el capitán Berndt, se ocupa actualmente en un trabajo muy curioso sobre los combates que se preven en las guerras futuras.

En general, para las grandes batallas que habrán de librarse, dice, no debe suponerse la misma duración limitada de las de antaño. Si se consideran las inmensas multitudes que se verán comprometidas en la pelea y el extenso frente que presentarán y en el cual tendrán que desarrollar sus operaciones, hay que admitir que el ataque general, al resolverse en multitud de ataques parciales, determinará una serie de combates capaces de prolongarse días enteros y hasta una quincena ó más.

Así, por ejemplo, el capitán Berndt, para presentarnos elementos de comparación, nos cita la batalla de Leipzig, la pelea más formidable que se conoce, en la cual lucharon 425.000 hombres, durante tres días.

Es, pues, el razonamiento del especialista austro-húngaro, que no hay que pensar en un gran encuentro para resolver rápidamente las dificultades internacionales, las próximas guerras serán lo mismo que sus antecesoras, tal vez más grandiosas, tal vez más gigantescas que las del pasado; pero incapaces de terminar en un instante las diferencias que las hayan suscitado.

Lejos de la civilización

Vivimos en una edad de progreso. Pero hay que creer que las ventajas de este estado de cosas no son experimentadas por todo el mundo, pues no pasa un día sin que sepamos la existencia de algunas personas que se han evadido de la civilización para volver á la barbarie nativa. Ya se ha encontrado en una isla de Formosa, una especie de colonia donde viven unos cien europeos de varias naciones, felices y apacibles, sin gobierno y sin leyes; y existe en los confines del océano Artico, una libre comunidad donde se vive tan contento de su suerte, que uno de los miembros que tiene en Inglaterra una herencia considerable, ni siquiera se ha dignado ir á recogerla. En Holanda había un troglodita que acaba de morir; este hombre salvaje se había establecido en una caverna que había descubierto, y vivía allí hacía más de treinta años.

El habría podido volver á habitar entre los hombres, pero prefirió su cueva en la roca.

Problema resuelto

El problema de la vida barata parece estar definitivamente resuelto. La solución se debe á un flán-tropo americano, ingenioso personaje que ha abierto en New York, en Division Street, una especie de boarding-house, donde los yankees tienen albergue y están alimentados con la pequeñísima suma de cuatro centavos por día.

En el piso bajo se encuentra el restaurant, muy aseado, iluminado por altas ventanas, y con grandes mesas y bancos; y, sobre las paredes, cromolitografías en sus marcos que adornan la pieza. Pueden comer más de sesenta pensionistas juntos. Para el almuerzo, el menú se compone de sopa con una tajada de carne, pan á discreción y café; y para la comida, un pedazo de ternera ó de cochino con carraotas, pan á discreción y leche.

Con un centavo de suplemento, los pensionistas tienen derecho al café del desayuno, y pan.

En el primer piso está el dormitorio, lleno de camas de hierro y de muebles muy sencillos pero cómodos. Durante el invierno, hay dos estufas encendidas en la sala..... Alojamiento, fuego y alimento por cuatro centavos al día!

Los ejércitos del mundo

El *Scientific American* presenta el siguiente cuadro para representar el estado de las fuerzas militares de los diversos países.

	Pie de paz	Pie de guerra
Dinamarca	10.000 hombres	60.000 hombres
Servia	20.000	210.000
Holanda	22.000	—
Portugal	36.000	—
Rumania	47.000	160.000
Bélgica	52.000	167.000
Suecia y Noruega	57.000	430.000
España	80.000	190.000
Suiza	125.000	—
Turquía	180.000	700.000
Gran Bretaña	200.000	660.000
Italia	240.000	3.000.000
Austria	360.000	2.000.000
Francia	570.000	4.380.000
Alemania	580.000	4.500.000
Rusia	896.000	5.000.000

Los ejércitos tienen á sus órdenes en tiempo de paz un total de 550.000 caballos.

En Asia, hay 800.000 hombres bajo las armas, de los cuales se encuentran 270.000 en China, 270.000 en las Indias, 100.000 en el Japón y 25.000 en Persia.

En América, el número de soldados, en tiempo de paz, no pasa de 160.000 hombres. Los principales ejércitos son el de Méjico (40.000 hombres) y el de los Estados Unidos (30.000).

En resumen, para el conjunto de las naciones, el número de soldados regulares, en tiempo de paz, se puede calcular en 4 millones 600.000 hombres, y 700.000 el número de caballos.

El sostenimiento de esta población militar cuesta todos los años 25 mil millones!

Atracción del polo Norte

A las expediciones á los polos, pasadas y futuras hay que agregar dos para el porvenir que tienen por lo menos el mérito de la originalidad.

En una de las últimas sesiones del consejo académico de "John Hopkins University," M. Raydel expuso la idea de una nueva expedición polar..... submarina, por medio de un buque especial. No se ha dicho si él ha calculado la profundidad de la capa de hielo bajo la cual tiene que pasar.

M. J. K. Mulkey, rico ingeniero californiano, pretende hacer el mismo viaje, pero simplemente en ferrocarril, y actualmente está haciendo construir una locomotora destinada á marchar sobre el hielo. Las ruedas están provistas de dientes y adelante tiene un espón, para que pueda rechazar todos los obstáculos.

Esta locomotora remolcará media docena de vagones Pullman y 400.000 kilos de provisiones, y con esta carga tiene que escalar pendientes de 90 grados!

Los ensayos se harán en el Canadá, entre Victoria y Dawson City, y se partirá para el polo, antes del fin del año.....

No se dice cuando se llegará.

El viento salado y sus efectos

Recientemente, M. Dufaure ha hecho ver á la Sociedad nacional de agricultura los curiosos efectos de un viento salado que sopló en la costa occidental de Francia y enrojeció los vegetales como sucede con la escarcha ó la quemazón.

A propósito de esto, M. Bourgne recuerda que él presencié en Normandía efectos análogos producidos por la terrible borrasca que sopló el 25 de setiembre de 1896 en una región inmediata á la desembocadura del Sena.

Entre *Pont-Audemer* y *Pont-l'Évêque*, en la región de Bonneville á Beuzeville, fueron derribados el 4 por ciento de los manzanos en las plantaciones, pero el hecho característico fue que todos presentaron una alteración muy visible en las hojas, del lado que daba hacia el norte. La mitad de las hojas estaban rojas como por un viento abrasador, y las que estaban expuestas al sur quedaron verdes y formaron con las otras un contraste lleno de encanto.

Los duques de Francia

Con motivo de la muerte del duque de Valençay, padre del duque de Sagan, acaecida recientemente en su ducado prusiano de Sagan, se ha ocupado el periódico *l'Affranchi* en renovar el censo de los duques auténticos que quedan en Francia.

De los de antigua creación hay todavía veinticuatro, ni más ni menos: figuran á la cabeza de éstos el duque de la Tremouille, el duque de Uzès, el duque de la Rochefoucauld, los de Rohan y de Noailles. Hay además seis duques de la Restauración, entre otros

el duque Decazes, el de Avaray y el de Cars; un duque que se dice del Papa; el duque de Gadagne; y por último, una docena á lo más de duques del Imperio, los Rivoli, los Bassano, los Montebello, los Morny y los Magenta. Unos cuarenta por todo. Tal es el balance actual de los nobles cuyas mujeres podían, bajo la monarquía, pretender legítimamente á los honores del *taburete*.

Entretanto, es curioso el hecho de que nunca han tenido más prestigio los títulos, sean ó no auténticos, que de la República para acá. Muy especialmente el título de duque es tanto más precioso cuanto más raro, y goza de prima en la *tarifa* matrimonial.

Fabricación de falsas antigüedades en Egipto

Los periódicos ingleses anuncian que las sociedades de anticuarios y de arqueología de la Gran Bretaña han dirigido á lord Salisbury una petición respecto al trabajo muy especial que practican los condenados en las penitenciarías egipcias.

Parece, en efecto, que fabrican únicamente falsas antigüedades que se venden principalmente en América; hasta ahora, se habían contentado con reproducir objetos pequeños; pero actualmente piensan hacer lo mismo con todas las piezas de momias y sarcófagos antiguos!

En Florencia

Un hecho, quizás sin precedente, acaba de verificarse en Florencia, capital de las bellas artes de Italia.

Hace algún tiempo se abrió un concurso en la ciudad de Florencia, para erigir un monumento á Rossini, en la iglesia de *Santa-Croce*, donde reposan los restos del célebre compositor.

El día fijado se reunió una comisión para examinar los envíos de los concurrentes. Después del examen, declaró desierto el concurso.

Se nombró una nueva comisión que abrió un segundo certamen, pero estuvo tan débil como el primero. Esto es lo que acaban de probar los miembros de la comisión, y han declarado que los proyectos enviados no corresponden absolutamente al asunto impuesto y no pueden apropiarse al lugar donde va á ser erigido el monumento.

Esto es bien triste para el gran renombre del país de Toscana que ha visto nacer á Leonardo da Vinci, á Miguel-Angel, á Cimabué, á Giotto, á Fra-Angelico, á Ghislandajo y tantos otros famosos artistas.

Narices

Existen exposiciones de nenes, de perros y de gatos, pero Milán acaba de presentar un espectáculo aun más raro: una exposición de narices. Fue una alegre Sociedad, la "Sociedad de Buontemponi," quien concibió la idea de este concurso sin precedente.

Hace algunas semanas, publicó en las gacetas algunos avisos para invitar á todas las personas de narices voluminosas, á que se presentasen, el domingo 13 de marzo, en el jardín de uno de los principales cafés de Milán, donde serían examinados por una comisión competente que otorgaría á los más notables apéndices, medallas de oro y de plata.

Estos avisos atrajeron á todos los milaneses, y el domingo, estaba lleno el jardín de una multitud numerosa de concurrentes y espectadores. Todas las narices medianas fueron rápidamente eliminadas por la comisión, y no quedaron para el concurso público sino cuarenta y tres, de las cuales veinte y una rehusaron en el último momento comparecer ante el pueblo reunido.

La comisión tenía pues que pronunciarse entre veintitrés candidatos. Se fueron exhibiendo uno tras otro sobre una tarima colocada á este efecto. Una pieza de música saludaba la entrada del candidato, y un miembro de la comisión pronunciaba un breve comentario estético. Allí se vio una admirable colección de narices: narices largas y puntiagudas, otras como la proa de un buque, algunas con la forma de un pico de águila ó semejantes á enormes tubérculos, otras anchas, chatas y como extendidas en el rostro, y unas que agregaban á su tamaño un brillo espléndido y hacían pensar en el sol poniente. Las más aplaudidas fueron algunas gigantescas que dan á sus propietarios un aire marcial y heroico.....

En fin, fueron elegidos cinco felices concurrentes, y recibieron las medallas de oro y de plata.

El cerebro de Víctor Hugo

Se sabe que al morir Víctor Hugo, su familia, por un sentimiento de respeto muy comprensible, se opuso á que hicieran la autopsia al cadáver del ilustre poeta. Pero el autor de *La Légende des siècles* es un personaje muy interesante para que la antropología renunciase á estudiar tan notable cerebro. Así, pues, M. G.

Papillaut se ha esforzado en encontrar en el molde hecho por el escultor Dalou, algunas de las observaciones que no le fue permitido observar directamente. Publica, en la *Revue de psychiátrie*, el resumen de sus estudios. De allí resulta que si los rasgos del poeta tenfan, en general, proporciones bastante considerables, su cerebro presentaba un desarrollo muy ordinario, más bien inferior en volumen y en peso al término medio.

¿Cómo explicar, pues, en presencia de tan pequeñas dimensiones, que el cerebro del gran escritor haya podido engendrar tantas obras gigantescas y abarcar tantos horizontes?

Esto era suficiente para confundir la antropología y la psicofisiología, pero M. Papillaut venció esta dificultad con una hábil distinción. El recuerda la desproporción probada tan á menudo entre el fondo y la forma en la obra de Hugo, y pone de acuerdo, de este modo, la debilidad del pensador en el poeta con el pequeño volumen de su cerebro. Las ciencias exactas están llenas de recursos.

Lluvia de polvo

Es sabido hasta qué punto pueden permanecer en la atmósfera las polvaredas levantadas en el aire por erupciones volcánicas ó por ciclones. Durante más de un año se encontraron vestigios de las humaredas proyectadas á inmensa altura por la erupción del Krakatoa. Muy recientemente, á principios de febrero de este año cayó una lluvia de polvo sobre el Atlántico, y también en África hasta el mar Rojo y el Mediterráneo. Un coronel de artillería cuenta que volviendo de Madagascar, después de pasado el canal de Suez, no se veía desde el buque á distancia de cien metros, por estar la atmósfera cubierta con una nube como de polvo. En el buque habían caído unas piedrecitas menudas como restos de cuarzos. La extensión de la nube era enorme, pues el vapor *Rostyn-Castle* la encontró en el Atlántico, y en un trayecto de 1.200 kilómetros no cesó de caer polvo sobre el buque; tan espeso era que oscurecía el aire á modo de fuerte niebla. Después de recogido y examinado se vió que estaba principalmente compuesto de cuarzo y de mica negra, sin que ningún elemento vidrioso revelase en él origen volcánico. El polvo provenía quizás del Sahara y fue elevado á grande altura por las tempestades que venían de rechazo de Algeria en esa época.

Se citan también muchos ejemplos de arenas transportadas á distancias todavía mayores. Geikie cuenta que en las islas Canarias y hasta en Boulogne-sur-mer (Francia) se han observado lluvias de arena, provenientes del Sahara.

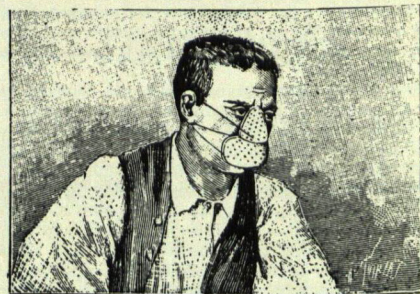
El viento es el vehéculo de todos los cuerpos tenues que existen en el aire. La sal marina se encuentra regularmente á grandes distancias del océano.

Y después de algunos huracanes se ve en ciertos países que las hojas de los árboles están cubiertas de sal hasta 90 kilómetros distantes del mar. Después de la tempestad del 21 de diciembre de 1895 se encontraron montones de sal en pleno campo, á 100 kilómetros de la costa occidental de Inglaterra. En una región situada á 70 kilómetros de la costa recogió un observador en los vidrios de las ventanas, cierta cantidad de sal, que se calculó como en 1 decígramo por metro cuadrado.

Ya se comprende, pues, que con viento y velocidad considerables pueda ser arrastrado el polvo y elevado á alturas enormes, constituyendo luego al caer lentamente nieblas secas tan compactas y opacas como las húmedas.

Máscaras-respiradores

CONTRA LOS POLVOS INDUSTRIALES



Se conocen desde hace mucho tiempo los estragos que causan en los talleres los polvos industriales. Unos, como los polvos de plomo, de cobre, de arsénico, producen acciones tóxicas, verdaderos envenenamientos; otros, como los polvos de vidrio, sílex, asperón, etc., penetran en los tejidos, los desgarran y determinan

inflamaciones peligrosas. Otros polvos, en fin, contienen el germen de enfermedades infecciosas que pueden ser fácilmente transmitidas.

A fin de evitar en lo posible los accidentes de este género, la Asociación de los Industriales de Francia abrió un concurso para la invención de una máscara-respirador contra los polvos. J. V. Detroye, médico veterinario de Limoges, que ha hecho estudios anatómico-patológicos y profilácticos muy interesantes sobre los polvos de las fábricas de porcelana y su acción sobre el organismo, ha suministrado al concurso un modelo de máscara útil para las numerosas industrias, que ha obtenido el premio único por sus buenos resultados. El señor Detroye ha perfeccionado últimamente sus aparatos y es de los últimos modelos que hablaremos aquí. Los respiradores Detroye son dos protectores, nasal y bucal, fabricados separadamente. El señor Bellot, constructor y concesionario de los aparatos para ciertas necesidades ha fabricado un nuevo tipo en el cual se encuentran reunidas las dos máscaras. Los respiradores son de aluminio maleable, de 5 milímetros de espesor y muy livianos, pues el peso máximo es de 30 gramos. La flexibilidad del metal permite adaptarlos a los diversos rostros sobre los cuales deben aplicarse: una ligera presión es suficiente para obtener este resultado. La filtración del aire viciado y la detenida de los polvos se obtienen por medio de un colchoncito de algodón hidrófilo puro, colocado en las paredes horadadas del aparato. El algodón se pone con mucha facilidad; pues basta cambiar la plancha exterior, levantarla y hacerla girar, asegurándola después en los agujeritos obturados por la superficie filtrante. Los contornos del aparato llevan neumáticos que permiten aplicarlos sólidamente sobre el rostro en el cual se mantienen con la ayuda de elásticas que pasan por las orejas.

El respirador nasal lleva ó no, á voluntad, una válvula en su parte superior que permite arrojar hacia afuera los productos de la respiración. Esta válvula ó chapaleta es necesaria si el aparato se usa largo tiempo. Además se pueden llevar anteojos pues la máscara respiratoria sólo llega á la tercera parte de la nariz.

Los respiradores están sólidamente contruidos y se pueden usar diariamente en las fábricas. El algodón debe ser renovado con mucha frecuencia para evitar que los polvos, filtrándose á través del colchoncito, penetren en el interior: hay que agregar que el precio de estos aparatos es muy reducido.

Las experiencias y ensayos hechos con estos aparatos han dado los mejores resultados. Los obreros han podido trabajar muchas horas en una atmósfera muy cargada de toda clase de polvos; y otros, después de haber hecho uso de las máscaras-respiradores, han recobrado la salud perdida.

L. LEROY.

De Luis Bonafoux

UN HOMBRE DESEOCADO

Yendo de Barcelona á Madrid, ya cerca de Lérida, apareció en la estación un hombre que se asemejaba á un mono, tanto que por tal lo tomé, sospechando que á algún catalán se le había ocurrido la broma de traje de hombre á un mono amaestrado y enviarlo á la estación á conversar con el expendedor de billetes. Pero con asombro info vi al mamarracho dirigirse al tren y entrar en el mismo coche donde viajaba yo, que le dije:

—Aunque sea mal preguntado, ¿es usted mono, por casualidad? Y usted dispense si le ofendo.

—No me ofendo con usted, porque en tal caso tendría que ofenderme con todo el mundo;—dijome alargando el puntiagudo hocico.—Aquí donde usted me ve, soy un hombre como otro cualquiera, y, además, diputado provincial. Como yo hay infinidad de hombres. Si usted se toma la molestia de fijarse en las caras, verá que todas tienen cierta semejanza con las de los animales, por lo que se confunden con ellos los más grandes hombres cuando los caricaturistas los ponen á unos en cuatro patas y hocicudos á lo cerdo, á otros en forma de serpientes, ó de perros, ó de tigres, como ponían al Rey Guillermo, que así estaba muy propio. Usted mismo..... pues usted tiene algo de mochuelo. Y con las mujeres, aunque las vemos embellecidas por el prisma de nuestra voluptuosidad animal, pasa lo mismo: algunas parecen vacas, cotorras, girafas, zorras, etc. No hay motivo para estar muy orgulloso de la raza, y si no fuera por los trajes y aceites, daríamos compasión á los mismos animales.

Quedé encantado. No sólo es usted un mono, le dije, sino un mono sabio. Desde entonces he comprobado por mis propios ojos las observaciones de mi compañero de viaje, añadiendo otra observación: que la mayor parte de los hombres imitan sin querer, cuando quieren expresar afectos mímicos, estados del alma,

los gritos de los animales, como aullidos, ladridos, rebuznos, etc. A la peluquería de mi difunto amigo Almeida iba un parroquiano que se entretenía, mientras lo afeitaban, en decir *guau guau*, lo mismo que un perro, y en hacer *fu fu*, como un gato. Estaba muy orgulloso de su habilidad, que era aplaudisísima.

En París la imitación del "reino animal" ha llegado al delirio. Los domingos, la villa luminosa parece un jardín zoológico en libertad. Feliz el vecindario, porque no trabaja, expresa su satisfacción haciendo piruetas y prorrumpiendo en gritos de la casa de fieras. Por lo demás, en ninguna ciudad de Europa hay tanta propensión á tirar de un carro. Quien haya visto á París á la hora del alba, se habrá sorprendido de ver centenares de carros que entran en la villa tirados por hombres y mujeres. El *record* lo obtuvo ayer un dependiente de un mueblista del boulevard Rochechouart.

Al bajar por la calle Lepic, que está en cuesta, el dependiente, que tiraba de un carro atestado de muebles, se entusiasmó al extremo de desbocarse, emprendiendo vertiginosa carrera. Tropezó con un carruaje, atropelló á una vieja, y como seguía desbocado, fue detenido por un transeúnte que se abalanzó á él tirándole del cuello de la blusa, ó, como si dijéramos, de la brida. Entonces el dependiente se revolvió furioso, defendiéndose á mordiscos y coces.

Ya teníamos hombres con muermo, hombres con hidrofobia y hombres con trichina. Hombres que, entusiasmados, se desbocan tirando de carros, pueden servir de *clou* á la próxima Exposición.

Lo que se gusta en los acorazados

Creemos útil dar algunos detalles sobre el gasto de los acorazados que absorben la mayor parte de los 265 millones de francos destinados cada año al presupuesto de la marina francesa.

En el costo total de uno de esos mastodontes marítimos, la artillería y sus torpedos consumen 3.341,436 francos; y el resto se toma para el casco y las máquinas; pero no se limitan á eso los gastos. Hay que agregar el sueldo de la tripulación. Un acorazado puede llevar á bordo treinta oficiales y seiscientos hombres: la ración de los primeros asciende á 112.945 francos y la de los segundos á 278.400; y á estos gastos personales hay que añadir 46.136 francos para vestuarios destinados exclusivamente á la marinería.

Pasemos al capítulo de los víveres. Se sabe que todo hombre á bordo, oficial ó soldado, tiene derecho á su mantención para la cual se asignan 202.800 francos, sin contar con que los oficiales tienen derecho á 52.269 francos para sus gastos de mesa; de esta suma toca al capitán comandante 9.621 francos.

Y el carbón? se preguntará. Las calderas de máquinas tan formidables deben devorar montañas.

Ordinariamente un acorazado consume cuarenta toneladas de carbón, lo que da un gasto diario de 1.400 francos; con una gran velocidad el monstruo absorbe el doble ó el triple. Se pueden presuponer 132.072 francos á los cuales hay que agregar 69.406 más, para aceite, grasa y estopa.

Y las reparaciones? Se les reserva la cantidad de 46.154 francos, que no siempre es suficiente.

Pasemos á las municiones: tienen asignada la suma de 92.749; y aunque esta cifra parecerá elevada, no lo es si se considera el precio de cada tiro de cañón: 66 francos el cañonazo de á catorce; 1.350, el cañonazo de veinte y siete; 2.500 francos el cañonazo de treinta y cuatro; 5.110 francos el cañonazo de cuarenta y dos. En cuanto á los torpedos, valen alrededor de 7.000 francos.

Si á todos estos gastos se agrega lo que cuesta el transporte á bordo de las provisiones, la conservación de la artillería, el material, etc., se llegará á la suma de un millón ciento ochenta y ocho mil cuatrocientos francos.

Y aún el gasto de un acorazado no está previsto si no se doblase esta suma.

En caso de guerra ¿los acorazados rendirán servicios equivalentes á los sacrificios que exigen?

Palomas mensajeras

La Compañía General Trasatlántica está efectuando experiencias muy interesantes.

En estos últimos días varios buques de su flota han experimentado graves contratiempos en las máquinas, y han quedado, por tanto, detenidos en medio del mar.

Con el propósito de establecer comunicación con otros buques, y con tierra firme en aquellos casos, la Compañía Trasatlántica francesa ha decidido el empleo de palomas mensajeras, organizando en todos los

buques que le pertenezcan secciones de tan utilísimos agentes.

El ministro de la Guerra ha comisionado á uno de sus oficiales, especialista en este particular, para que establezca el servicio de que se trata, quien asegura que sin haber penetrado por completo el origen del sentido misterioso de la orientación, existen ya hechos evidentes que demuestran no ser necesario el que el palomar ó residencia de las palomas se instale en lugar fijo para que la mensajera vuelva á él.

Es igualmente hecho averiguado que no regresa á su palomar en línea recta, ó sea por el camino más corto, sino siguiendo exactamente en su vuelta el camino seguido por el palomar ó caja transportada por el buque.

El capitán Raynaud ha hecho ya ensayos partiendo del puerto del Havre, á bordo de *La Bretagne*, con algunos centenares de palomas mensajeras.

Como la distancia entre el Havre y Nueva York es de 6.000 kilómetros, no se espera, naturalmente, que una paloma echada al vuelo á mitad de la travesía pueda llegar á su palomar; pero es indudable que, dominada por el cansancio, se detendrá en los buques que encuentre en su camino, y que los resultados han de ser satisfactorios para distancias inferiores á 700 ó 800 kilómetros.

Nuevo Ferrocarril interoceánico

Ya se sabe que en los Estados Unidos varias líneas de ferrocarriles atraviesan el continente, del Atlántico al Pacífico. Las principales son: la *Unión*, el *Central Pacific*, el *Southern Pacific* y el *Northern Pacific*. El Canadá y Méjico han establecido igualmente algunos sistemas de vías férreas que unen sus costas de uno á otro océano.

Pero la América del Sur está menos bien dividida, pues fuera del ferrocarril que atraviesa el istmo de Panamá, destinado únicamente al servicio de tránsito, no existe ningún medio de comunicación por vía férrea entre los dos océanos; de modo que teniendo que efectuarse los transportes por mar, tanto los viajeros como las mercancías necesitan de treinta á cuarenta y cinco días, según el puerto.

Esta situación desfavorable está á punto de desaparecer, pues existe un proyecto de ferrocarril, que partiendo de Río Janeiro, atraviese todo el Brasil, pase por el centro de Bolivia y llegue á la costa occidental por medio de un túnel hecho bajo la Cordillera de los Andes.

El Brasil, Bolivia, Chile y el Perú han firmado ya la convención internacional para la realización de este proyecto; el Ecuador es el único que no ha dado su aprobación. Se espera, sin embargo, que los trabajos podrán empezarse muy pronto y que estarán terminados dentro de nueve años.

Por esta línea interoceánica, la duración del viaje no pasará de cuatro días, y los precios de transportes serán reducidos de dos tercios ó de tres cuartos tanto para los viajeros como para las mercancías.

Obsequio original

Los botánicos de todos los países del mundo han recibido una circular en que se les invita á tomar parte en la suscripción organizada para levantar un monumento á la memoria del sabio australiano barón F. von Mueller. Esta circular se distingue de las demás de su género por un detalle original: dice que "el monumento será erigido en el cementerio de Melbourne, en el cual se había ofrecido á von Mueller un terreno antes que sucumbiese víctima de la enfermedad que había de arrebatarle." Antes se honraba á los hombres ilustres, ofreciéndoles títulos, condecoraciones, libros de oro, espadas de honor; pero á nadie se le había ocurrido ofrecerles en vida, como testimonio de la admiración pública, la concesión de un terreno á perpetuidad. Lo que da todavía más valor á ese pequeño obsequio es la oportunidad del momento escogido por el Municipio de Melbourne para llevar á cabo su acto de munificencia. Desde aquí podemos vislumbrar la escena. El barón de Mueller está enfermo en su cama; se le anuncia la diputación de las autoridades locales que viene á discernirle una muestra de profunda estimación. Entran los comisionados, y uno de ellos se expresa poco más ó menos así: "Estáis gravemente enfermo, señor; acaso esperaréis la curación, pero no hay tal. Desengañaos, querido señor, ya no hay remedio. Empero, no os intranquilicéis por la suerte de vuestros despojos; la ciudad de Melbourne cuidará de ellos, y hoy mismo viene á ofrecerlos el terreno mortuario; aquí tenéis los títulos de propiedad. Respetuosamente los depositamos en vuestras manos moribundas, sobre este lecho del cual no os levantaréis." Reanimado el enfermo por atención tan conmovedora, se entrega á los sueños más gozosos para el porvenir.

EL GRAN GALEOTO

No ha muchos días que estuvo á visitarme un antiguo condiscípulo y amigo muy estimable, con quien suelo gastar chanzas pesadas.

—Llegas muy á tiempo—le dije—por que hace poco rato que estubo por aquí Hipólito, y me dejó el encargo de decirte que pasaras por allá.

—Y tú también Justo!—exclamó en tono ágrío—parece que todos mis amigos están empuñados en que me prendan!

—Alto ahí, señor mío—le respondí enseñándome.—No admito, ni por un instante, que me supongas malos deseos hacia tí. He usado una chanza inocente y nada más.

—No te enojas, mi querido Justo; oye lo que me pasa, y me excusarás.

Todo el mundo sabe que fui enemigo de Guzmán mientras gobernó. Tomé parte en cuantas revoluciones se le hicieron, y estuve diez y siete veces en la cárcel, siempre con razón; pero, como todo pasa en la vida, Guzmán pasó, y ya no pensé más en conspirar. De buen ó mal grado, me he ido acomodando con todas las situaciones que le han sucedido y me he retirado de la política completamente.

Sin embargo, cada vez que hay una revolución, la gente se acuerda de que estuve por veinte años en la lista de los que debían ser presos y, aunque la policía ha borrado ya mi nombre de la lista, la gente no quiere borrarlo.

Ayer fue un día terrible: entré al Club y al momento se me acercó un amigo diciéndome:

—Hombre, Pedro, no te presentes en este lugar tan público; están prendiendo mucha gente; el Prefecto entra aquí á cada momento, y puede acordarse de tí.

—Pero, querido—le contesté—si no tengo nada que hacer con la revolución, ¿qué tiene que hacer el gobierno conmigo?

—Ya nos conocemos; cochino que come pollo..... vete chico; aquí te comprometes y nos comprometes..... Vete á la Plaza Bolívar.

—Pues señor, no quiero hacer daño á nadie; me iré á la plaza.

Y me fui en efecto.

Al pedir una silla, retiró la suya un viejo millonario que acostumbra sentarse en el punto que elejé.

—Mal va esto,—dije en mis adentros.

A poco se acercó un amigo, que parece estimarme mucho.

—Pedro! tú aquí? tan cerca de la policía!—Mira, aquel oficial no te quita la vista desde que llegaste.

En efecto el oficial me estaba viendo á mí ó á una muchacha de reputación nada dudosa que estaba detrás. No supe lo cierto, pero tomé el consejo, y me fui, buscando la calle del comercio.

A poco andar se me acerca un primo y me dice.

—Acorta un poco el paso, que se te conoce que andas conspirando y llamas mucho la atención.

—Déjate de bromas—le dije, pero acorté el paso, porque yo mismo estaba ya temiendo ser conspirador.

Pero entonces me encuentro con otro que me dice.

—¿Cómo se conoce que vas reventando de buenas noticias: no puedes ni caminar!

Válgame Dios, Andrés, que ya no sabe uno ni como caminar—y sigo mi paseo, sonriéndome de pensar en tanta majadería.

A dos pasos me dice otro amigo:

—¿Qué cara tan risueña trae usted! ¿Cómo se conoce que han subido los bonos de la revolución!

—Me venía riendo—le contesté—de tanto necio como usted encuentra en esta ciudad—y seguí con la cara que puede tener quien se

convence de que ha nacido en un pueblo de idiotas.

—Que cara tan amarrada trae usted, señor don Pedro;—me dice otro—va usted diciéndole á todo el mundo que ha perdido toda esperanza.

—Sí, sí, amigo mío; he perdido toda esperanza. ¿Qué puede esperarse en una tierra de gitanos adivinadores?

En llegando al teatro resolví ir á pasar la tarde con una tía que vive cerca y me dirigí á su casa.

Allí me aguardaba otra calamidad!

En toda la puerta encontré á un viejo simpón que me dijo al oído:

—Pase de largo; esta casa es sospechosa; dicen que aquí se reúne el comité todas las noches.

—Por Dios! don Cosme,—le dije molesto—si aquí vive una tía mía de setenta años, que pasa las noches en una partida de tresillo con cuatro viejos muy respetables!

—Sí, señor; yo conozco esos tresillos—y se alejó dándome una palmadita maliciosa en la espalda.

Ya ves, Justo, lo que me pasa; ahora comprenderás por qué recibí tu chanza con amargura.

—Lo comprendo perfectamente, mi querido Pedro, y te pido mil perdones. No sería nada que los amigos te dijeran al oído las majaderías que me has referido, sino que cada uno de ellos, para echarla de sabilucho, va diciendo, á todo el que encuentra:

—'Pedro va á ser un gran cacao: está metido hasta las orejas: no sale del Club, y cuando no está en el Club, está revolviendo la Plaza Bolívar.

—Esto se está poniendo muy feo: ayer encontré á Pedro tendido por la calle del Comercio, más veloz que una bicicleta.

—Algo muy serio se está preparando: encontré á Pedro hoy con una cara de conjurado que me dió miedo.

—Todo va viento en popa: Pedro anda por ahí con una cara de pascuas que va diciendo á todo el mundo que tiene buenas noticias.

—Crea usted que esto se hunde: ayer encontré á Pedro andando muy despacio: cuando usted lo vea andar despacio, es porque la cosa va volando.

—Pedro no sale de casa de su tía Ursula, una vieja goda que alumbró á Fernando séptimo; ella preside el comité y dá cuanto le pidan para la revolución."

Tal es la vida social, amigo mío. Por necesidad, y alguna vez por mala fe, tanto dirán tus amigos que conspiras, que despertarán las sospechas de la policía y darán contigo en la Rotunda—y cuando te veas entre gentes extrañas, con quienes no tienes ninguna comunidad de ideas, exclamarás para consolarte:

—¡Oh insigne Echegaray! Hé aquí tu Gran Galeoto!!

F. DE SALES PEREZ.

12 de Mayo de 1898.

NUESTROS GRABADOS

El Licenciado Aranda

Dentro de tres días, el 18 del mes en curso, hará cien años que vino al mundo, en la ciudad de Caracas, el Licenciado Francisco Aranda. En ese día, sus cenizas, que por largo tiempo guardé el extinguido cementerio de *Los Hijos de Dios*, serán trasladadas, con la pompa de estilo, al Panteón de los Inmortales.

EL COJO ILUSTRADO se asocia á la glorificación de esa fecha, publicando su retrato y reproduciendo los apuntes biográficos de tan eminente ciudadano, escritos por el señor Juan Vicente Silva en la obra "Biografías de Hombres notables de Hispano América," de Ramón Azpurúa.

La reina de la noche

Es un capricho artístico, una alegoría que representa de modo amable el imperio de los cielos estrelados al través de la espléndida diafanidad de la atmósfera.

Puerto de La Ceiba

Está situado en la parte más ancha de la orilla oriental del poético Lago de Maracaibo, y su población llega á más de dos mil habitantes. En su posición topográfica finca sus anhelos de ensanche y prosperidad, que habrán de realizarse indudablemente dentro de pocos años. Produce frutos menores en abundancia, posee valiosas plantaciones de plátano, y el cultivo de la caña, en grande escala, acelera su actividad industrial.

De sus establecimientos de destilación, montados conforme á los últimos adelantos en el ramo, sale el ron de *La Ceiba*, que se ha hecho famoso en todo el territorio de la República.

Del puerto de La Ceiba, arranca el ferrocarril del mismo nombre que moviliza las producciones de la Sección Trujillo del Estado Los Andes. El muelle, del cual presentamos dos vistas, fue construido por el señor Eduardo Dagnino, en cumplimiento de contrato celebrado con el Ejecutivo Nacional.

Para evitar el paludismo reinante en el litoral, los moradores de aquella región edifican sobre el agua, por lo cual la población ofrece el espectáculo más pintoresco.

Damos cumplidas gracias al señor doctor Arístides Tello por las fotografías que tuvo la bondad de obsequiarnos y que han servido de modelo para los dos grabados que hoy publicamos.

Cuadro de W. Dyce

Conmueve por la idea, reveladora de sentimientos que, por lo excelsos, se sustraen al poder de la muerte; y encanta por la naturalidad artística de las figuras y la expresión sugestiva de las actitudes.

Ante la tela de Dyce, el alma vuela al país de los recuerdos, y en holocausto al amor maternal se produce en un himno que vibra con la intensidad de todos los afectos y de todas las gratitudes.

El infierno del Dante

Trübner, al inspirarse en el canto V de la primera parte de la Divina Comedia, no sigue á los pintores que han explotado el asunto con brillante éxito. No se concreta al poético episodio de Brullo y Francesca, sino que, osado, intenta resumir en el lienzo la sinuosa descripción del poeta florentino.

Habíamos llegado al punto en que los gemidos estremecen el alma,—dice Alighieri;—acabábamos de entrar á un lugar mudo de toda luz, que muje como el mar al verse azotado por vientos contrarios. El torbellino infernal en su curso incesante arrastra á los espíritus, les hiere y atormenta; cuando se encuentran ante su soplo, que es su más cruel suplicio, rechinan los dientes, se quejan, se lamentan y blasfeman de la virtud divina.

Allí supe que eran condenados á aquel horrible tormento los pecadores carnales que someten la razón al apetito de los sentidos. Como los estorninos que veloces aparecen en tiempo de frío en anchas y compactas bandadas, se ven los espíritus malignos arrebatados por el torbellino, que de uno á otro punto los arrastra, sin que les halague ni la más débil esperanza de un corto descanso, y ni siquiera la de ver disminuido su castigo..... 'Maestro, cuáles son esas almas que ese fiero viento castiga tan cruelmente?'

—'La primera de las que desean conocer, reinó sobre una multitud de pueblos que hablaban distintos idiomas; y se entregó de tal modo al vicio que permitió en sus leyes todo cuanto excitaba al placer, para mejor ocultar la baja en que yacía. Es Semiramis.

El Artículo 176

Los actos más solemnes de la vida tienen su lado cómico; y no hay dificultad en hallarlo cuando la gracia ó la perversidad se proponen conseguirlo. El cuadro que lleva el título de *El Artículo 176*, es el reverso de la grave seriedad que caracteriza la lectura del Código Civil en la celebración de los matrimonios.

Maternidad

De Ferruzzi hemos reproducido varias obras, todas las cuales revelan vigorosa inspiración y pleno dominio de los asuntos.

Maternidad es un símbolo poético y sentimental, en que la más delicada ejecución artística se hermana á la pureza del concepto que exterioriza.

Un entusiasta

Los años y los achaques físicos no matan las aficiones. Las mismas contrariedades, son un poderoso acicate para que aquellas prevalezcan en el ánimo. Así lo prueba el protagonista del cuadro de Lane, que es de un efecto simpático por su admirable naturalidad.

Caracas

Ilustra una de las páginas del presente número la vista de la entrada á la fábrica de cerveza nacional, establecimiento que ensancha el radio de sus negocios, debido al crédito que alcanzan sus productos dentro y fuera de esta plaza.

Hacienda Caricuao

Entre la capital y la simpática estación veraniega de Antimano, se encuentra, á breves minutos de marcha en ferrocarril, la rica plantación de caña, denominada "Caricuao" por el sitio en que está ubicada. Manifiéstase vigorosa la naturaleza en ese pedazo de tierra que fecunda el Guaire; y al embellecimiento de la finca concurren jardines que cercan las oficinas y la morada del propietario.

Cementerio del Sur

Otro artístico monumento que enriquece la Necrópolis de Caracas aparece en nuestra Revista. Ese monumento perpetúa memorias queridas para la familia Alocá.

Hacienda "El Alto"

Una de las buenas fincas de Irapa es la de los señores Felce, denominada *El Alto*. De ella dan idea aproximada varias vistas que publicamos hoy.

El problema del día

En la sección recreativa de la edición anterior, enteramos á nuestros lectores del número y nombre de los buques que constituyen la marina de guerra de los Estados Unidos y la de España, fuerzas navales que en uno ó más combates resolverán en las oleadas del océano, bajo un cielo impasible, el grave problema que hoy por hoy mantiene en suspenso al ánimo del mundo.—Como complemento de esos datos, ofrecemos ahora una vista que, en parte, representa las dos poderosas escuadras.

Suplemento

Junto con el presente número de EL COJO ILUSTRADO recibirán los suscriptores un Suplemento musical.—Contiene éste un lindo vals para violín y piano, obra de la malograda artista señora María Teresa Villalobos de Rojas.

SUELTOS EDITORIALES

La mascarilla de Napoleón I.—Llamamos la atención de nuestros lectores, al artículo de nuestro distinguido colaborador señor Marco-Antonio Saluzzo, que va seguido del estudio del doctor Aristides Rojas, sobre el mismo asunto.

Doctor Alejo Zuloaga.—La sociedad de Valencia se ha asociado al duelo de la familia de este venerable compatriota que se hizo notable por su ilustración científica y por su carácter austero.

Descanse en paz el alma del eximio ciudadano, y acepten sus hijos y demás deudos el testimonio de nuestra pena.

Camila Sánchez.—Con el título que encabeza estas líneas, editado en Barcelona de España y con ilustraciones del notable artista señor José Cabrinety acaba de publicar un libro, que nos ha remitido, el caballero Abraham Z. López-Penha.

La obra, en verdad, no resulta ser una novela como quiere el autor, supuesto el estudio, condiciones y carácter que se ha convenido en pedir y encontrar en los grandes autores modernos, padres y creadores de tal género literario.

El autor, en esta obra, se presenta como estilista. El lector ilustrado puede encontrar en estas páginas las huellas de Cervantes, de don Juan Montalvo y de Valera.

Camila Sánchez es más bien la pintura de una serie de personajes, de tipos provinciales que no una novela. Queremos ser hasta severos; pero de ninguna suerte molestar al autor de este ensayo. Hasta aquí sólo hemos opuesto reparos al libro; digamos ahora las excelencias.

El señor López-Penha, que en su primer libro tiende á un exagerado modernismo, ha cambiado de frente en esta obra y se inclina en ella, por un lado, al naturalismo y por el otro, al clasicismo de lenguaje.

Algunos tipos de *Camila Sánchez*, los más, han sido bien observados. López-Penha tiene pluma para tales empeños y sale, á menudo, airoso de ellos.

Por las páginas de *Camila Sánchez* cruza una cáfila de provinciales; puestos allí por el autor con talento y habilidad, desfilan, con exacto parecido de sí mismos, el boticario Agustín Perret, don Acisclo Gifuentes García, Mario Rosas. Entre las mujeres, las mejores son la dulce y extraña Camila y doña Mercedes que se aparece al lector, en las primeras páginas, como la Carlota de Werther "en el centro de una espesa nube de palomas que giran sobre su cabeza ó se posan en sus hombros, entre una legión de gallinas que cacarean á más no poder y un ejército de pavos que hacen airoosamente la rueda."

El señor López-Penha tiene un amable talento; ya, antes que nosotros, se lo ha dicho el distinguido prologuista de sus *Cromos*, nuestro Bolet Peraza, como también, que nosotros sabemos, Pedro-Emilio Coll. Así, pues, cuanto nosotros expresamos ni quitará ni añadirá un ápice á su reputación.

EL COJO ILUSTRADO tiene en mucho el arte

americano y celebra cuanto puede á los autores del continente; pero no es apologista ni detractor inconsciente.

Lea el lector de estas páginas el libro de *Camila Sánchez* y repetirá con nosotros que no es una novela. Allí habrá muchos tipos esbozados, pero no hay el estudio de un personaje, ni el desarrollo de un carácter, ni una trama, ni una exposición metódica. En cambio verá el lector un talento propicio para ese género literario, talento que nos dará, acaso pronto, otros frutos mejor sazonados.

EL COJO ILUSTRADO agradece mucho al señor López-Penha el envío de su obra; desea muchos triunfos para su talento, y espera que verá estas líneas como la expresión más sincera de lo que le ha inspirado la lectura de *Camila Sánchez*.

El gran Galeoto.—A última hora nos ha enviado nuestro querido amigo y colaborador señor Francisco de Sales Pérez, el artículo que tiene por título el que encabeza estas líneas; y no siendo posible ya, por estar impuesta el cuerpo principal del periódico, situarlo en el puesto que á él corresponde; y no queriendo retardar su publicación por ser el referido artículo de actualidad, pedimos excusas por haberlo colocado en las últimas páginas de esta edición.

Joaquín Jaén.—Enviamos nuestro más sentido pésame á los deudos de este honorable padre de familia, que se distinguió por su laboriosidad y honradez. Austero y bondadoso, adquirió valiosas relaciones en el seno de esta sociedad que hoy rinde tributo de dolor á su memoria.

"Arpegios," por Emilio Berisso.—Buenos Aires.—1898.—Al frente de este libro, primeramente editado en los talleres de la "Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco," aparece el retrato del autor, que antes que el de un poeta, se nos antoja, á primera vista, el de un iniciado en el dandismo. La ironía de Valbuena, contagiosa á las veces, encontraría que la juventud lozana y la pulcra elegancia del poeta argentino no se compadecen con su obra prematuramente enfermiza.

Berisso no quiere ser de nuestra época. Enamorado del decadentismo francés, sigue—por tenerlo más de cerca—el cosmopolita y genial de Rubén Darío. Dos errores literarios en un solo poeta. Aparte de que Darío deprime sin compasión alguna á sus más fieles adeptos, hasta el extremo de rebajarlos á la categoría de "lacayos," el caso de Berisso se presta á consideraciones generales.

¿La fórmula decadente—con ese nombre se conoce—es compatible con el carácter de la poesía americana? El decadentismo, según uno de sus más sabios apologistas, no es sino el arte llegado á ese punto de extrema madurez, que, al declinar su sol, alcanzan las civilizaciones que envejecen. Propio de tal momento de descomposición, es—al decir del maestro—ese estilo complicado, lleno de matices y selecciones, que dilata sin cesar los límites de la lengua, pidiendo tributo á todos los vocabularios técnicos, tomando colores de todas las paletas y notas de todos los teclados, esforzándose en exteriorizar lo más inefable del pensamiento y los contornos más vagos y fugitivos de la forma, escuchando, á fin de traducirlas, las sutiles confidencias de la neurosis, las confesiones de la pasión decrepita que se deprava y las extravagantes alucinaciones de la idea fija rayana en la locura.

Ese puede ser el estilo de una civilización que envejece, pero nunca el de una civilización que nace.

En esa lengua maravillosa de la última decadencia latina—dice Baudelaire—el solecismo y el barbarismo me parecen traducir las negligencias obligadas de una pasión que se olvida y se burla de las reglas. Las palabras, tomadas en una nueva acepción, revelan el embarazo delicioso del bárbaro del Norte arrodillado delante de la belleza romana. El retruécano mismo, representa la gracia salvaje y estrambótica de la infancia.

En cambio, lo que se llama decadentismo americano no refleja ninguna civilización, no evoca ninguna época, no tiene raíces en ninguna causa aceptable; y, á vuelta de algunas observaciones, que huelgan en este suelto, no es sino la abdicación de la propia personalidad en pro del espíritu imitativo.

Los mismos decadentes franceses no llegan á comprender la existencia del decadentismo americano. Augusto de Armas, autor de las *Rimas Bizantinas*, replicando al poeta Diego V. Tejera, se expresa así: "Usted, querido amigo, no puede comprender esta poesía: Usted es americano de nacimiento, de educación y de alma; pertenece á una raza joven, sin pasado, pero de gran porvenir." La poesía á que se refiere Augusto de Armas es la de aquellos que "sufren al verse atormentados por el ensueño de una civilización naciente, y forzados á vivir en medio de una sociedad decrepita."

Los americanos no estamos en este caso. Felizmente no hemos llegado á la descomposición del Bajo Imperio romano, ni á los complicados refinamientos de Bizancio. La América está en la época en que se le puede aplicar con propiedad el verso de Zenea:

huele el campo á flores nuevas.

Hermano del poeta es Luis Berisso, crítico de elevado criterio; y mejor que nosotros podrá éste señalarle el camino que conduce á la conquista de la fama que perdura. Posee el joven autor de *Arpegios* muy bellas facultades de poeta, y fácil le sería llegar á la cumbre.

Allí queremos verle, para gloria de su nombre y de su patria.

Rosa R. de Landáez.—Los afectos y la amistad consagran sentidos recuerdos á la memoria de esta distinguida dama, que fue esposa modelo y dio á la piedra sagrada del hogar el brillo de sus virtudes.

Al esposo y demás deudos de la finada, enviamos la expresión de nuestra sincera condolencia.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un completo tratamiento por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str, New-York.

EL IDEAL para las señoras es tener una bella encarnación y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni **arrugas**, ni **granos**, ni **peecas**, la epidermis sana y limpia, tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la **CREMA SIMON**, de los **Polvos** y del **Jabón Simón**.

Esta Crema calma muy pronto los efectos de las picaduras de mosquitos.

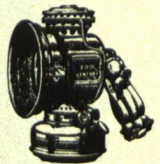
Exigir la verdadera marca.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

EL 1898 **20th Century** OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASEO De Niquel Plateado, Pequeñas, Bonitas y Duraderas.

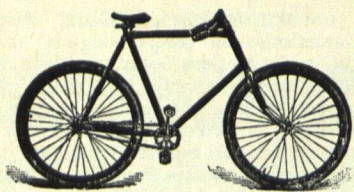
Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.

20th CENTURY CICLÓMETROS. 10.000 Kilómetros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.



98 EMIRA

Una Bicicleta de alto grado en absoluto, construida toda con materiales de la mejor calidad, fabricada sobre principios científicos y la mejor hoy bajo todas consideraciones. Elegantemente niquelada y esmaltada.

GARANTIZAMOS QUE NO SE ROMPE, LO QUE ES SIEMPRE DEBIDO Á DEFICIENCIA DE MATERIAL Ó CONSTRUCCIÓN.

Modelos para señoras y caballeros.

PRECIOS

- \$ 30 una si ordenan 6 á la vez.
- \$ 35 " " " 3 " "
- \$ 40 " " " 1 " "

Los precios son en oro americano, y pagamos flete hasta el puerto más cercano que se destinen. Envíen el dinero con la orden.

L. P. ROSE & Co. - 132 & 138 Liberty Str., New-York, U. S. A.

Referencias : Spanish American Newspaper Co., N.-Y. Agentes de este periódico.

Vitalidad Debilitada, Sangre Empobrecida.

Léase lo que la Zarparrilla del Dr. Ayer ha hecho por el reverendo padre L. P. Wilds, muy conocido misionero de la ciudad de Nueva York y hermano del difunto y eminente juez Wilds:

"Por muchos años padecí de divinos y otras erupciones de carácter semejante causadas por sangre empobrecida. Mi apetito era escaso y la extenuación se había apoderado del sistema. Conociendo las propiedades valiosas de la Zarparrilla del Dr. Ayer por la experiencia del bien que había producido en otros, procurémla y empecé á tomarla. Mi apetito mejoró desde la primera dosis y la mejoría se extendió á mi salud en general, que la actualidad es excelente. Me siento un ciento por ciento más fuerte, cuyo resultado lo atribuyo á la Zarparrilla del Dr. Ayer, medicina que recomiendo con toda confianza como la mejor que jamás se haya preparado para la sangre."

Para todos los desarreglos originados de sangre empobrecida ó viciada y debilidad general, tómese la

Zarparrilla del Dr. Ayer.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E. U. A.



Véase lo que dice una de nuestras eminencias medicas:

"Inaudables y conocidos como son los buenos efectos del aceite de bacalao y de los hipofosfitos, combatiendo el vicio escrofuloso, el raquitismo, la tuberculosis, etc., y produciendo siempre la reconstitución del individuo, sólo faltaba una preparación de sabor agradable, y condiciones digestivas que fuera accesible hasta á los estómagos mas delicados.—Estas excelentes cualidades las posee la *Emulsión de Scott*, que por ello ha adquirido justa fama y general aceptación.—Me complace en manifestar que en mi larga práctica son muchos y notorios los casos en que con su uso he obtenido muy felices resultados.—Dr. M. DURÁN—Médico-Cirujano de la Universidad de Carácas; Decano del Cuerpo Médico en Santo Domingo; Antiguo Rector de las Cátedras de Medicina y Cirujía, &c., &c., &c., Santo Domingo, R. D."



El Dr. M. Durán.

es sorprendente la rapidez con que los enfermos adquieren fuerzas, carnes, y salud completa, tomando la

Emulsión de Scott

de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos que desde luego no tiene rival para curar el Raquitismo en los Niños, la Tisis, la Anemia, la Escrófula, y toda forma de Extenuación y Debilidad, Tosas, &c.

Exíjase la legítima. Se vende en las Boticas y Droguerías.

Scott y Bowne, Químicos, Nueva York.

ANEMIA **HIERRO QUEVENNE** **DEBILIDAD**

Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris, contra **OLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS**

Esencia Verdadero. — 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.

Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **FOLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte

que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso ó indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional."

Vendido por los **Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos** de todas partes.

Pedid por tarjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.